

Alphonse Daudet

**TARTARÍN
EN LOS ALPES**

NUEVAS HAZAÑAS DEL HÉROE DE TARASCÓN

CLÁSICOS DE HISTORIA 581

ALPHONSE DAUDET

TARTARÍN EN LOS ALPES

NUEVAS HAZAÑAS DEL HÉROE DE TARASCÓN

Tartarin sur les Alpes

Nouveaux exploits du héros tarasconnais

Paris 1885

<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62190794/f15.item>

Versión castellana de Eusebio Blasco

Con un prólogo del traductor y un autógrafo de A. Daudet

Madrid 1887

<https://bibliotecavirtual.aragon.es/es/consulta/registro.do?id=6329>

Con *La defensa de Tarascón* (1871) como Apéndice

Semanario *La Velada*, núm. 70. Barcelona 30 de septiembre de 1893

https://ddd.uab.cat/pub/velada/velada_a1893m9d30n70.pdf

CLÁSICOS DE HISTORIA 581

ÍNDICE

Prólogo del traductor.....	4
I Aparición en el Rigi-Kulm. ¿Quién será? Lo que se dice alrededor de una mesa de seiscientos cubiertos. Arrocionistas y cirueleros. Un baile improvisado. El desconocido firma en el registro del hotel. P. C. A.....	6
II Tarascón, cinco minutos de parada. El Club de los alpinos. Explicación de P. C. A. Conejos de monte y conejos caseros. Este es mi testamento. El jarabe de cadáver. Primera ascensión. Tartarín saca las gafas.....	13
III Una alarma en el Rigi. ¡Sangre fría! ¡Calma! El cuerno de los Alpes. Lo que ve Tartarin al mirarse al espejo. Perplejidad. Se pide un guía por teléfono.....	22
IV Sobre el vapor. Llueve. El héroe tarasconés saluda los manes. La verdad sobre Guillermo Tell. Desilusión. Tartarín de Tarascón no ha existido jamás. Té, Bompard!.....	28
V Confidencias bajo un túnel.....	36
VI El paso del Brünig. Tartarin cae en poder de los nihilistas. Desaparición de un tenor italiano y de una cuerda fabricada en Avignón. Nuevas hazañas del cazador de gorras. ¡Pam, pam!.....	40
VII Las noches de Tarascón. ¿Dónde estará? Ansiedad. Las cigarras del paseo lloran por Tartarín. Martirio de un gran santo tarasconés. El Club de los Alpinos. Lo que pasaba en la farmacia de la plazoleta. ¡A mí, Bezuquet!.....	48
VIII Memorable diálogo entre la Jungfrau y Tartarín. Un salón nihilista. Duelo a cuchillo de monte. Horrible pesadilla. ¿Es a mí a quien buscan ustedes, señores? Extraño recibimiento hecho por el fondista Meyer a la delegación de Tarascón.....	53
IX A la Gamuza fiel.....	60
X La ascensión de la Jungfrau. ¡Vé, los bueyes! Los ganchos Kennedy no rigen, y la lámpara incandescente tampoco. Aparición de enmascarados en el chalet del Club Alpino. El presidente en una grieta. Se deja las gafas en ella. ¡Sobre las cumbres! Tartarín convertido en dios.....	65
XI. ¡En marcha para Tarascón. El lago de Ginebra. Tartarin propone una visita al calabozo de Bonnivard. Breve diálogo entre las rosas. Todo el mundo en chirona. El desgraciada Bonnivard. Dónde se encuentra cierta cuerda fabricada en Avignon.....	72
XII El hotel Baltet en Chamounix. ¡Qué olor a ajo! Del uso de la cuerda en las correrías alpestres. ¡ <i>Shake hand!</i> Un alumno de Schopenhauer. A la parada de los Grandes Mulos. Tartarín, tenemos que hablar.....	80
XIII La catástrofe.....	88
XIV Epílogo.....	95

APÉNDICE

La defensa de Tarascón (1871).....	99
------------------------------------	----

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

«Después de veinte años de autor dramático, novelista y periodista, aquí me tiene usted convertido en traductor, y usted tiene la culpa!...»

Así comenzaba una carta que hace un mes escribía yo a Daudet a propósito de su libro, o lo que es lo mismo, de éste que la casa de López y Compañía ofrece a sus lectores.

Hubiéranme propuesto dichos editores la traducción de cualquier otra obra, y me hubiese negado, entre otras razones, porque escribiendo lo mío empleo menos tiempo y menos temor que traduciendo lo ajeno. Pero tratábase de Daudet, cuyas obras me encantan, concurriendo además la circunstancia de serme personalmente dicho autor el más simpático de los que conozco por este lado del Pirineo; además me tienen verdaderamente desconsolado las traducciones que se han hecho en Barcelona de las obras de este novelista, como aquella del *Nabab*, donde se lee: «¡Ah! cómo se animó de repente con una sonrisa de plácido de leal cariño aquella acabada testa de apóstol»... o bien... «morían en pie como gente de mundo», o aquello de que tal personaje tenía la «facha del empleo», o que Elisa «se ponía tiesa», y así por el estilo toda la obra, *vertida*, no ya al castellano, sino boca abajo en el caos de una lengua desconocida. Esto, unido al gusto de leer de nuevo el delicioso libro de *Tartarín*, con el que tanto he leído, y que está en mis gustos y aficiones como todo libro festivo, me decidieron a emprender, sin hacerme de rogar, la traducción solicitada. Más o menos bien hecha, por lo menos esta traducción estará en lengua comprensible.

He procurado en ella, como el lector verá, conservar el tono irónico y familiar en que la obra está escrita, y a la vez lo que pudiéramos llamar el color local, representado tanto o más que en las primorosas descripciones de la vida íntima tarasconesa, en ciertas y determinadas palabras sueltas de dialecto, más que provenzal, tarasconés puro. Antes de enviar la traducción a Madrid estuve a ver al excelente amigo para consultarle sobre algunas palabras que a mi modo de ver ni tienen traducción ni equivalencia castellana. En el curso de la obra el lector hallará repetidos los vocablos *vé, te, qué, outre, boufre, boudiou*, etc., con que Tartarín o sus convecinos de la ciudad de la Tarasca adornan sus cómicos diálogos.

—¿Qué quiere decir todo esto, que los mismos provenzales no saben explicarse? le decía yo a Daudet no hace aún veinticuatro horas.

—No siendo del país —me respondió él—, es muy difícil conocerlo y comprenderlo. *Té*, por ejemplo, es el *tiens!* francés. *Qué!* es una coletilla que el tarasconés añade con sobrada frecuencia en la conversación familiar. *Vé* equivale a nuestro *voilà*. *Outre...* ¡ah! *oultre* es una hipócrita manera de decir *f...tre!* Y así por el estilo.

Sustituir estos modismos locales de un triple dialecto por exclamaciones castellanas, hubiera sido desvirtuar lo que tiene de típico el lenguaje de los personajes de la novela. El autor estaba en esto conforme conmigo, y de común acuerdo los hemos dejado como están en el original.

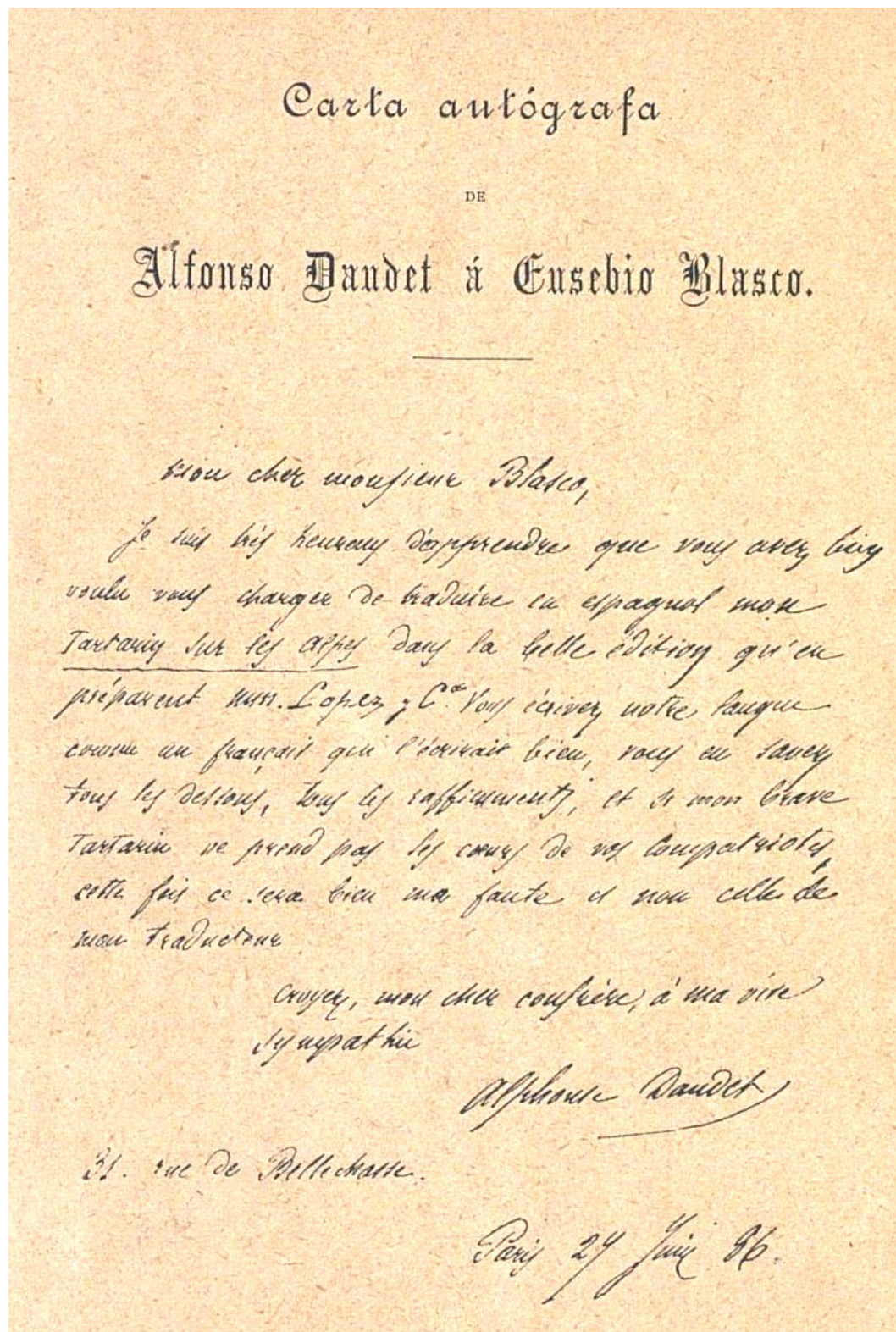
Del resto de la traducción no diré sino que he procurado hacerla con verdadero *amore*, como si Alfonso Daudet me hubiera confiado uno de sus hijos, de quienes es amantísimo, para que le hubiera llevado a hacer un viaje por España. Y como todos los hijos del celebrado novelista son muy hermosos, éste que ahora va a conocer el público español, aunque de diferente carácter que los demás, ha de parecerle de seguro precioso. Hasta ahora el lector español conoce a Daudet como escritor naturalista, superior a Zola, a mi juicio, en su extraordinaria delicadeza y buen gusto

exquisito. El libro de Tartarín es una humorada que rebosa gracia en todas sus páginas; de tal manera, que aun a los hijos de Tarascón les ha parecido de sabrosa lectura.

No terminaré sin declarar que a ruego de los editores de esta edición española reproduzco aquí la carta de Daudet a propósito de la traducción, y que les he rogado publiquen autografiada. Esta vez el público no será engañado, como sucedió en otra obra del mismo autor, a cuyo frente se publicó una carta falsa del autor, con sin igual frescura.

Eusebio Blasco.

París, 26 de junio de 1886.



I

*Aparición en el Rigi-Kulm. ¿Quién será? Lo que se dice
alrededor de una mesa de seiscientos cubiertos. Arroceros
y cirueleros. Un baile improvisado. El desconocido firma
en el registro del hotel. P. C. A.*

El 10 de agosto de 1880, a esa hora fabulosa de la puesta del sol en los Alpes, tan ponderada por las Guías Joanne y Bædeker, una niebla amarilla, hermética, complicada con una borrasca de nieve de blancas espirales, envolvía la cima del Rigi (*Regina montium*) y aquel hotel gigantesco, de extraordinario golpe de vista en el árido paisaje de las alturas, aquel Rigi-Kulm cubierto de cristales como un observatorio, macizo como una ciudadela, en el que pasa un día y una noche la multitud de viajeros adoradores del sol.

Mientras esperaban el segundo aviso para comer, los pasajeros del inmenso y fastuoso falansterio moderno, aburridos allá arriba en sus cuartos o ensimismados en los divanes de los salones de lectura, a la dulce temperatura de los caloríferos, contemplaban, a falta de otros esplendores prometidos, revolotear los copos de nieve y encenderse en el pórtico las grandes farolas, cuyos dobles cristales de faro rechinaban a impulsos del viento.

Subir tan alto, venir de los últimos rincones del mundo para esto... ¡Oh, Bædeker!...

De pronto surgió algo de la niebla; algo que avanzaba hacia el hotel con extraño crujir de hierros y una exageración de movimientos causada por estupendos accesorios.

A veinte pasos, a través de la nieve, los turistas desocupados, pegadas las narices a los vidrios, y las *misses* de cabecitas curiosas cubiertas con sombreritos de hombre, tomaron la aparición, primero por una vaca perdida, y después por un calderero cargado de utensilios.

Ya a diez pasos, la aparición cambió de aspecto y dejó ver la ballesta a la espalda y el casco con la visera baja de un arquero de la edad media, más inverosímil aún en aquellas alturas que una vaca o un calderero ambulante.

Una vez en el pórtico, el piquero se convirtió en un hombre gordo, rechoncho, vigoroso, que se detenía para resollar y sacudirse la nieve de las polainas, de paño amarillo como la gorra, no dejando ver a través del pasamontañas de lana sino algunas mechas de su barba gris y unas enormes gafas verdes, de cristales cóncavos como los de un estereoscopio. El zapapico, el *alpenstock*, un saco a la espalda, un manojo de cuerdas en cruz rodeando el pecho, ganchos y pinchos de hierro a la cintura de una blusa inglesa de anchas mangas, completaban el atavío de tan perfecto alpinista.

Sobre las cumbres asoladas del Mont-Blanc o del Finsteraarhorn este traje de asalto hubiera parecido natural; pero en el Rigi-Kulm, a dos pasos del camino de hierro...

Verdad es que el alpinista venía del lado opuesto a la estación, y el estado de sus polainas denunciaba una larga marcha sobre el lodo y la nieve.

Durante un momento, nuestro hombre contempló el hotel y sus dependencias, estupefacto de encontrar, a dos mil metros sobre el nivel del mar, una construcción de tal importancia, galerías de cristales, columnas, siete pisos de ventanas, y el ancho pórtico entre dos filas de grandes macetones, que daban a este pico de la montaña el aspecto de la plaza de la Ópera en un crepúsculo de invierno.

Pero por sorprendido que él estuviera, los huéspedes y la gente del hotel lo estaban más; y cuando penetró en la inmensa antesala, formóse un grupo de curiosos a la entrada de cada salón.

Viajeros armados de tacos de billar, o con los periódicos desplegados; señoras con los libros o las labores en la mano, acudían de todos lados, mientras que allá, en el fondo, donde comienza la escalera, veíanse asomar varias cabezas por encima del pasamanos y por entre las cadenas del ascensor.

El hombre lanzó en alta voz, y voz de bajo profundo, un terno del Mediodía que sonó como un redoble de timbales.

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Vaya un tiempo!¹

Y en seguida se detuvo y se quitó la gorra y las antiparras.

Estaba sofocado.

Las deslumbradoras luces, el calor del gas, los caloríferos, contrastando con el frío y la oscuridad de afuera; aquel aparato suntuoso, los altos techos, los criados y porteros tan recargados con el REGINA MONTIUM en letras de oro en las almirantescas gorras; las corbatas blancas de los *maitres d'hôtel* y el batallón de muchachas suizas que acudió al oír sonar el timbre, todo esto le aturdió un segundo; pero nada más que uno.

Se sintió mirado, e inmediatamente recobró su descaro como un cómico al ver los palcos llenos.

—*Monsieur désire?*...

Así le dijo el gerente, un gerente muy *chic*, con su chaqueta rayada, sus patillas sedosas y su cabeza de *modisto* de señoras.

El alpinista, sin conmovirse, pidió un cuarto. «Un buen cuartito por lo menos»², dijo, familiarizado ya con aquel gerente majestuoso como con un antiguo camarada de colegio.

En cambio no le faltó mucho para incomodarse cuando la criada bernesa que se adelantó hacia él, palmatoria en mano, tiesa y grave, con su pechera de oro y sus encajes en las mangas, le preguntó si deseaba subir en el ascensor.

La proposición de cometer un crimen no le hubiera indignado tanto.

—¡Un ascensor! —¡A él! Y su gesto y su grito hicieron crujir toda la ferretería que traía encima.

Pero calmóse presto; y diciendo a la suiza con amable acento: «*Pedibusse cum jambisse*, hija mía», subió detrás de ella, llenando la escalera con sus anchas espaldas y separando a las gentes a su paso, mientras que por todo el hotel se difundía un clamoreo, un extenso «¿qué viene a ser eso?» repetido en voz baja en las diversas lenguas de las cuatro partes del mundo. Después, el segundo aviso para la comida sonó, y nadie se ocupó ya más del extraordinario personaje.

¡Curioso espectáculo, en verdad, el de aquel comedor del Rigi-Kulm!

Seiscientos cubiertos alrededor de una inmensa mesa en forma de herradura, en la que las compoteras de arroz y de ciruelas confitadas alternaban en largas filas con las plantas de invernadero, y reflejando en sus salsas claras u oscuras las llamas de las bujías de gas de las arañas y los artesonados dorados del techo.

Como en todas las mesas redondas suizas, estos arroces y estas ciruelas dividían la comida en dos fracciones rivales, y con sólo observar las miradas de odio o de deseo lanzadas preventivamente

1 *¡Coquin de sort!* repite varias veces el personaje en el curso de la obra, y no hallo otra equivalencia más adecuada, pues aunque se pudiera decir «picara suerte», no tendría la frase el carácter que tiene en francés dicha por un provenzal.—E. B.

2 *Au moins* no tiene traducción, dado el personaje de quien se trata; es una locución puramente provenzal, tarasconesa, típica, como el *¿está usted?* o el *si se quiere*, etc., ya de Castilla o de alguna provincia española. Es un estrambote que va unido al deajo del país.—E. B.

sobre el postre, se adivinaba sin dificultad a qué partido pertenecían los convidados. Los arrocionistas se reconocían en su palidez; los cirueleros en sus fisonomías congestionadas.

La tarde de que hablo, los últimos estaban en mayoría, y sobre todo contaban con personalidades más importantes; celebridades europeas, como el gran historiador Astier-Retin, de la Academia Francesa; el Barón de Stoltz, antiguo diplomático austro-húngaro; un socio del Jokey-Club con su sobrina (¡ejem, ejem!); el ilustre doctor-profesor Schwanthaler, de la Universidad de Bonn, y un general peruano con sus ocho niñas.

A los cuales, los arrocionistas apenas podían oponer, como grandes notoriedades, un senador belga y su familia; madama Schwanthaler (la mujer del profesor) y un tenor italiano de vuelta de Rusia, que exponía sobre el mantel los gemelos de las mangas de su camisa, grandes como platos.

Esta doble corriente opuesta era sin duda causa de la frialdad y de la tiesura de la mesa. ¿Cómo puede explicarse, si no, el silencio de aquellas seiscientas personas, que parecían aplastadas, enfurruñadas, desconfiadas, y el soberano desprecio que parecían sentir unas hacia otras?

Un observador superficial hubiera podido atribuirlo a la estúpida tiesura anglo-sajona que da en estos momentos el tono del mundo viajero en todos los países.

¡Pero no! Seres con rostro humano no llegan a odiarse así a primera vista, a desdeñarse con ojos, bocas y narices por falta de una presentación preventiva. ¡Aquí hay algo, aquí hay otra cosa!

Arroz y ciruelas, ya os lo he dicho; y ello os da la explicación del triste silencio que pesa sobre esa comida del Rigi-Kulm, la cual, dado el número y la variedad internacional de los convidados, hubiera debido ser animada, tumultuosa, como uno se figura que debían serlo las comidas al pie de la torre de Babel.

El alpinista entró, un poco turbado ante tal refectorio de cartujos en penitencia bajo la brillante luz de las arañas; tosió estrepitosamente, sin que nadie se ocupara de él, y se sentó en su puesto de recién llegado, a un extremo. Ora desentrapajado, era un turista como otro cualquiera, pero de aspecto más amable, calvo, regordete, con la barba en punta y espesa, la nariz majestuosa, las cejas espesas y feroces cubriendo una mirada de buen muchacho.

¿Era arrocionista o ciruelero? ¡No se sabía aún!

Apenas instalado, se agitó con inquietud, y en seguida, dejando el puesto con un salto de espanto, «¡*Outre!*³ ¡Corriente de aire tenemos!», dijo en alta voz y se lanzó hacia una silla libre, pero doblada y pegada a la mesa por el respaldo.

Una suiza de servicio (y ésta era del cantón de Uri, con cadenas de plata y tocas blancas) le detuvo diciendo:

—Caballero, ese sitio está ocupado...

Y entonces, desde la mesa, una muchacha de la cual el alpinista no vio sino la blonda cabellera cayendo en rizos sobre virginales blancuras, dijo sin volver la cabeza y con acento extranjero:

—El sitio está libre; mi hermano está malo y no baja.

—¿Malo? —exclamó el alpinista sentándose y con un acento de interés casi afectuoso. ¿Pero... no grave, *al menos*⁴?

Pronunciaba *menos* en francés meridional que sonaba *moén*, y la palabrilla figuraba en todas sus frases al lado de algunos vocablos parásitos: «*hé, qué, té, zou, vé, vai, allons*». El acento meridional no le hacía gracia a la muchacha rubia, sin duda, porque no le respondió sino con una mirada glacial, mirada azul-negro, ¡azul de abismo!

3 ¡*Outre!* exclamación puramente tarasconesa, que como las demás palabras sueltas que son de dialecto, he dejado sin traducir, según advierto en el prólogo.—E. B.

4 Es el *au moins* de que antes hablé.—E. B.

Su vecino de la derecha tampoco tenía nada de atractivo. Era el tenor italiano todo un buen mozo, la frente estrecha y baja, las niñas de los ojos brillantes, los bigotes a lo matón, que retorció con sus furibundos dedos desde que se vio separado de la linda compañera de mesa.

Pero el bueno del alpinista tenía la costumbre de hablar y mascar a un tiempo; parece ser que esto le sentaba muy bien.

—¡Vé! ¡Qué bonitos botones! —dijo como hablando consigo mismo, mirando los puños de la camisa del italiano—. Esas notas de música incrustadas en la piedra son de un efecto encantador...

Y su voz metálica resonaba en el silencio, sin encontrar eco ninguno.

—Apuesto a que es usted cantante, ¿qué?

—*Non capisco* —gruñó el italiano por entre los bigotes.

Durante un momento, el hombre se resignó a devorar sin decir una palabra; pero los pedazos que engullía le asfixiaban! En fin, como su vecino de enfrente, el diplomático austro-húngaro, intentase en vano coger el frasco de la mostaza con las puntas de los dedos temblorosos envueltos en mitones, nuestro hombre se lo dio amabilísimamente.

—No hay de qué, señor barón... —dijo, porque acababa de oír que le llamaban así.

Desgraciadamente el pobre M. de Stoltz, a pesar de su aire fino y espiritual, contraído en las fruslerías diplomáticas, había perdido tiempo atrás la palabra y aun las ideas, y viajaba por la montaña con el único objeto de recobrarlas. Abrió sus ojos huecos para mirar aquel rostro desconocido, y volvió a cerrarlos sin decir nada. Se hubieran necesitado diez ex diplomáticos de su misma potencia intelectual para encontrar entre todos la fórmula de la gratitud.

Ante este nuevo fracaso, el alpinista hizo una terrible mueca, y el brusco modo que tuvo de coger la botella era para creer que iba a acabar de partir con ella la hendida cabeza del viejo diplomático. ¡Nada de eso! Era para ofrecer vino a su vecinita, que ni le oyó siquiera, entretenida en conversación a media voz y en un chapurrado extranjero, a la vez dulce y vivo, con unos jóvenes que tenía al lado. Se inclinaba hacia ellos, animábase, veíanse brillar a la luz sus rizos diminutos, rozando una oreja menuda transparente y rosada... ¿Era polaca, rusa, noruega?... Del Norte, seguramente; y acudiendo a los labios del hombre del Mediodía una linda canción de su país, se puso a tararear tranquilamente:

*O countesso gento,
Estelo dou Nord
Que la neù argento
Qu'amour friso en or.⁵*

Todos los comensales a la mesa se volvieron hacia él; creyeron todos que el hombre se había vuelto loco. Se puso colorado como un tomate, quedóse callado y no volvió a chistar sino para rechazar violentamente una de las compoteras sagradas que le ponían delante.

—¿Otra vez? ¿Ciruelas? ¡De ninguna manera!

¡Esto ya era demasiado!

Prodújose un gran ruido de sillas. El académico, lord Chipendale (?), el profesor de Bonn y algunas otras notabilidades del partido ciruelista, se levantaban y abandonaban el comedor en son de protesta.

Los del arroz hicieron otro tanto casi inmediatamente, viéndole apartar de sí la segunda compotera con la misma viveza que la otra.

¡Ni arroz, ni ciruelas! ¿Entonces... qué?

5 Lumbrera del Norte—Condesa Gentil—Que nieves platean—Y amor dora en ti.—*Federico Mistral*. (Nota del Autor)

Retiráronse todos; y era realmente glacial aquel desfile de narices inclinadas hacia el suelo, de bocas bajas y desdeñosas ante el desgraciado, que se quedó solo en el inmenso comedor lleno de luz, haciendo un tostoncillo de pan, según costumbre de su país, y abrumado bajo el desdén universal.

Amigos míos, no hay que despreciar a nadie.

El desprecio es el recurso de los *parvenus*, de los pretenciosos, de los feos graciosos y de los tontos; la máscara bajo la que se abriga la nulidad y algunas veces la vileza, y que dispensa de todo talento, juicio y bondad. Todos los jorobados son despreciativos. Todas las narices torcidas se fruncen desdeñosas cuando encuentran al paso una nariz derecha.

Esto lo sabía el bueno del alpinista. Pasaba ya hacía años de los cuarenta, ese «rellano del cuarto piso» donde el hombre encuentra y recoge la llave mágica que abre la vida hasta el fondo y deja ver la monótona y engañosa galería; conocía además su propio valor, la importancia de su misión y la del gran nombre que llevaba, y la opinión de aquellas gentes le tenía sin cuidado. Por otra parte, no hubiera tenido más que nombrarse, gritar: «Soy yo», para cambiar en respetos o bajezas todos aquellos altaneros labios inferiores; pero el incógnito le encantaba.

Unicamente sufría por no poder hablar, hacer ruido, *abrirse*, prodigarse, apretar muchas manos, apoyarse familiarmente en hombros ajenos, llamar a las gentes por sus nombres de pila. He aquí lo que en el Rigi-Kulm le oprimía.

«Voy a tener pepita, como las gallinas, de seguro...» decía el pobre diablo errando por el hotel sin saber qué hacerse.

Entró en el café, vasto y desierto como un templo entre semana; llamó al mozo «mi buen amigo», pidió un moka sin azúcar, ¡qué! Y como el mozo no le preguntase: «¿Por qué sin azúcar?», el alpinista añadió con viveza:

—Es una costumbre que adquirí en la Argelia, en tiempos de mis grandes cacerías...

Iba ya a contarlas, pero el otro había huido deslizándose a merced de sus zapatos de fantasma, para acudir corriendo a lord Chipendale, tendido a la larga en un diván y gritando:

—¡*Chimpegne!* ¡*Chimpegne!*

El corcho produjo su estúpido ruido de boda de encargo, y después no se oyó otra cosa que las ráfagas del viento en la chimenea monumental y el repiqueteo tembloroso de la nieve sobre los cristales.

Siniestro era también el salón de lectura. Todos los periódicos en las manos, centenares de cabezas inclinadas alrededor de largas mesas verdes, bajo las pantallas. De vez en cuando un bostezo, una tos, el ruido de una hoja que torna o se despliega; y dominando esta calma de sala de trabajo, de pie e inmóviles, de espaldas a la estufa, solemnes ambos y oliendo a moho, los dos pontífices de la historia oficial, Schwanthaler y Astier-Réhu, a quienes una fatalidad singular había puesto uno enfrente del otro en la cumbre del Rigi, después de treinta años que llevaban de ponerse como ropa de Pascua en notas explicativas, llamándose «Schwanthaler, el asno albardado», «*Vir ineptissimus*, Astier-Réhu.»

Figúrese el piadoso lector la acogida que recibiría el benévolo alpinista al acercar una silla para echar una charladita instructiva al amor del fuego. De lo alto de aquellas dos cariátides cayó de repente sobre él una de esas corrientes frías que le daban tantísimo miedo; levantóse, atravesó a grandes pasos la sala a la vez para no incomodar y para calentarse, y abrió la biblioteca. Algunas novelas inglesas estaban confundidas con pesadas biblias y tomos desparejados del *Club Alpino suizo*. Cogió uno y se lo llevaba ya para leerlo en la cama; pero tuvo que dejarlo a la puerta, porque el reglamento prohibía pasear la biblioteca por los cuartos de los viajeros.

Entonces, y errando de nuevo, entreabrió la puerta de la sala de billar, donde el tenor italiano jugaba solo, haciendo efectos de torso y de puños de camisa para la vecinita aquella de la mesa redonda, que estaba sentada en un diván entre dos jóvenes a quienes leía una carta. Al ver entrar al alpinista interrumpió la lectura, y uno de los jóvenes, el más alto, se levantó. Era una especie de moujik o de hombre-perro, con las patas aterciopeladas, los cabellos negros y largos, brillantes y lisos, uniéndose a la inculta barba. Dio dos pasos hacia el recién llegado, le miró como si le provocara, y tan ferozmente, que el buen alpinista, sin entretenerse en pedir explicaciones, dio, prudente y digno, media vuelta a la derecha.

—¡Diferentemente⁶ —dijo en alta voz— en el Norte, no ligan! —y cerró tras sí la puerta estrepitosamente, para probar a aquel salvaje que no le tenía miedo.

Quedábale el salón como último refugio. Entró... ¡maldita sea su suerte! ¡Aquello era lo que en Francia se llama la *morgue*, señores! La *morgue* del monte San Bernardo, donde los monjes exponen a los desgraciados recogidos bajo la nieve y en las diversas actitudes que la muerte de frío les ha dejado; eso era el salón del Rigi-Kulm.

Todas las señoras, congeladas, mudas, en grupos, repartidas por los divanes circulares, o bien aisladas, caídas a este o el otro lado. Todas las *misses* inmóviles, bajo las lámparas de los veladores, teniendo todavía en las manos el álbum, la revista, la tapicería que estaban haciendo cuando las embargó el frío; y entre ellas, las hijas del general, las ocho peruleritas con su colorcito de azafrán, y las facciones en desorden, las cintas de colores de los vestidos cortando el tono de color de lagarto de las modas inglesas: pobrecillas criaturas que parecía uno adivinar subiendo a la cima de los cocoteros y que daban aún más pena que las otras al verlas en aquel estado de mutismo y de congelación. Y allá, en el fondo, delante del piano, la silueta macabra del antiguo diplomático con sus manitas envueltas en los mitones, colocadas y muertas sobre el teclado, del cual recibía su cara los amarillentos reflejos...

Engañándole las fuerzas y la memoria, engolfado en una polka, composición suya, que empezaba mil veces repitiendo el mismo motivo, ya que no pudo encontrar el fin, el desgraciado Stoltz se había dormido, y con él todas las señoras del Rigi, balanceando en su sueño los románticos tirabuzones o la cofia de encajes en forma de tapadera de *vol-au-vent* que tanto les gusta a las damas inglesas y que forma parte del equipo viajero.

La llegada del alpinista no las despertó; y él mismo se dejó caer en un diván, invadido por aquel desencanto de hielo, cuando varios acordes vigorosos y alegres estallaron en el vestíbulo, donde tres músicos (arpa, flauta y violín) de esos ambulantes de caras lastimosas y levitones que les azotan las piernas, que recorren las hospederías suizas, acababan de instalar sus instrumentos.

Desde las primeras notas nuestro hombre se irguió como galvanizado.

—¡Zóú! ¡bravo!...¡Ande la música!

Y allá va corriendo, abriendo las puertas de par en par, festejando a los músicos, a quienes rocía de champagne, embriagándose él también, sin beber, en aquella música que le vuelve la vida. Imita el cornetín de pistón, el arpa, chasca los dedos sobre la calva, retuerce los ojos, da pasos de baile, con grande estupefacción de los turistas que acuden de todos lados al ruido. Después, bruscamente, y al romper de un vals de Strauss que los músicos excitados por el champagne emprenden con furia de verdaderos *tziganes*, el alpinista, que ha vislumbrado a la entrada del salón a la mujer del profesor Schwanthaler, una vienesita regordetilla, de miradas picarescas, jóvenes aún, bajo sus cabellos grises y empolvados, se lanza denodado hacia ella, cógela por la cintura, la arrastra consigo y grita a los demás:

—¡Eh! ¡*ála!* ¡a bailar, a valsar todo el mundo!

El fuego ha prendido, el hotel está en pleno deshielo y se arremolina sin querer, arrastrado. Báilase en el vestíbulo, en el salón, alrededor de la extensa mesa verde del salón de lectura. Aquel

6 *Differentement*; otra partícula provincial del Mediodía.—E. B.

demonio de hombre es quien les ha puesto a todos el demonio en el cuerpo. Sin embargo, él ya no baila, sofocado a las primeras vueltas, pero vigila y vela por su gente, impulsa a los músicos, acopla a los bailarines, arroja al profesor de Bonn en los brazos de una inglesa vieja, y al austero Astier-Réhu le echa casi encima a la más viva de las peruanas. La resistencia es imposible. Del terrible alpinista se desprenden yo no sé qué efluvios que soliviantan y alegran. ¡Zou! ¡zou! se acabó el desprecio, se acabó el odio. Ni arrocistas, ni ciruelistas, *valsistas* todos! A poco, la locura contagia, se comunica a todos los pisos, y en la enorme bahía de la escalera se ve, hasta el sexto piso y los sotabancos, dar vueltas en todos los rellanos con la rigidez de autómatas delante de un castillo de música, a los refajos tupidos y colorados de todas las suizas de servicio.

¡Ah! puede allá fuera resonar el viento, sacudir las grandes linternas, hacer rechinar los hilos telegráficos y arremolinar la nieve en espirales sobre la desierta cima. ¡Aquí dentro hace calor, se está a gusto y hay tela cortada para toda la noche!

—*Diferentemente*, yo me voy a acostar —se dice a sí mismo el buen alpinista, hombre precavido y de un país donde todo el mundo se entusiasma y se desentusiasma más pronto todavía. Riendo bajo su barba gris se desliza y se escurre para escaparse de mamá Schwanthaler, que desde que valsó con él le busca y se le cuelga de la ropa, y quisiera sin cesar, bailar y danzar, diciéndoselo en chapurrado.

Coge la llave y la palmatoria; ya en el primer piso se detiene un minuto para gozar de su obra y contemplar aquel montón de gentes empaladas a quienes ha obligado a divertirse y a desensimismarse.

Una suiza se le acerca, todavía agitada por vals interrumpido, y le presenta el registro del hotel y una pluma.

—¿Me atreveré a pedir a *Mossié* que tenga la bondad de firmar?...

Duda un instante. ¿Conservará o quebrantará el incógnito? Después de todo, ¿qué importa? Suponiendo que la noticia de su presencia en el Rigi llegue hasta allá, nadie sabrá lo que ha venido a hacer en Suiza. Y luego...será tan gracioso mañana por la mañana el estupor de todos estos «inglichmans» cuando sepan... Porque la muchacha no podrá callarse... ¡Qué sorpresa para todo el hotel! ¡qué fascinación!

—¡Cómo! ¿Era él?... ¿Él?...

Estas reflexiones cruzaron por su mente rápidas y vibrantes como los golpes del arco en la orquesta. Cogió la pluma, y con mano descuidada, por bajo de Astier Rehú, de Schwanthaler y de otros ilustres viajeros, firmó con aquel nombre que los eclipsaba todos: con el suyo. Después se subió a su cuarto sin volver siquiera la cabeza para ver el efecto de que no dudaba.

Detrás de él, la suiza leyó:

TARTARÍN DE TARASCÓN

y debajo:

P. C. A.

Esto leyó la bernesa, y no se deslumbró, ni mucho menos. Ignoraba lo que significaba P. C. A. No había oído nunca hablar de *Dardarin* como ella pronunciaba.

¡La muy salvaje!

II

*Tarascón, cinco minutos de parada. El Club de los alpinos.
Explicación de P. C. A. Conejos de monte y conejos caseros.
Este es mi testamento. El jarabe de cadáver. Primera ascensión.
Tartarín saca las gafas.*

Cuando este nombre de «Tarascón» suena como un eco de charanga en la vía férrea de París-Lyon-Mediterráneo, bajo el azul vibrante y límpido del cielo provenzal, cabezas curiosas asoman a todas las ventanillas del expreso, y de vagón en vagón se dicen los viajeros

—¡Ah! ya está ahí Tarascón... Veamos Tarascón...

Lo que se ve no tiene nada de particular, sin embargo; un pueblecito tranquilo y de limpio aspecto, torres, techos y un puente sobre el Ródano. Pero el sol de Tarascón y sus prodigiosos efectos de espejismo, tan fecundos en sorpresas, en invenciones estafalarias delirantes; aquel pueblecito regocijado, tamaño como un garbanzo, que refleja y resume los instintos de todo el Mediodía francés, vivo, inquieto, parlanchín, exagerado, cómico, impresionable; eso es lo que los viajeros del expreso atisban al paso y lo que constituye la popularidad de la comarca.

En páginas memorables que la modestia le impide recordar de más explícita manera, el historiógrafo de Tarascón ensayó antaño pintar los dichosos días de la ciudad, haciendo su vida de casino, cantando sus romanzas —una para cada día— y a falta de cacerías, organizando la curiosa caza de la gorra⁷. Después, declarada la guerra, los malos tiempos llegados, ha hablado de Tarascón y de su heroica defensa⁸; la explanada torpillada, el casino y el café de la Comedia inexpugnables; todos los habitantes organizados en compañías de cuerpos francos, galoneados de fémures cruzados con calaveras en medio, todos con lenguas barbas, y tal lujo de hachas, sables de abordaje y revólveres americanos, que los desdichados llegaron a darse miedo los unos a los otros y a no atreverse a acercarse cuando se encontraban en las calles.

Muchos años han pasado desde la guerra; y muchos almanaques han ido a parar al fuego; pero Tarascón no ha olvidado; y renunciando a las fútiles distracciones de otro tiempo, no ha pensado más que en hacer músculos y sangre en provecho de las revanchas futuras. Sociedades de tiro y de gimnasia, uniformadas, equipadas, y todas con su música y su bandera; salas de armas, de boxeo, de palo, pateaduras, carreras a pie, luchas cuerpo a cuerpo entre personas de la mejor sociedad, han reemplazado a la caza de la gorra y a las platónicas conversaciones cinegéticas en casa del armero Costecalde.

En fin, el *Círculo*, el antiguo Casino, abjurando del tute y del mus, se ha transformado en *Club Alpino* según el patrón del famoso *Alpin Club* de Londres, que ha llevado hasta las Indias la fama de sus trepadores. Con esta diferencia: que los tarasconeses, en vez de expatriarse hacia cimas

7 Véase lo que se dice de esta caza local en las [Aventuras prodigiosas de Tartarín de Tarascón](#): «Después de un buen almuerzo en pleno campo, cada uno de los cazadores coge su gorra, la arroja al aire con todas sus fuerzas y tira al vuelo con perdigones del 5, del 6 o del 2, según se haya convenido. El que acierta más veces es proclamado rey de la cacería y regresa triunfante a Tarascón esa misma noche, con la gorra acribillada a balazos en la punta de su escopeta, entre gritos y fanfarrias...» (Nota del Autor)

8 En el relato *La Defensa de Tarascón*, publicado originalmente en 1871, y luego incluido en los *Cuentos del Lunes*. Aunque no figura Tartarín, sí lo hacen otros personajes del ciclo tartarinesco, por lo que lo incluimos en *Apéndice*. (Clásicos de Historia)

extranjeras y por conquistar, se han contentado con las que tenían a la mano, o más bien, al pie, a las puertas de la población.

¿Los Alpes... en Tarascón? No, pero sí los Alpinos; esa cadena de montañitas perfumadas de Thym y de Lavanda, inofensivas y no muy altas (150 a 200 metros sobre el nivel del mar), que forman un horizonte de ondas azules a las carreteras provenzales, y que la imaginación local ha decorado de nombres fabulosos y característicos: el *Monte Terrible*, el *Dios del Mundo*, el *Pico de los gigantes*, etc., etc., etc.

Y es grato, los domingos por la mañana, ver a los tarasconenses empolainados, el zapapico en la mano, el saco y la tienda a la espalda, partir, con dos clarines al frente, para hacer ascensiones de las cuales da la reseña el *Forum*, diario de la localidad, con un lujo descriptivo, una exageración de epítetos, «abismos», «precipicios», «espantables gargantas», como si se tratara de carreras sobre el Himalaya. No se olvide que con este juego han adquirido los indígenas nuevas fuerzas, esos «dobles músculos» reservados antaño únicamente a Tartarín, al bueno, al bravo, ¡al heroico Tartarín!

Si Tarascón resume el Mediodía, Tartarín resume Tarascón.

No es solamente su primer ciudadano, sino que es su alma, su genio, y tiene todas sus hermosas rarezas. Nadie ignora sus antiguas aventuras, sus triunfos de cantante (¡oh! ¡el dúo de *Roberto el Diablo* en la botica de Bezuquet!) y la estupenda odisea de sus cacerías de leones, de las que trajo aquel magnífico camello, el último camello de Argelia, muerto después, cargado de años y de honores, y conservado en esqueleto en el museo de la ciudad, entre las curiosidades tarasconesas.

Tartarín no ha variado; por él no pasan días. Conserva siempre sus buenos dientes, el ojo claro, a pesar de sus cincuenta años, y aquella imaginación extraordinaria que aproxima y agranda los objetos con potencia verdaderamente telescópica. Es siempre aquel de quien el bravo comandante Bravida decía:

—¡Es un conejo!

¡Es *dos* conejos! Porque en Tartarín, como en todo tarasconés, hay el conejo de monte y el conejo casero, clarísimamente acentuados: el conejo de monte, corredor, aventurero, atrevido e intrépido; el conejo casero, recogido, cominero, temiendo la fatiga y las corrientes de aire y todos los accidentes que puedan producir la muerte.

Sabido es que esta prudencia no le impedía mostrarse bravo y aun heroico en las ocasiones; pero séanos permitido preguntarnos qué venía a hacer sobre el Rigi (*Regina montium*) a su edad, cuando había tan cariñosamente conquistado el derecho al bienestar y al reposo.

A esta pregunta sólo hubiera podido responder Costecalde el infame.

Costecalde, armero de profesión, representa un tipo bastante raro en Tarascón. La envidia, la baja y perversa envidia, visible en un mal pliegue de sus finos labios y en una especie de vaho amarillo que le sube del hígado a bocanadas e invade su ancho rostro afeitado y regular, de arrugadas líneas mortecinas y como hechas a martillazos a la manera de una medalla antigua de Tiberio o de Caracalla.

En él la envidia es una enfermedad que ni aun intenta ocultar; y a fuer de temperamento meridional que se desborda, suele decir hablando de su mal:

—No podéis figuraros el daño que hace...

Y, naturalmente, el verdugo de Costecalde es Tartarín. ¡Tanta gloria para un hombre solo! ¡En todas partes *él*, siempre *él*!

Y lenta, sordamente, como una hormiga blanca oculta en la madera dorada del ídolo, veinte años ha que socava esta reputación triunfante y la roe y carcome. Cuando por las noches, en el Casino, Tartarín cuenta sus emboscadas a los leones, sus correrías en el gran Sahara, Costecalde tiene siempre risitas mudas y movimientos de cabeza incrédulos.

—Pero hombre, Costecalde —dice alguien— ¿y las pieles de león que nos envió y que están ahí en el salón del Casino?

—¡Té, pardi! ¿Creen ustedes que no hay curtidores en Argel?

—¿Pero y las señales de las balas, bien redondas y bien marcadas en las cabezas?

—¿Pues qué, en los tiempos de la caza de gorras no había quien compraba en las sombrererías gorras agujereadas por los perdigones, para uso de tiradores ramplones?

Es indudable que la antigua gloria del Tartarín cazador de fieras estaba por cima de estos ataques; pero el alpinista íntimo se prestaba a todas las críticas, y Costecalde se aprovechaba de ello para manifestarse furioso de que se hubiera nombrado presidente del *Club de los Alpinos* a un hombre a quien la edad apelmazaba visiblemente y a quien la costumbre, adquirida en Argelia, de las babuchas y de las ropas desceñidas, predisponía aún a la pereza.

Rara vez, en efecto, tomaba Tartarín parte en las ascensiones; contentábase con hacer votos por ellas y con leer en sesión extraordinaria, retorciendo los ojos y con entonaciones capaces de hacer palidecer a las señoras, las trágicas reseñas de las expediciones.

Costecalde, por el contrario, seco, nervioso, «espolón de gallo», como le decían, subía siempre a la cabeza de todos. Había hecho la ascensión de todos los Alpinos una por una, plantando sobre las cimas inaccesibles la bandera del Club, la Tarasca estrellada, es decir, rodeada de estrellas de plata. Sin embargo, no era más que vicepresidente, V. P. C. A.; pero trabajaba tan bien su negocio, que en las próximas elecciones evidentemente Tartarín sería derrotado.

Advertido por sus leales, Bezuquet el boticario, Excourbanies y el bravo comandante Bravida, el héroe sintió desde luego un saco negro, ese repugnante rencor que la ingratitud y la injusticia producen en las almas grandes. Ganas le dieron de mandarlo todo a rodar, expatriarse, pasar el puente para irse a vivir a Beaucaire, entre los Volscos. Calmóse, sin embargo.

¡Dejar su casita, su jardín, sus caras costumbres, renunciar a su sillón de presidente del *Club de los Alpinos* que él había fundado, a aquel majestuoso P. C. A. que adornaba y distinguía sus tarjetas de las otras, su papel de cartas y hasta el forro de su sombrero! ¡No, no era posible, ¡vé! Y de pronto surgió en él una idea maravillosa.

En definitiva, las exploraciones de Costecalde se limitaban a correrías por los Alpinos. ¿Por qué razón Tartarín durante los tres meses que le separaban de las elecciones, no había de intentar alguna aventura grandiosa, arbolar, por ejemplo, el pendón del Club sobre una de las cimas más altas de Europa, la Jungfrau o el Mont-Blanc?

¡Qué triunfo a la vuelta, qué bofetada para Costecalde, cuando el *Forum* publicara la descripción de tales ascensiones! Después de esto, ¿cómo había de atreverse a disputarle la presidencia?

Púsose a la obra en seguida, e hizo venir secretamente de París una multitud de libros especiales, las *Escalades* de Whymper, los *Ventisqueros* de Tyndall, el *Mont-Blanc* de Stephen d'Arve, las relaciones del Club Alpino, inglés y suizo, y se rellenó la cabeza de una porción de palabras alpestres, como «chimeneas, corredores, molinos, *neveras*, *seracs*, roturas», aunque sin saber bien precisamente lo que significaban.

Por las noches, sus sueños estaban llenos de interminables resbalones, de bruscas caídas en hoyos sin fondo. Las avalanchas le hacían rodar; aristas de hielo atravesaban su cuerpo al paso; y largo tiempo después de despertarse y de tomar el chocolate en la cama durábale la angustia y la opresión de la pesadilla; pero esto no le impedía, una vez de pie, consagrar la mañana a laboriosos ejercicios de violencia.

Hay todo alrededor de Tarascón un paseo plantado de árboles, que en el diccionario local se llama «Vuelta de la ciudad» (*Tour de ville*). Todos los domingos, después de comer, los

tarasconeses, gentes rutinarias a pesar de su imaginación, dan su vuelta al pueblo, y siempre en el mismo sentido,

Tartarín se ejercitó en dar la vuelta ocho o diez veces por la mañana, y algunas veces a la inversa. Hacíalo a paso de montañés, las manos a la espalda, con paso lento y seguro, y los tenderos, espantados de aquella infracción de las costumbres locales, perdíanse en todo género de suposiciones.

Ya en su casa y en su exótico jardinillo, acostumbrábase a franquear los hoyos saltando por cima del pilón de la fuente donde unos cuantos barbos nadaban entre las lentejuelas del agua. Por dos veces seguidas se cayó y tuvo que mudarse de ropa. Estos fracasos le excitaban, y exponiéndose al vértigo, recorría todo el borde del pilón, con gran espanto de su antigua criada, que no comprendía una palabra de todas aquellas maniobras misteriosas.

Al mismo tiempo, encargaba a Avignon, a un buen cerrajero, agarraderos del sistema Whympers para el calzado, un zapapico sistema Kennedy; se procuraba una lámpara luminosa, dos colchas impermeables y doscientos pies de una cuerda de su invención, tejida con alambre.

La llegada de estos diferentes objetos, las idas y venidas misteriosas que su fabricación necesitaba, intrigaban muchísimo a los tarasconeses, y se decía en la ciudad que «el presidente preparaba un golpe de mano». ¿Pero... qué podía ser? Alguna gran cosa, de seguro, porque, según la hermosa frase del bravo y sentencioso comandante Bravida, ex capitán de intendencia, que nunca hablaba sino por apotegmas, «El águila no caza moscas.»

Entre sus amigos íntimos, Tartarín permanecía impenetrable; únicamente en las sesiones del Club observábase en él temblor en la voz y miradas que relampagueaban cuando dirigía la palabra a Costecalde, causa indirecta de esta nueva expedición, de la cual, a medida que se aproximaba, veíanse más claros y acentuados los peligros y las fatigas.

No se le ocultaban al mal afortunado Tartarín: y aun las veía de tal manera negras, que creyó indispensable poner sus negocios en orden y escribir su última voluntad, cuya expresión cuesta tanto a los tarasconeses, tan enamorados de la vida, que casi todos mueren *ab intestato*.

¡Ah! fue una mañana de junio, radiante, con un cielo sin nubes, arqueado y espléndido, cuando abriendo la puerta de su gabinete, que da al jardinito limpio y enarenado, donde las plantas exóticas contornean las sombrías e inmóviles lilas, y el surtidor destaca su notadominante entre los alegres gritos de los saboyanos que juegan a la morra delante de la puerta. Tartarín, con sus buenas babuchas y envuelto cómodamente en ancha franela, dichoso, con una buena pipa al lado, leía en alta voz a medida que escribía:

«Este es mi testamento.»

¡Vaya, que aunque un hombre ponga empeño en tener el corazón en su sitio, sólidamente agarrado y entero, hay momentos como estos, que son crueles!

Y con todo y con eso, ni la mano ni la voz temblaban mientras distribuía a sus conciudadanos todas las riquezas etnográficas amontonadas en su casita, cuidadosamente limpia y en orden admirable.

«Al Club de los Alpinos, el baobab (*arbores gigantea*) para que figure sobre la chimenea del salón de sesiones.

»A Bravida, sus carabinas, revólveres, cuchillos de monte, kriss malayos, tomahawksy otras piezas mortíferas.

»A Excourbaniés, todas sus pipas, calumetas⁹, nerghiles¹⁰ y pipas especiales para fumar el kif y el opio.

9 Pipas que usan los salvajes de Norte América.—E. B.

10 Pipa turca.—E. B.

»A Costecalde (¡sí, el mismo Costecalde tenía su manda!) las famosas flechas envenenadas (¡cuidado con tocarlas!)

Acaso esta manda ocultaba la secreta esperanza de que el traidor se hiriese y reventara; pero nada de esto se adivinaba en el testamento, cerrado con estas palabras de mansedumbre divina:

«Ruego a mis queridos alpinistas que no olviden a su presidente: y quiero que perdonen a mi enemigo como yo le perdono, por más que él sea la causa de mi muerte.»

Aquí Tartarín tuvo que pararse, porque las lágrimas le cegaban.

Durante un minuto se vio hecho pedazos al pie de una altísima montaña y recogido en unas parihuelas. Sus informes restos eran transportados a Tarascón... ¡Oh poder de la imaginación provenzal! Asistía a sus propios funerales, oía el *Dies iræ*, los discursos pronunciados ante su tumba...«¡Pobre Tartarín, *péchère*!» ¡Perdido entre sus amigos, se lloraba a sí mismo!

Pero la vista de su gabinete inundado del sol que reflejaba sus rayos sobre las armas y las pipas puestas en fila; la canción del surtidor en medio del jardín, le volvieron a la realidad de la vida. *Diferentemente*, ¿por qué había de morir? ¿Por qué había de ponerse en camino? ¿Quién le obligaba? ¿Qué estúpido amor propio le empujaba a tal empresa? ¿Exponer su vida por un sillón presidencial... y por tres letras?

Pero esto que no era sino una debilidad, no duró mucho. Al cabo de cinco minutos el testamento estaba hecho, firmado y rubricado, sellado con un enorme sello negro, y el grande hombre hacía los últimos preparativos de viaje.

Una vez más el Tartarín montes había vencido al Tartarín casero. Pudiera decirse del héroe tarasconense lo que se ha dicho de Turena: «Su cuerpo no estaba siempre dispuesto a entrar en batalla, pero su voluntad le empujaba a pesar suyo.»

La noche de aquel día, y al sonar las diez en el *jacquemart*¹¹ del Ayuntamiento, cuando las calles estaban ya desiertas, pareciendo más grandes, y apenas se veía aquí o allá un transeúnte retrasado, o se oían no más de vez en cuando los amedrentados vozarrones que dicen en la sombra «buenas noches, hasta mañana» acompañado de un portazo, un transeúnte se deslizaba por las calles de la ciudad a oscuras, cuyas casas alumbraban solamente los faroles o los frascos amarillos y verdes de la botica de Bezuquet proyectándose en la plaza a la vez que la silueta del farmacéutico, puesto de codos en el mostrador y durmiéndose sobre el formulario. Suplemento que se permitía tomar el bueno del esculapio todas las noches de nueve a diez, con el objeto, según decía, de estar listo por la noche si alguien tenía necesidad de sus servicios. Acá para *inter nos* esto no era sino una tarasconada como otra cualquiera, porque nunca le despertó nadie, y para dormir más a gusto había cortado el cordón de la campanilla de noche.

De pronto entró en la botica Tartarín, cargado de mantas, un saco de noche en la mano, y tan pálido y descompuesto, que el farmacéutico, con aquella fogosa imaginación local, se figuró que se trataba de una espantable aventura, y se aterró.

—¡Desgraciado! ¿Qué ocurre? ¿Un envenenamiento? ¡Pronto, pronto, la hipecacuana...!

Y se arrojó sobre los frascos de la estantería.

Tartarín tuvo necesidad, para contenerle, de rodearle el cuerpo con los brazos.

—¡Oiga usted, hombre, qué diablos! —Y notábase en su voz el despecho del cómico a quien se le ha hecho faltar a la salida.

Una vez detenido en el mostrador por aquel puño de hierro, el boticario oyó estas palabras, dichas por Tartarín en voz baja:

11 Llámase *jacquemart* en Francia el guerrero que en los relojes de las antiguas catedrales da con un martillo en la campana para marcar la hora, y toma su nombre de Jacques Mart, el relojero que inventó la maquinaria.—E. B.

—Bezuquet ¿estamos solos?

—Bé, ¡si! —dijo el otro mirando en derredor con vago espanto.— Pascualón está en la cama (Pascualón era su practicante) y *mamá* también... pero... por qué... me...

—Cierre usted las maderas —ordenó Tartarín sin responder— pudieran vernos desde afuera...

Bezuquet obedeció temblando. Solterón, que vivía con su madre, Bezuquet era dulce y tímido como una señorita, contrastando su carácter con su color terroso, sus labios carnosos, su gran nariz picuda sobre su ancho bigote; en resumen, una cabeza de pirata argelino anterior a la conquista. Son estas antítesis frecuentes en Tarascón, donde las cabezas tienen demasiado carácter, romanas, sarracenas, cabezas de expresión, de modelos de dibujo, fuera de su lugar en oficios vulgares y costumbres ultrapacíficas de aldea.

Así es que Excourbaniés, que parece uno de aquellos conquistadores compañeros de Francisco Pizarro, es sedero, y revuelve sus brillantes ojos para vender dos cuartos de hilo; y Bezuquet, que se pasa la vida poniendo letreros a los botes de regaliz sanguínea y al *sirupus gummi* parece un pirata de las costas de Berbería.

En cuanto las maderas de las ventanas estuvieron cerradas y las barras de hierro puestas:

—Óigame usted, Fernando —dijo Tartarín, a quien le gustaba llamar a las gentes por sus nombres de pila; y «se desabrochó», como decimos vulgarmente, esto es, abrió su corazón lleno de odios y de rencores contra la ingratitud de sus compatriotas, contó las bajas artes del «espólón de gallo», la jugarreta que querían hacerle en las próximas elecciones y la manera como pensaba parar el golpe.

—Ante todo es necesario el secreto más absoluto, y no revelarlo sino en el momento preciso y cuando pudiera acaso decidir del éxito, a no ser que un accidente que siempre hay que prever, una de esas espantosas catástrofes... ¡Eh! ¡Maldita sea mi suerte, Bezuquet, no silbe usted cuando se le habla!

Este era uno de los flacos del farmacéutico. Callado por naturaleza, cosa rara en Tarascón, y que le valía la confianza del presidente, sus carnosos labios, siempre en forma de O, conservaban la costumbre o manera de un perpetuo silbido afónico, que parecía reírse en las barbas de la gente aun en la conversación más seria y grave.

Y mientras el héroe aludía a su posible muerte y decía, depositando sobre el mostrador un ancho pliego sellado:

—Ahí está mi última voluntad, Bezuquet, y le he elegido a usted por ejecutor testamentario...

—¡Fu! ¡hu! ¡fu! —silbaba a medias y respiraba el boticario arrastrado por su manía; pero en el fondo, muy conmovido y comprendiendo la grandeza de su misión.

La hora de partir se acercaba, y el boticario quiso brindar a la alta empresa con algo bueno, ¡qué! ¡un vaso de elixir de Garus!

Después de abrir y cerrar varios estantes, se acordó de que su mamá tenía las llaves de aquel donde el Garus se guardaba. Hubiera tenido que despertarla y decir quién estaba en la tienda. Reemplazóse, pues, el elixir con un vaso de *Sirop de Calabre*, bebida de verano modesta e inofensiva, de la que era inventor Bezuquet, y que anuncia en el *Forum*. con esta marca: *Sirop de Calabre, dix sols la bouteille*.

—*Sirop de cadavre, vers compris*¹², decía el infernal Costecalde, que arrojaba su baba venenosa sobre todos los éxitos. Por lo demás, este juego de palabras no ha hecho sino bien a la venta, y los tarasconeses se chupan los dedos con el tal jarabe.

12 He preferido dejar esto en francés, porque no hay traducción posible del *calembour* que encierra.—E. B. [Jarabe calabrés, diez sueldos la botella, y Jarabe de cadáver, gusanos incluidos.]

Hechas las libaciones y cambiadas las últimas palabras, los dos amigos se unieron en estrecho abrazo, sin que Bezuquet dejara de silbar *sotto voce* por debajo de sus bigotes, regados de abundantes lágrimas.

—Adiós, *au mouain* —dijo Tartarín con brusco acento, presintiendo que iba a llorar también; y como la mitad de arriba de la puerta estaba ya echada, el héroe tuvo que salir a gatas de la botica. Las pruebas del viaje empezaban.

Tres días después desembarcaba en Vitznau, al pie del Rigi.

Como montaña de ensayo y ejercicio de violencia, el Rigi le había tentado a causa de su pequeña altura (1.800 metros sobre el nivel del mar, próximamente diez veces más alto que el Monte Terrible, el más alto de los Alpinos) y del espléndido panorama que se descubre desde la cumbre, todos los Alpes berneses, en fila, blancos y sonrosados, alrededor de los lagos, esperando que el viajero haga su elección y plante su zapapico en uno de ellos.

Seguro de ser reconocido en el camino, y tal vez seguido, porque su debilidad consistía en creer que era tan célebre y tan popular en toda Francia como en Tarascón, había dado un gran rodeo para entrar en Suiza, y no se puso de punta en blanco hasta que hubo pasado la frontera. A fe que hizo bien, porque su armamento no hubiera cabido en un vagón francés.

Pero por cómodos que sean los coches suizos, el alpinista, empedrado de utensilios de los que aun no tenía la costumbre, iba reventando juanetes con la contera de su alpenstock, pinchaba a la gente al paso con sus agarraderas de hierro, y por donde quiera que entraba, estaciones, salas de hotel o cámaras de barcos, producía tantos asombros como maldiciones y pasos atrás, miradas de cólera, con las que sufría mucho su naturaleza afectuosa y comunicativa. Un cielo siempre gris y una lluvia torrencial acabaron de desconcertarle por completo.

Llovía en Basilea sobre las casitas blancas, lavadas y relavadas por la mano de las criadas y el agua del cielo; llovía en Lucerna sobre el muelle del embarcadero, donde los baúles y las maletas parecían salvadas de un naufragio; y cuando llegó a la estación de Vitznau, a orillas del lago de los Cuatro Cantones, idéntico diluvio en las pendientes verdes del Rigi, sobre el que cabalgaban negras nubes, de las que partían torrentes que se precipitaban a lo largo de las rocas; cascadas de húmedo polvo, arroyos que partían de todas las piedras y de todas las ramas de los pinos.

El hombre de Tarascón no había visto nunca tanta agua.

Entró en una venta; hízose servir café con leche, manteca y miel, única cosa verdaderamente buena que hasta entonces había saboreado durante su viaje; después, ya repuesto, y secándose la enmielada barba con una punta de la servilleta, se dispuso a intentar su ascensión primera.

—¿Cuánto tiempo —preguntó mientras se echaba el saco a la espalda— cuánto tiempo echaré en subir hasta el Rigi?

—Una hora u hora y cuarto; pero dése usted prisa, porque el tren sale dentro de cinco minutos.

—¡Un tren para el Rigi! ¡Qué cosas tiene usted!

Por entre los cristales emplomados del apeadero le enseñaron el tren, que ya se iba. Dos grandes vagones cubiertos, sin techo de cristales, empujados por una locomotora de chimenea corta y tripuda en forma de marmita, un insecto monstruoso que parecía agarrarse a la montaña, resoplando al trepar por sus pendientes vertiginosas.

Los dos Tartarín, el montés y el casero, se sublevaron a la vez ante la idea de subir en aquella máquina indecente. El uno hallaba ridícula esta manera de subir a los Alpes en ascensor. En cuanto al otro, aquellos puentes aéreos que atravesaban la vía, con la perspectiva de una caída de 1.000 metros de altura al menor descarrilamiento, le inspiraban todo género de reflexiones lamentables, que justificaba la presencia del cementerio de Vitznau, cuyas sepulturas blancas se veían amasadas

allá al pie de la pendiente, como la ropa blanca tendida en un lavadero. Evidentemente aquel cementerio estaba allí por precaución y para que en caso de accidente los viajeros se lo encontraran todo hecho.

—Vámonos a pie —se dijo el valeroso tarascones;— así me soltaré... ¡zou!

Y allá va mi hombre, pensando cómo manejará su *alpenstock* en presencia del personal del ventorro que acude a la puerta y le da a voces las indicaciones del camino, que ya no escucha.

Por de pronto siguió un camino ascendente empedrado de guijarros desiguales y puntiagudos como una callejuela del Mediodía, y rebordeado de estacas de pino para marcar la corriente de las aguas pluviales.

A derecha e izquierda, grandes frutales, praderas húmedas atravesadas por los mismos canales de riego hechos con troncos de árboles. Todo esto formaba un largo flujo y reflujo de alto abajo, formado por las ondas del agua, y cada vez que el zapapico del alpinista agarraba una rama de encina o de nogal, su gorra chisporroteaba como si le vaciaran encima una regadera.

—¡*Diou!* ¡el agua que cae! —suspiraba el hijo del Mediodía.

Pero peor fue cuando se acabaron los pedruscos y tuvo que andar por entre el torrente saltando de una piedra a la otra para no ponerse perdidos los botines. Después vinieron las ondas de agua penetrante, continua, pareciendo enfriarse a medida que el viajero subía. Cuando se detenía para tomar aliento, no oía más que un gran ruido de agua, en el que se sentía como ahogado, y al volverse veía las nubes uniéndose al lago en largas y finas líneas de cristal, a través de las cuales brillaban los chalets de Vitznau como juguetes barnizados recién salidos de la tienda.

Hombres y niños pasaban cerca de él con la cabeza baja, las espaldas dobladas bajo el cuévano de mimbre blanco, portador de las provisiones para alguna villa o pensión, cuyos balcones partidos se vislumbraban a media cuesta.

—¿Rigi-Kulm? —preguntaba Tartarín para asegurarse de que iba bien; pero su equipo extraordinario, sobre todo el pasamontañas que le cubría la cara, iban sembrando el espanto en su camino, y todos, después de abrir los ojos asombrados, apresuraban el paso sin responderle.

Pronto estos encuentros fueron ya raros. El último ser humano que vio fue una vieja que lavaba ropa en un tronco de árbol, abrigada bajo un enorme paraguas colorado, abierto y plantado en tierra.

—¿Rigi-Kulm? —preguntó el alpinista.

La vieja levantó hacia él una cara idiota y terrosa, con una lupia en el cuello, gorda como el cencerro de una vaca suiza; y después de haberle mirado detenidamente, le dio un golpe de risa inextinguible que le hacía llegar la boca hasta las orejas y le llenaba de arrugas los ojos; y cada vez que los abría, la vista de Tartarín, plantado delante de ella con su pica al hombro, parecía doblarle la alegría.

—¡*Tron de l'air!* ¡su suerte es ser mujer!

Y bufando de cólera continuó su camino; se perdió en un pinar, en el que se le escurrían las botas sobre el musgo mojado. Más allá, el paisaje cambió. Ya no había ni senderos, ni árboles, ni pastos. Pendientes tristes, grandes escombros de roca que escalaba de rodillas, de miedo de caer; socavones llenos de un lodo amarillo, por entre el que atravesaba lentamente, tentando el terreno delante de sí con el *alpenstock*, levantando el pie como un amolador de tijeras. A cada momentomiraba la brújula que llevaba pendiente de su enorme cadena de reloj; pero ya fuese por la altura o por las variaciones de la atmósfera, la brújula parecía atontada y no había manera alguna de orientarse en aquella niebla amarilla que no dejaba ver a diez pasos, atravesada desde hacía poco por una lluvia helada que hacía la subida cada vez más difícil.

De pronto se detuvo; el suelo blanqueaba vagamente ante él... ¡cuidado con los ojos! Llegaba a la región de las nieves... Sin pérdida de momento sacó las gafas del estuche y se las puso, bien

sujetas. Fue aquél un minuto solemne. Conmovido, sí, pero altivo, figurósele que de un salto se había elevado mil metros más en dirección a las cimas y a los grandes peligros.

Ya no avanzó sino con precaución, soñando con los abismos y hendiduras de que hablaban los libros, y maldiciendo en el fondo de su corazón de las gentes del ventorro que le habían aconsejado subir todo derecho y sin guías. ¡En realidad, pudiera ser que se hubiera equivocado de montaña! Más de seis horas hacía que estaba andando, cuando la ascensión al Rigi no exigía más que tres. Soplaban el viento, un viento frío que arremolinaba la nieve en la bruma crepuscular.

Iba a sorprenderle la noche, y ¿dónde podría encontrar una cueva, nada más que el hueco de una roca, para abrigarse?

De repente columbró ante sí sobre el terraplén salvaje y pelado una especie de chalet de madera, y en él un cartel de letras enormes que descifró penosamente:

«FO...TO....GRA....FÍA DEL RI....GI....KULM.»

Al mismo tiempo, el inmenso hotel de las trescientas ventanas se le aparecía, un poco más lejos, entre las grandes farolas que ocultas manos encendían entre la niebla.

III

Una alarma en el Rigi. ¡Sangre fría! ¡Calma! El cuerno de los Alpes. Lo que ve Tartarin al mirarse al espejo. Perplejidad. Se pide un guía por teléfono.

—¿Qués acó?... ¡Quién vive! —exclamó el tarasconés asomando la oreja y abriendo los ojos en las tinieblas.

Oíanse pasos de gente que corría por todo el hotel; puertas que se cerraban con estruendo, respiraciones entrecortadas, gritos de: «¡Darse prisa!», mientras que a la parte de afuera sonaban ecos de trompa de caza y brucas llamaradas iluminaban vidrios y cortinas.

¡¡Fuego!!

De un salto se encontró nuestro hombre fuera de la cama, vestido y calzado, y se tiró de cabeza por la escalera, donde todavía ardía el gas y por la que bajaba a toda prisa una bandada de *misses* peinadas de cualquier manera y envueltas en chales verdes, *fichus* de lana y todo lo que habían hallado a mano.

Tartarín, para reponerse él mismo y tranquilizar a aquellas señoritas, gritaba a la vez que se precipitaba por la escalera atropellando a todo el mundo: «¡Calma! ¡Sangre fría!» con voz de gaviota, voz blanca y perdida, una de esas voces que sólo se tienen en sueños y capaces de poner carne de gallina a los más bravos. ¿Quién querrá creer que las inglesitas se reían al verle y hasta le encontraban gracioso? ¡A esa edad no hay la menor idea del peligro!

Afortunadamente el antiguo diplomático venía tras ellas, muy ligero de ropa, envuelto en un paletó, por debajo del cual se le veían los calzoncillos y algunas cintas sueltas.

¡Al fin! ¡Ya hay un hombre!

Tartarín corrió hacia él agitando los brazos.

—¡Ah, señor barón, qué desgracia! ¿Sabe usted algo? ¿Dónde es? ¿Cómo ha sido?

—¿El qué? ¿el qué? —balbuceaba el barón atontado, sin comprenderle.

—¡El fuego!

—Pero, ¿qué fuego?

Y el pobre hombre ponía una cara tan extraordinariamente deprimida y estúpida, que Tartarín le abandonó y se lanzó fuera bruscamente «¡para organizar los socorros!»

—¡Socorros?... —repetía el barón; y tras él cinco o seis camareros que dormían de pie en la antesala y miraban unos a otros completamente extraviados, repetían:

—¿Socorros?

Al primer paso que dio Tartarín se convenció de su error. No había tal incendio, pero en cambio hacía un frío horroroso; la noche era oscura como boca de lobo, apenas aclarada por las antorchas de resina que se agitaban en diferentes puntos, y que dejaban en la nieve grandes y sangrientas estelas.

Al pie de la escalera exterior de entrada, un hombre tocaba el cuerno de los Alpes, mugiendo con modulado quejido un monótono aire nacional¹³ de tres notas, con el cual es costumbre en el Rigi-Kulm despertar a los adoradores del sol y anunciarles la próxima aparición del astro.

Créese que algunas veces el sol se digna aparecer en sus primeras horas en la punta extrema de la montaña, detrás del hotel. Para orientarse, Tartarín no tuvo más que seguir la dirección en donde sonaban las carcajadas de las *misses* que pasaban cerca de él. Pero él iba más despacio, medio dormido y con las piernas cansadas todavía de las seis horas de ascensión.

—¿Es usted, Manilof? —dijo de pronto una voz en la sombra; una voz clara, voz de mujer.— Ayúdeme usted, he perdido un zapato...

Tartarín reconoció el chapurreado de su vecinita de la mesa redonda y buscó su silueta delicada en el pálido reflejo blanco que subía del suelo.

—No es Manilof, señorita; pero si puedo servir de algo...

La muchacha dio un ligero grito de sorpresa y de miedo e hizo un gesto como para retroceder, que Tartarín no pudo notar porque estaba ya inclinado y tentando la hierba cortada y crujiente alrededor suyo.

—¡Té, *pardi*! ¡Aquí está! —exclamó alegremente.

Sacudió el fino zapatito que la nieve empolvaba, puso una rodilla en la tierra, en lo más frío y húmedo, de la manera más galante, y pidió como recompensa el honor de calzar a Cenicienta.

Pero ésta, más fosca que la del cuento, respondió con un «no» muy seco, y daba saltitos para volver a meter su media de seda en el zapato de tornasolado tafilete, cosa que no lograra sin la ayuda del héroe, todo conmovido al sentir un minuto aquella mano diminuta rozándole la espalda.

—Tiene usted buena vista —añadió la joven, a manera de gracias, mientras los dos andaban a tientas y juntos.

—La costumbre de ojear, señorita.

—¡Ah! ¿es usted cazador?

Y dijo esto con acento bromista e incrédulo. Tartarín no hubiera tenido más que nombrarse para convencerla; pero, como todos los que llevan un nombre ilustre, gustaba de la discreción y de la coquetería; y queriendo graduar la sorpresa:

—Soy cazador, efectivamente.

Continuó ella con el mismo irónico tono:

—¿Y qué es lo que caza usted con preferencia?

—Los grandes carniceros, las grandes fieras —respondió Tartarín creyendo confundirla.

—¿Encuentra usted muchas en el Rigi?

Siempre galante en la respuesta, el tarasconés iba a contestar que en el Rigi no había encontrado más que gacelas; pero su réplica quedó cortada por la proximidad de dos sombras que llamaban:

—¡Sonia! ¡Sonia!....

—Allá voy —dijo la burlona; y volviéndose hacia Tartarín, cuyos ojos, habituados ya a la oscuridad, distinguían su linda y pálida cara bajo una mantilla a la española¹⁴, añadió, y esta vez muy seria:

—Hace usted una caza peligrosa, buen hombre; tenga usted cuidado con no dejar en ella los huesos.

Y en seguida desapareció en la oscuridad con sus compañeros.

13 *Ranz des vaches* se dice en francés.—E. B.

14 *Mantille en manola*, dice Daudet.—E. B.

Andando el tiempo, la amenazadora entonación que marcó la frase debía turbar la imaginación del meridional; pero ahora lo único que le incomodó fue aquello de *buen hombre*, arrojado a su aspecto de soltero bien conservado, y la brusca partida de la joven, precisamente en el momento en que él iba a nombrarse y a gozar de la estupefacción que le produciría.

Dio algunos pasos en la dirección del grupo que se alejaba, y oyó un rumor confuso, las toses, los estornudos de los turistas acampados que esperaban con impaciencia la salida del sol, algunos de ellos encaramados a un pequeño andamio, cuyos montantes enguatados de nieve se distinguían por lo blancos en la moribunda noche.

Un resplandor comenzaba a aclarar el Oriente, saludado por una nueva diana del cuerno de los Alpes y de ese *¡aaah!* prolongado y de descanso que provoca en el teatro el telón, al levantarse después de un entreacto muy largo.

Estrecho y delgado como la juntura de un cajón con su tapa, este resplandor se extendía ensanchando el horizonte; pero al mismo tiempo subía del valle una niebla amarilla y opaca, un vaho cada vez más penetrante y espeso según iba avanzando el día. Era como un velo entre la escena y los espectadores.

Había que renunciar a los gigantescos efectos anunciados en las *Guías*. Pero en desquite, las fachas heteróclitas de los bailarines de la víspera, arrancados al sueño, se destacaban en sombras chinescas, chocantes y estrafalarias. Chales, mantas, colchas, hasta las cortinas de las camas les servían de abrigo. Bajo diferentes tocados, gorros de seda o de algodón, papalinas, cofias y pasamontañas, no se veían sino caras descompuestas y extraviadas, cabezas de náufragos perdidos en un islote en plena mar, esperando con ojos saltando de las órbitas columbrar una vela en el horizonte.

¡Y nada! ¡Ni por esas!

Algunos, con sobra de buena voluntad, parece como que se atrevían a contemplar las cimas desde lo alto del tinglado, y allá arriba se oían los resoplidos de toda la familia peruana apretada alrededor de un enorme diablo cubierto hasta los pies con un *ulster* de cuadros, y que detallaba imperturbable el invisible panorama de los Alpes berneses, nombrando y designando en alta voz los picos perdidos en la bruma.

—Vean ustedes allá a la derecha el Finisteraarhorn, 4.275 metros. El Schreckhorn, el Wetterhorn, el Monje, la Jungfrau, que estas señoritas me permitirán recomendarles por sus proporciones elegantes...

—¡Bé, vaya un *tupé* que tiene este hombre! —dijo para sí el tarasconés...

Y después de un momento de reflexión:

—Yo conozco esa voz...

Lo que reconocía sobre todo era el *assento* del Mediodía, que se nota desde lejos como el olor del ajo; pero no pensando sino en volver a encontrar a la linda desconocida, no se detuvo, y continuó inspeccionando los grupos, sin éxito. Debía haberse vuelto al hotel, como iban haciendo todos, fatigados de tiritar y dar pataditas en el suelo.

Las redondas espaldas y los tartanes de colores cuyos bordes barrían la nieve, se alejaban y desaparecían entre la niebla cada vez más espesa. Pronto quedaron solos sobre la explanada fría y desolada por una alborada gris Tartarín y el del cuerno de los Alpes, que seguía soplando melancólicamente la enorme trompa como un perro que ladra a la luna.

Era un viejecillo de larga barba, la cabeza cubierta con un sombrero tirolés adornado de cintas verdes que le caían por la espalda y ostentando como todos la gorra de servicio del hotel, el *Regina montium* en letras doradas. Tartarín se acercó a él para darle su propina, imitando lo que había visto hacer a otros pasajeros.

—Vámonos a la cama, amigo —dijo, y tocándole en la espalda con familiaridad tarasconesa: — Buena broma está, ¡qué! el sol del Rigi.

El viejo siguió soplando el cuerno y acabando su ritornelo de tres notas con una risita muda que le arrugaba los ojos y sacudía las cintitas verdes del sombrero.

A pesar de todo, Tartarín no había perdido la noche. El encuentro con la linda rubia le compensaba del interrumpido sueño, porque aunque frizando en los cincuenta, tenía todavía el corazón ardiente, la imaginación novelesca y mucha vida!

De vuelta en su cuarto, y cerrando los ojos para dormirse, creía sentir aún en su mano el zapatito diminuto y ligero, y oír los gritos de la muchacha: «¿Es usted, Manilof?»

¡Sonia! ¡Qué bonito nombre! De seguro era una rusa; y los jóvenes que viajaban con ella, amigos de su hermano, sin duda...

Después, todos los recuerdos se le confundieron; el lindo palmito rizado de oro fue a unirse a otras visiones flotantes y adormecidas; pendientes del Rigi, cascadas en forma de plumeros..., y bien pronto el resoplido heroico del grande hombre, sonoro y rítmico, inundó el cuartito y un buen trecho del corredor...

Al prepararse para bajar después de haber oído el primer aviso para el almuerzo, Tartarín quiso convencerse de que su barba estaba bien cepillada y de que no tenía muy mala facha con su traje de alpinista, cuando de pronto se quedó como petrificado.

Ante él, grande, abierta, pegada al espejo con dos obleas, una carta anónima pregonaba las amenazas siguientes:

*«Francés del diablo, mal te oculta tu
ropa. Se te perdona todavía este avance;
pero si vuelves a salirnos al paso,
¡mucho ojo!»*

Atontado, leyó dos o tres veces sin comprender una palabra. ¿A quién, de quién debía temer? ¿Cómo había llegado hasta allí aquella carta? Evidentemente durante su sueño, supuesto que él no la había visto al volver del matinal paseo.

Tiró de la campanilla llamando a la criada de servicio, que vino en seguida. Una cara grande, paliducha y aplastada, picada de viruelas, un verdadero pedazo de queso de gruyere, del cual no pudo sacar otra cosa de inteligible sino que era de *puena familia* y que ella no entraba nunca en los cuartos de los caballeros cuando éstos estaban dentro.

—¡Cosa extraña! *¡pas mouain!* —exclamaba Tartarín volviendo y revolviendo entre las manos su carta, muy impresionado.

Durante un momento, el nombre de Costecalde le cruzó por la mente. Costecalde habría sabido sus proyectos de ascensión y trataba de estorbárselos por medio de maniobras y ocultas amenazas. Reflexionando mejor, esto le pareció inverosímil y acabó por persuadirse de que la carta era una broma...

Acaso las *misses*, las inglesitas que se le reían en sus barbas de tan buena gana... ¡Son tan libres estas jóvenes inglesas y norteamericanas!

Sonó la segunda campanada. Ocultó Tartarín la carta en el bolsillo. «Después de todo, ya veremos si...» y la formidable mueca con que acompañaba esta reflexión indicaba el heroísmo de su alma.

Nueva sorpresa al sentarse a la mesa redonda. En lugar de su linda vecina

Condesa gentil,

se encontró con el cuello de cuervo de una inglesa vieja cuyos grandes tirabuzones limpiaban la mesa. Decíase al lado suyo que la joven y sus compañeros se habían ido en uno de los primeros trenes de la mañana.

—¡*Cré nom!* ¡Me fastidié! —dijo en alta voz el tenor italiano, que la víspera le había dicho tan bruscamente a Tartarín que no comprendía el francés. ¿Luego lo había aprendido durante la noche?

El tenor se levantó, arrojó de sí la servilleta y se fue, dejando al meridional completamente aniquilado.

De los convidados de la víspera no quedaba más que él. Siempre sucede así en el Rigi-Kulm, donde apenas paran los viajeros veinticuatro horas. Por lo demás, la decoración no había variado; las compoteras en fila separando las dos facciones, solamente que esta mañana los arrochistas triunfaban por gran mayoría, reforzados por ilustres personajes, y los cirueleros no valían gran cosa.

Tartarín, sin tomar partido por éstos o por los otros, se subió a su cuarto antes de las manifestaciones del postre, llenó su saco y pidió su cuenta. Ya estaba harto de *Regina montium* y de mesa redonda de sordomudos.

Renaciendo a su locura alpestre al solo contacto del zapapico, de los hierros y de las cuerdas de que se había recargado, ardía en deseos de atacar una verdadera montaña, sin ascensor en la cúspide ni fotografías al aire libre.

Dudaba todavía entre la Jungfrau, que es más célebre, y el Finsteraarhorn, que es más elevado. El lindo nombre de virginal blancura de la primera le hacía pensar más de una vez en la rusita.

Rumiando estas alternativas mientras le preparaban la cuenta, divertíase en mirar en el inmenso patio lúgubre y silencioso del hotel las grandes fotografías iluminadas y colgadas de las paredes, representando los ventisqueros, las vertientes nevadas, los pasajes célebres y peligrosos de la montaña. Aquí ascensionistas en fila como las hormigas sobre una arista de hielo tajante y azulada; más lejos, un enorme boquete de paredes verdosas, a través del cual se ha echado una escala que franquean una señora de rodillas y un cura arremangándose la sotana...

El alpinista de Tarascón, puestas las dos manos en su zapapico apoyado en el suelo, no se había imaginado nunca semejantes dificultades. ¡Tenía que pasar por ellas, *pas mouain!*

De pronto se puso espantosamente pálido.

En un marco negro, un grabado sacado del famoso dibujo de Gustavo Doré reproducía la catástrofe del monte Cervino. Cuatro cuerpos humanos boca abajo o patas arriba se derrumbaban por la pendiente casi plana de una nevera, con los brazos extendidos, las manos tentando a ciegas, colgados, buscando la cuerda rota que suspendía este collar de vidas que no sirve sino para llevarlas mejor a la muerte, hacia el abismo donde aquel montón va a caer confundido con cuerdas, picos, velos verdes y todo el alegre trebejo de una ascensión convertida repentinamente en trágico suceso.

—¡Cáscaras!¹⁵ dijo el tarasconés hablando en alta voz, llevado de su espanto.

Un *mâitre d'hotel* muy amable oyó la exclamación y se creyó en el deber de tranquilizarle. Los accidentes de este género eran cada vez más raros; lo esencial era no hacer imprudencias, y sobre todo, procurarse un buen guía.

Tartarín preguntó si podría indicársele uno de toda confianza... no porque tuviera miedo, sino porque siempre vale más ir sobre seguro.

El empleado reflexionó con cierto aire de importancia, aplastándose las patillas.

—De confianza... ¡Ah! si el señor me lo hubiera dicho antes, esta mañana teníamos un hombre a propósito, el postillón de una familia peruana...

15 ¡*Mâtin!* dice el original.—E. B.

—¿Conoce bien la montaña? —dijo Tartarín como quien va a cosa hecha.

—¡Uf! todas las montañas de Suiza, de Saboya, del Tirol, de la India, del mundoentero; las ha corrido todas, las sabe de memoria y las describe, lo cual es ya una ventaja... Yo creo que podría decidírsele fácilmente. Con un hombre como ese, un niño podría ir por todas partes sin peligro.

—¿Dónde está? ¿dónde podría encontrarle...?

—En el Kaltbad; allí hace las cuentas de los viajeros. Vamos a telefonar.

¡Un teléfono en el Rigi!

Esto ya era el colmo. Pero Tartarín no se admiraba ya de nada.

Cinco minutos después, el camarero volvió con la respuesta.

El correo de los peruleros acababa de salir para la Tellsplatte, donde seguramente pasaría la noche.

Esta Tellsplatte es una capilla conmemorativa, una de esas peregrinaciones en honor de Guillermo Tell tan abundantes en Suiza. Era muy visitada para ver las pinturas murales que un famoso artista de Basilea acababa de ejecutar en la capilla...Por el vapor podría llegarse en una hora u hora y media a lo sumo. Tartarín no vaciló. Perdería un día, pero se debía a sí mismo este homenaje a Guillermo Tell, por quien tenía singular predilección; y luego... ¡qué suerte si podía apoderarse de este guía maravilloso y decidirle a subir a la Jungfrau con él!

¡Andando, zóú!

Pagó su cuenta, en la que estaban comprendidas la salida y la puesta del sol, aparte, como las bujías y el servicio; y siempre precedido de aquel tremendo ruido de hierros que sembraba la sorpresa y el espanto en su camino, se fue a la estación, porque eso de volver a bajar el Rigi a pie como lo subió, era hablar de la mar, y, francamente, hacer demasiado honor a una montañilla de pega.

IV

*Sobre el vapor. Llueve. El héroe tarasconés saluda los manes.
La verdad sobre Guillermo Tell. Desilusión. Tartarín de
Tarascón no ha existido jamás. Té, Bompard!*

Si había dejado nieve en Rigi-Kulm, abajo en el lago encontró la lluvia, fina, apretada, indistinta, un vapor de agua a través del cual las montañas se difuminaban graduadas y lejanas, en forma de nubes.

El *Fæhn* silbaba y hacía mugir al lago donde los pájaros marinos de bajo vuelo parecían arrastrados por la onda. Parecía aquello la plena mar.

¡Y Tartarín recordaba su salida de Marsella, quince años antes, cuando fue a cazar los leones; aquel cielo sin manchas, impregnado de rubia luz; aquel mar azul, pero azul como el agua del tinte, alterada por el cristal con blancas centellas salinas, y las trompetas de los fuertes; todas las campanas a vuelo; embriaguez, alegría, sol, magia del primer viaje!

¡Qué contraste con aquel puente, negro de barro, casi desierto, sobre el cual se distinguían en la bruma, como tras un papel impregnado de aceite, algunos pasajeros cubiertos de *ulsters* de informes *caoutchoucs* y el hombre de la barra inmóvil detrás, todo encapuchado en su jaique, con aire grave y sibilítico encima de este cartel en tres idiomas:

«¡Está prohibido hablar con el timonel!»

Inútil recomendación, porque nadie hablaba a bordo del *Winkelried*, ni sobre el puente, ni en los salones de primera o segunda, atestados de viajeros de caras lúgubres, durmiendo, leyendo, bostezando, mezclados con sus bagajes que estaban desparramados por las banquetas. Así debe ser un convoy de deportados, al día siguiente de un golpe de Estado.

De vez en cuando, el estridente ruido del vapor anunciaba la llegada a una estación. Un ruido de pasos, de bagajes removidos, sonaba sobre el puente. La orilla surgía de la bruma, avanzaba dejando ver pendientes de un color verde oscuro, *villas* tiritando de frío entre macizos de flores inundados, sauces en fila a orillas de caminos llenos de lodo, a lo largo de los cuales veíanse en fila suntuosos hoteles con letras de oro en las fachadas: «Hotel Müller», «Meyer», «del Lago», y cabezas aburridas que aparecían en los vidrios mojados.

Se abordaba el pontón de desembarcadero, subían o bajaban gentes igualmente llenas de barro, mojadas y silenciosas. Sobre el puentecito veíase un ir y venir de paraguas y de ómnibus que desaparecían en seguida. Después, el gran batir de las ruedas hacía espumar al agua bajo las paletas, y la orilla huía, entrando de nuevo en el vago paisaje, con sus pensiones Meyer, Müller y del Lago, cuyas ventanas, abiertas un instante, dejaban ver en todos los pisos pañuelos agitados, brazos extendidos que parecían decir: «¡Por piedad, sacadnos de aquí!»... ¡Si supierais!...

Alguna vez el *Winkelried* se cruzaba al paso con otro vapor que ostentaba su nombre en letras negras sobre el blanco tambor... *Germania*, *Guillermo Tell*. Era el mismo punto lúgubre, los mismos *caoutchoucs* brillantes como espejos, la misma lamentable travesía; que el barco fantasma fuera en este sentido o en el otro, las mismas miradas desconsoladas se cambiaban de un vapor al otro.

¡Y pensar que toda esta gente viajaba por gusto, y que por gusto estaban cautivos también los huéspedes de los hoteles del Lago, de Meyer y de Müller!

Aquí, como en el Rigi-Kulm, lo que sofocaba sobre todo a Tartarín, lo que le desconsolaba y le helaba más aún que la lluvia fría y el cielo sin luz, era no poder hablar. Allá abajo había, es cierto, encontrado caras conocidas; el socio del Jokey con su sobrina (¡ejem! ¡ejem!), el académico Astier-Réhu y el profesor Schwanthaler, estos dos implacables enemigos condenados a vivir codeándose durante un mes, amarrados al mismo itinerario de un viaje circular Cook, y otros varios; pero ninguno de estos ilustres cirueleros quería reconocer al tarasconés, al cual se le distinguía y se quedaba grabado en la memoria por su pasamontaña, sus útiles de hierro, y sus cuerdas en cruz sobre el pecho. Todos estaban como avergonzados del baile de la víspera y del entusiasmo inexplicable a que les había arrastrado el brío del hombre gordo. Unicamente Mme. Schwanthaler se había acercado a su pareja, con su cara rosada y sonriente de hada rechoncha, y cogiéndose la falda con dos dedos como para indicar un paso de *minuet*: «¡Ballir, danser, moy bonito!» —decía la buena señora.

¿Evocaba un recuerdo o expresaba la tentación de volver a empezar? Ello es que no le dejaba un momento, y Tartarín, para librarse de su insistencia, se volvió al entrepuente, prefiriendo calarse hasta los huesos a caer en ridículo.

¡Y lo que llovía! ¡Y qué cielo tan feo! Y para acabar de poner el humor negro, toda una cuadrilla del *Ejército de Salvación* que acababa de ser presa en Beckenried, o sea diez muchachotas gordinflonas de estúpido aspecto, vestidas de azul marino y sombreros Greenaway, se agrupaban bajo tres enormes paraguas colorados y cantaban versículos, acompañados al acordeón por un hombre, una especie de David-la-Gamme, largo y estrecho y con ojos de loco. Estas voces agudas, blanduchas y discordantes como gritos de gaviotas, rodaban y se arrastraban a través de la lluvia y del humo negro de la máquina que el viento abatía. Jamás había oído Tartarín cosa más lamentable.

En Brunen esta tropa se bajó, dejando los bolsillos de los pasajeros llenos de folletitos piadosos, y casi al mismo tiempo que el acordeón y los cánticos de aquellos pobres duendes cesaban, el cielo se abrió, dejando ver algunos espacios azules...

Entrábase ahora en el lago de Uri, sombrío y apretado entre altas montañas salvajes, y a la derecha, al pie del Seelisberg, los viajeros se enseñaban unos a otros el campo de Grutli, donde Melchtal, Fürst y Stauffacher juraron la libertad de la patria.

Tartarín, muy conmovido, se descubrió religiosamente, sin reparar en el estupor que le rodeaba, y aun agitó su gorra en el aire tres veces seguidas para rendir homenaje a los manes de los héroes. Algunos pasajeros se equivocaron y con suma cortesía le devolvieron el saludo.

Por fin, la máquina lanzó un ronco gemido que repercutieron los ecos de uno y otro lado de aquel estrecho espacio. El cartelito que se colocaba sobre el puente a cada estación nueva, como se hace en los bailes públicos para variar las contradanzas, anunció.

Llegaban.

La capilla está situada a cinco minutos del desembarcadero, al borde justo del lago, sobre la misma roca donde Guillermo Tell saltó durante la tempestad, desde la barca de Gessler.

Y para Tartarín era una emoción deliciosa, mientras seguía a lo largo del lago a los viajeros de la agencia Cook, hollar con su planta aquel suelo histórico, acordarse, resucitar los principales episodios del gran drama, que conocía como su propia historia.

Guillermo Tell fue siempre su tipo.

Cuando en la botica de Bezuquet jugaban «a las preferencias», y cada uno escribía en un pliego cerrado el poeta, el árbol, el olor, el héroe, la mujer que prefería, uno de estos papeles decía invariablemente así:

¿El árbol preferido?—El baobab.

¿El olor?—La pólvora.

¿El escritor?—Fenimore Cooper.

¿Lo que yo hubiera querido ser?—Guillermo Tell.

Y en la botica no había más que una voz para exclamar:—¡Ese es Tartarín!

Calcúlese si sería feliz y si el corazón le iría de prisa al llegar ante la capilla conmemorativa elevada por la gratitud de todo un pueblo. Parecía que Guillermo Tell en persona iba a abrirle la puerta, todavía mojado del agua del lago, y con el arco y las flechas en la mano.

—¡No se puede entrar; estoy trabajando!—gritó desde el interior una voz gruesa, doblemente gruesa por la sonoridad de las bóvedas.

—¡Monsieur Astier-Réhu, de la Academia Francesa!

—¡Herr Doctor Professor Schwanthaler!

—¡Tartarín de Tarascón!

En la ojiva de encima del portal, el pintor, encaramado en un andamio, apareció, de medio cuerpo, en blusa de trabajo, con la paleta en la mano.

—Allá va mi *famulus* a abrir, señores —dijo con respetuosa entonación.

—¡Ya lo sabía yo, *pardi*! —pensó Tartarín.— ¡En cuanto me nombré!

Con todo y con eso, tuvo el buen gusto de colocarse en fila, y modestamente entró el último de todos.

El pintor, que era todo un buen mozo, con una cabeza magnífica, dorada como un artista del Renacimiento, recibió a sus visitantes en la escalera de madera que conducía al piso provisional instalado para hacer las pinturas de la parte alta de la capilla.

Los frescos, que representaban los principales episodios de la vida de Guillermo Tell, estaban acabados, menos uno: la escena de la manzana en la plaza de Altorf. Trabajaba el artista cuando llegaron, y su *famulus*, como decía él, un jovencito con los cabellos de arcángel y con las piernas y los pies desnudos, cubierto de una vesta de la Edad Media, le estaba sirviendo de modelo para el hijo de Guillermo Tell.

Todos aquellos personajes arcaicos, colorados, verdes, amarillos y azules, amontonados, de tamaño más que natural, en calles estrechas, y hechos para ser vistos a distancia, impresionaron un poco tristemente a los espectadores; pero estaban allí para admirar, y admiraron. Por otra parte, ninguno de ellos entendía una palabra.

—¡Yo encuentro esto...de un gran carácter! —dijo el pontífice Astier-Réhu, con su saco de noche en la mano.

Y Schwanthaler, con un asiento de tijera debajo del brazo, no queriendo ser menos, citó dos versos de Schiller, de los cuales se le quedó la mitad en su barba de río alegórico.

Después vinieron las exclamaciones de las señoras, y durante un momento no se oyó más que:

—¡*Schön!* ¡*oh!* ¡*schön!*

—*Yes, lovely...*

—¡*Exquis, délicieux!*

Lo mismo, ni más ni menos, que hubieran dicho en la pastelería.

Oyóse de pronto una voz brusca que desgarró con son de trompeta el silencio y el recogimiento.

—¡Muy mal terciado, se lo repito a usted! ¡Ese arco no está en su sitio!

Figúrese el lector el estupor del pintor ante el exorbitante alpinista, que con el pico en la mano, el azadón a la espalda, a riesgo de reventar a alguien a cada una de las vueltas que daba, le demostraba por A + B que el movimiento de su Guillermo Tell no era verdad.

—Y yo entiendo de eso, *au mouain*, puede usted creerlo.

—¿Usted es?

—¿Cómo que quién soy? —exclamó el tarasconés completamente lastimado. ¿Luego no se había abierto la puerta ante su nombre? Irguióse y dijo:— Vaya usted a preguntarles mi nombre a las panteras del Zaccar y a los leones del Atlas, y puede ser que se lo digan.

Hubo un paso atrás general, un asombro unánime.

—Pero, en fin —preguntó el pintor—, ¿por qué no es verdad el movimiento?

—¡Míreme usted, *té*!

Y parándose, después de una doble patada que hizo humear las tablas, Tartarín, echándose al hombro el zapapico como si fuera un arco, se plantó.

—¡Soberbio!. ¡Pues tiene razón! ¡Estése usted quieto!

Y dirigiéndose al *famulus*:

—¡Pronto, trae un cartón y un carbón; corre!

La verdad es que el tarasconés estaba pintiparado para modelo, tan recortado, ancho de espaldas, la cabeza inclinada en el pasamontañas, que parecía visera de casco, y el ojillo brillante guiñando al fámulo espantado.

¡Oh magia de la imaginación! Ya se creía en la plaza de Altorf, enfrente de su hijo, él, que nunca los había tenido, con una flecha en la cuja del arco y otra en la cintura para atravesar el corazón del tirano. Y esta convicción iba siendo tal, que se comunicaba en redor suyo.

—¡Es Guillermo Tell! —decía el pintor, acurrucado sobre un escabel haciendo su croquis con mano febril.— ¡Ah, señor mío, qué lástima que no le haya conocido a usted antes! Usted hubiera sido mi modelo...

—¿De veras? ¿Encuentra usted algún parecido? —dijo Tartarín muy hueco, sin variar de postura.

—¡Oh, sí!

Así se figuraba el artista a su héroe.

—¿La cabeza también?

—¡Oh, la cabeza importa poco! —Y el pintor se apartaba y miraba el croquis—. Una cara viril y enérgica, no hace falta más, puesto que nada se sabe de Guillermo Tell, y probablemente no ha existido.

En su estupor, Tartarín se dejó caer el arco.

—¡*Outre!*¹⁶ ¿Que no ha existido? ¿Qué está usted ahí diciendo?

—Pregunte usted a estos señores.

Astier-Réhu, solemne, echando sus tres barbas sobre la corbata blanca:

—Es una leyenda danesa.

—¿*Isländische*? —afirmó Schwanthaler, no menos majestuoso.

—Saxo Grammaticus cuenta que un valiente arquero llamado Tobs o Palntaoke...

—Es ist in der Vilkinasaga geschrieben...

A dúo:

fue condenado por el rey de
Dinamarca, Harold el de los
dientes azules...

dass der Isländische König
Necding...

16 *Outre* y *bouffre*, son juramentos tarasconeses de etimología misteriosa. Las señoras mismas no se desdeñan de usarlos, aunque añadiendo una atenuación. ¡*Outre!* me hará usted decir... (Nota del Autor.)

El ojo fijo, el brazo extendido, sin mirarse ni comprenderse, hablaban los dos a la vez, como en la cátedra, con ese tono doctoral, despótico, del profesor, seguro de no ser nunca discutido. Se enardecían, alborotaban nombres y fechas: ¡Justingen de Berna! ¡Jean de Winterthur!...

Y poco a poco la discusión se hizo general, agitada, furiosa, entre los asistentes. Blandían las sillas de tijera, los paraguas, las maletas, y el desgraciado artista iba de unos a otros predicando la concordia y temblando por la solidez de su andamio.

Cuando la tempestad se hubo calmado, quiso empezar otra vez su croquis y buscar al misterioso alpinista, aquel de quien sólo las panteras del Zaccar y los leones del Atlas pudieran decir el nombre. El alpinista había desaparecido.

Estaba ahora trepando a grandes pasos y furioso, por un caminito a través de los álamos y de las hayas hacia el hotel de la Tellsplatte, donde el correo de los peruanos debía pasarla noche, y bajo el peso de su decepción hablaba a voces y hundía con rabia su *alpenstok* en la senda mojada.

—¡Que no ha existido nunca Guillermo Tell! ¡Guillermo Tell una leyenda! ¡Y es el pintor encargado de decorar la Tellsplatte quien dice esto tan tranquilo! —Maldecía de él como de quien comete un sacrilegio; maldecía de los sabios, de este siglo negativo, demoledor, impío, que no respeta nada, ni gloria, ni grandeza—. ¡Maldita sea mi suerte!

¿Es decir, que dentro de doscientos, de trescientos años, cuando se hable de Tartarín, habrá Astier-Réhus y Schawanthalers para sostener que Tartarín no ha existido nunca, que es el héroe de una leyenda provenzal o berberisca...?

Detúvose sofocado por la indignación, y una vez doblada la cuesta, se sentó en un banco rústico.

Veíase desde allí el lago entre las ramas de los árboles y las blancas paredes de la capilla, que parecía un mausoleo nuevo. El mugido del vapor y el repiqueteo que hace al abordar, anunciaban la llegada de nuevos visitantes. Agrupábanse a orillas del agua con la guía en la mano y avanzaban haciendo gestos rebuscados y extendiendo los brazos que referían la leyenda. Y de pronto, merced a tan brusco cambio de ideas, saltóle a Tartarín a los ojos el lado cómico de las cosas.

Se representaba toda la Suiza histórica viviendo de este héroe imaginario, elevando estatuas y capillas en su honor sobre las plazoletas de las ciudades de tercer orden y organizando fiestas patrióticas, a las que acudían, con banderas, gentes de todos los cantones, y los banquetes, los brindis, los discursos, los hurras y las lágrimas brotando de todos los corazones; todo esto por el gran patriota, que todos sabían que no ha existido jamás!

¡Y luego hablan de Tarascón! ¡Esta sí que es tarasconada, y de las que no se han inventado nunca por allá!

Tornando a su buen humor, Tartarín salvó con unos cuantos pasos la gran carretera de Fluelen, a orillas de la cual ostenta el hotel de la Tellsplatte su larga fachada con persianas verdes. Mientras esperaban oír la campana que les llamase a comer, los huéspedes se paseaban delante de una cascada de roca hecha entre pedruscos sobre el camino barroso donde se colocan los coches, sin caballos, con las varas inclinadas y tocando en el suelo, entre los charcos que reflejaban una puesta de sol de color de cobre.

Tartarín pidió noticias de su hombre. Le dijeron que estaba comiendo.

—¡Llévenme a verlo, *zou!* —dijo con tal autoridad, que a pesar de la respetuosa repugnancia que se demostraba en incomodar a tan importante personaje, una criada llevó al alpinista por todo el hotel, donde su paso produjo cierto estupor, hacia donde se hallaba el precioso correo comiendo aparte, en un saloncito del patio.

—Caballero —dijo Tartarín entrando con su azadón al hombro— perdóneme usted si...

Detúvose estupefacto, mientras que el correo, larguirucho y flaco, con la servilleta puesta por debajo de la barba, envuelto en la odorífera nube que exhalaba un plato de sopa hirviendo, dejaba la cuchara.

—Vé ¡señor de Tartarín!

—Té, ¡Bompard!

Era Bompard, el antiguo gerente del Casino de Tarascón, buen muchacho, pero dotado de una imaginación fabulosa que le impedía decir una palabra de verdad y le había valido en la ciudad el mote de «El impostor». Un hombre a quien se le califica de impostor, en Tarascón, ¡figúrese el lector lo que será! ¡Y éste era el guía incomparable, el trepador de los Alpes, del Himalaya y de los montes de la Luna!

—Entonces... ya comprendo... —dijo Tartarín, un si es no es desconcertado, pero contento, a pesar de todo, de haber encontrado una cara conocida y el caro, el delicioso acento patrio.

—*Diferentemente*, señor de Tartarín, va usted a comer conmigo, ¿qué?

Tartarín se apresuró a aceptar, saboreando el placer de sentarse a una mesa íntima, con dos cubiertos uno enfrente de otro, sin la menor compotera litigiosa; de poder chocar su vaso con otro, hablar y comer, y comer cosas excelentes, naturales y bien condimentadas, pues los señores correos suelen estar tratados a cuerpo de rey por posaderos y fondistas, y servidos aparte, con vinos superiores y platos extra.

¡Los «*au moins*», «*par moins*» y «*diferemment*» que ellos dijeron!

—¿Luego era usted el que oí la noche anterior allá en la plataforma del Rigi?

—¡Pues ya lo creo! Hacía admirar a aquellas señoritas... ¿No es verdad que es hermosa esta salida del sol sobre los Alpes?

—¡Soberbia!—dijo Tartarín, sin convicción primero, para no contrariar al guía, y desbocado ya al cabo de un minuto. Y era para atontar a cualquiera oír a los dos tarasconeses celebrar con entusiasmo los esplendores que se descubren en el Rigi. Parecía un dúo cantado por Joanne y Baedeker.

Después, y a medida que avanzaba la comida, la conversación se hacía más íntima, llena de confidencias, de efusiones, de protestas que arrancaban lágrimas a aquellos ojos provenzales, vivos y brillantes, conservando siempre en su fácil emoción un punto de farsa y de broma. En esto se parecían únicamente los dos amigos. El uno tan seco, aceitoso, curtido, todo cosido a arrugas de esas especiales de los actores característicos de profesión. El otro chiquito, fornido, de piel lisa y sangre reposada.

¡Había visto tanto este pobre Bompard desde que dejó el Casino!... ¡Aquella insaciable imaginación que le impedía estar quieto en ninguna parte, le había hecho rodar bajo tantos soles y diversas fortunas!

Y mi hombre contaba sus aventuras, enumeraba todas las magníficas ocasiones de hacerse rico que le habían fallado teniéndolas a la mano, como, por ejemplo su última invención, que economizaba al presupuesto de la guerra el gasto de las suelas; ¿y sabe usted cómo? ¡Pues, hombre, es bien sencillo: herrando a los soldados!

—¡*Outre!*—dijo Tartarín espantado.

Bompard continuaba siempre con aquel aire de loco tranquilo que Dios le dio:

— ¿Una gran idea, verdad? Pues ahí tiene usted, aquella gente del ministerio, ni me ha respondido siquiera. ¡Ah, señor de Tartarín, he pasado ratos muy amargos, he comido el pan de la miseria antes de entrar en la Compañía!

—¿La Compañía?...

Bompard bajó discretamente la voz.

—¡Chist! Luego se lo diré a usted, aquí no...—Y después, tomando su natural entonación:— Con que vamos, ¿qué hacen ustedes en Tarascón? Todavía no me hadicho usted lo que le trae por estas montañas...

Tocóle a Tartarín desahogarse. Sin ira, pero con esa melancolía... poniente, con ese aburrimiento que suele atacar en la vejez a los grandes artistas, y a las mujeres que han sido muy hermosas, y a todos los conquistadores de pueblos y de corazones, contó la defección de sus compatriotas, el complot tremendo contra él para arrancarle la presidencia, y el partido que había tomado de llevar a cabo un acto de heroísmo, o sea una grande ascensión, colocando el pabellón tarasconés más alto que nadie; probar, en fin, a los alpinistas de Tarascón que era siempre digno, siempre digno de...

La emoción le ahogaba, tuvo que callarse. Y luego:

—¡Ya me conoce usted, Gonzaga!

No hay medio de explicar la efusión, el cariñoso atractivo que puso al pronunciar el nombre trovadoresco de Bompard. Era algo como un apretón de manos, algo como colocar al otro más cerca de su corazón...

—Usted me conoce, *¡qué!* Usted sabe si yo he chistado cuando se ha tratado de ir a buscar a los leones; durante la guerra, cuando organizamos juntos la defensa del Casino...

Bompard bajó la cabeza con mímica terrible. Se le figuraba estar allí aún.

—Pues bien, querido; lo que los leones y los cañones Krupp no pudieron hacer, los Alpes lo han logrado... Tengo miedo.

— ¡No me lo diga usted, Tartarín!

—¿Y por qué no? —dijo el héroe dulcísicamente.— Lo digo... porque es así.

Y tranquilamente, sin la menor afectación, confesó la impresión que le había causado aquel dibujo de Doré, aquella catástrofe del Cervino que aun tenía delante de los ojos. Temía parecidos peligros, y por eso al oír hablar de un guía extraordinario, capaz de evitárselos, había venido para confiarse a él. Y con el tono más natural, añadió:

—Usted no ha sido nunca guía, ¿verdad, Gonzaga?

—¡Psth!... ¡sí! —respondió Bompard sonriendo—. Sólo que... no he hecho todo lo que he contado...

—¡Por supuesto! —aprobó Tartarín.

Y el otro entre dientes:

—Salgámonos un momento a la carretera, y podremos hablar con más libertad.

Veníase la noche a más andar; un airecillo húmedo y tibio arremolinaba negros vellones sobre el cielo, en el que la puesta del sol había dejado vagar neblinas grises. Iban juntos en la dirección de Fluelen, cruzándose con las mudas sombras de viajeros hambrientos que volvían al hotel, pareciendo ellos dos también sombras mudas sin hablar una palabra, hasta llegar al largo túnel que corta el camino abierto de huecos de tierra por el lado del lago.

—Detengámonos aquí —entonó la hueca voz de Bompard, que resonó bajo la bóveda como un cañonazo. Y sentados sobre el parapeto, contemplaron la admirable vista del lago, las inclinaciones de los pinos y de las hayas negras y apretadas en primer término. Detrás, montañas más altas con las cumbres en honda; detrás, otras más altas aún en azulada confusión de tonos como las nubes. En medio, la línea blanca apenas visible de un ventisquero congelado en los huecos, que de repente se iluminó de fuegos amarillos, verdes y rojos. Estaban alumbrando la montaña con luces de bengala.

Allá en Fluelen veíanse abrir los voladores desgranándose en estrellas multicolores, y los faroles venecianos iban y venían sobre el lago, cuyos barcos invisibles paseaban a los músicos y a gentes que iban de fiesta.

Una verdadera decoración de comedia de magia, encerrada en el marco de las paredes de granito regulares y frías del túnel.

—¡Qué país más estrafalario es la tal Suiza! —exclamó Tartarín.

Bompard se echó a reir.

—¡Oh! ¡vai! la Suiza... ¡En primer lugar, no hay tal Suiza!

V

Confidencias bajo un túnel.

—La Suiza a la hora en que estamos, ¡vé! señor de Tartarín, no es otra cosa que una vastísima Kursaal abierta desde junio hasta setiembre, a la que viene a distraerse la gente de las cuatro partes del mundo, y que explota una compañía riquísima con un capital de miles de millones de francos y que reside en Ginebra y en Londres. Hacía falta, como puede usted suponer, muchísimo dinero para alquilar, pintar y engalanar todo este territorio, lagos, bosques, montañas y cascadas, mantener un pueblo de empleados, de comparsas, y sobre las cumbres más altas instalar hoteles maravillosos con gas, telégrafos y teléfonos!

—Y así es —pensó en alta voz Tartarín, acordándose del Rigi.

—¿Que si es? Usted no ha visto aún nada. Intérnese usted un poco en el país y no encontrará un rincón que no esté preparado y lleno de maquinarias como los bastidores de la Opera. Cascadas iluminadas a *giorno*, torniquetes a la entrada de los ventisqueros, y para cada ascensión todo género de ferrocarriles hidráulicos o funiculares. Sin embargo, la Compañía, teniendo en cuenta su clientela de ingleses y de norteamericanos trepadores, ha conservado en algunos Alpes famosos como la Jungfrau, el Fraile o el Finsteraarhorn sus apariencias espantables y peligrosas, por más que no haya en ellos más peligro que en cualesquiera otros.

—No le hay menor. Las grietas, amigo... esas horribles grietas... como uno se caiga dentro...

—Se cae sobre la nieve y no se hace daño. Siempre hay en el fondo un portero, un suizo, un cazador, alguien, en fin, que le levanta a usted, le cepilla, le sacude, y pregunta con la mayor finura: «¿Trae usted equipaje?»

—Pero, hombre, ¿qué me está usted ahí contando, Gonzaga?

Y Bompard con doble seriedad:

—El entretenimiento de las grietas y hendiduras es uno de los gastos mayores de la Compañía.

Siguióse un momento de silencio bajo el túnel, en cuyos alrededores reinaba la calma. Ya no había ni fuegos artificiales, ni ruido de pólvora, ni lucecitas de colores, ni barcas en el agua; pero la luna se alzaba y ofrecía otro paisaje convencional, azulado sucio, fluídico, con bastidores de impenetrable sombra...

Tartarín no se atreve a creer a su compañero bajo su palabra.

Sin embargo, reflexionando sobretodo lo que ha visto ya de extraordinario en cuatro días, como el sol del Rigi y la farsa de Guillermo Tell, las invenciones de Bompard le parecen tanto más verosímiles cuanto que en todo tarasconés hay un parlanchín forrado de un inocentote.

—¿Y como se explica usted esas catástrofes espantosas... la del monte Cervino, por ejemplo?

—De eso hace diez y seis años. La Compañía no existía aún, señor de Tartarín.

—Pero el año pasado, sin ir más lejos... aquel accidente del Wetterhorn, aquellos dos guías envueltos con sus viajeros...

—¡Pardi! hay que tentar a los alpinistas. ¡A una montaña donde nadie se rompiera la cabeza no vendrían los ingleses! El Wetterhorn decaía desde hace algún tiempo; desde que se publicó aquel suceso, los ingresos subieron en seguida.

—Luego los dos guías...

—Están tan buenos y tan sanos como los viajeros; solamente que se les ha hecho desaparecer, manteniéndoles en el extranjero durante seis meses... Esta *reclame* cuesta cara; pero la Compañía es bastante rica para poder pagarse ese lujo.

—Oiga usted, Gonzaga...

Tartarín dijo esto ya de pie y colocando una mano sobre el hombro del ex gerente.

—Usted no querrá que a mí me suceda una desgracia, ¿qué? Pues bien, hable usted con franqueza; usted conoce mis facultades como alpinista, que son medianas.

—Muy medianas, es verdad.

—¿Piensa usted, sin embargo, que puedo sin gran peligro intentar la ascensión de la Jungfrau?

—Respondo con mi cabeza, señor de Tartarín. Usted no tiene más que fiarse en el guía, ¡vé!

—¿Y si me da el vértigo?

—Cierre usted los ojos.

—¿Y si me escuro?

—Déjese usted caer. Aquí es como en el teatro, hay escotillones, no expone usted nada.

—¡Ah! Si yo le tuviese a usted allí para decírmelo, para repetírmelo... Vaya, amigo, un buen arranque; véngase usted conmigo...

No quisiera otra cosa Bompard, ¡*pecaire*! pero está amarrado a los peruanos hasta el fin de la estación, y como su amigo se asombre de verle aceptar este papel de correo, es decir, de subalterno...

—¡Qué remedio, Sr. Tartarín! Así está en el contrato, y la Compañía tiene el derecho de emplearnos como se le antoje.

Y comienza a contar por los dedos todos los oficios que ha tenido en tres años. Guía en el Oberland, cornista o trompón de los Alpes, antiguo cazador de gamuzas, ex soldado de Carlos X, pastor protestante sobre las cumbres...

—¿*Qués acó?* —preguntó en tarasconé Tartarín sorprendido.

—¡*Be!* ¡sí, señor! Si viaja usted por la Suiza alemana, algunas veces verá usted allá en alturas vertiginosas un pastor predicando al fresco, de pie sobre una roca o en púlpito rústico hecho con el tronco de un árbol. Algunos pastores (de ganados) y queseros con sus gorras de cuero en la mano, y unas cuantas mujeres vestidas con los trajes que se usan en el cantón, se agrupan en derredor del predicador en actitudes pintorescas, y el paisaje resulta muy bonito, con sus pastos verdes o recién segados, cascadas que bajan hasta la carretera y rebaños con grandes cencerros que van sonando en todos los declives de la montaña. Pues todo esto... ¡*vé!* es pura decoración y attrezzo. Solamente que los empleados de la Compañía, guías, correos, pastores o posaderos son los únicos que están en el secreto, y su interés consiste en no descubrirlo para no espantar a los parroquianos.

El alpinista se queda consternado, mudo, en el colmo de la estupefacción. Pero en el fondo, aunque tenga sus dudas sobre la veracidad de Bompard, se tranquiliza y se encuentra menos asustado de las ascensiones alpestres; así es que la conversación acaba por ser alegre. Los dos amigos hablan de Tarascón, de los ratos de broma de otros tiempos, cuando eran más jóvenes.

—Y a propósito de *galejada*¹⁷ —dice de pronto Tartarín— ¡buena me la dieron en el Rigi-Kulm! Figúrese usted que esta mañana...

Y cuenta lo de la carta pegada al espejo, y repite con énfasis lo de *francés del diablo*...

—No puede ser más que un bromazo, ¿qué?

17 En el dialecto provenzal, broma, farsa.—E. B.

—Quién sabe...tal vez... —dice Bompard, que al parecer toma la cosa más en serio que el otro, y le pregunta si durante su permanencia en el Rigi ha tenido alguna historia con alguien, o si ha hablado más de lo que debía.

—¡*Vai!* ¡Hablar de más! ¿Hay quien abra la boca siquiera entre todos aquellos ingleses y alemanes, mudos como carpas so pretexto de buena crianza?

Y sin embargo, pensándolo bien, se acuerda de haberle enmendado la plana a una especie de cosaco, un tal Mi... Mi...Milanof.

— Manilof —rectifica Bompard.

—¿Le conoce usted? Acá para *inter nos*, yo creo que el tal Manilof me tenía ganas por causa de una rusita muy mona.

—Sí; Sonia — murmura Bompard inquieto.

—¿También la conoce usted? ¡Ay, amigo mío, una perla, una perdicita gris!

—Sonia de Wasilief. Esa fue la que mató de un tiro de revólver en plena calle al general Felianine, presidente del Consejo de guerra que había condenado a su hermano a la deportación perpetua.

—¡Sonia asesina! Aquella niña, aquella rubita...

Tartarín no quiere creerlo.

Pero Bompard precisa, da los detalles de la aventura, que, por lo demás, todo el mundo conoce. Hace dos años que Sonia vive en Zurich, donde su hermano Boris, escapado de Siberia, vino a reunirse con ella, tísico perdido: y durante todo el verano lo pasea para que tome el aire puro de la montaña. Bompard los ha encontrado muchas veces, seguidos de amigos, todos ellos desterrados y conspiradores. Los Wasilief, muy inteligentes, muy enérgicos, y con alguna fortuna todavía, están al frente del partido nihilista, con Bolivina, el asesino del director de la policía. Este Manilof fue el que el año pasado hizo volar el palacio de invierno del zar.

—¡*Boufre!* —exclama Tartarín;—vaya unos vecinitos que tiene uno en el Rigi!

¡Pero eso no es nada! Bompard llega hasta a suponer que la carta procede de aquellos jóvenes. Bien claro se ve en ella el procedimiento nihilista.

Todas las mañanas recibe el zar avisos parecidos, en su gabinete, debajo de la servilleta...

— Pero en resumidas cuentas —dice Tartarín palideciendo— ¿qué razón hay para esas amenazas? ¿Yo qué les he hecho?

Bompard cree que le han tomado por un espía.

—¿Un espía, yo?

—¡*Bé!* sí! En todos los centros nihilistas, en Zurich, en Ginebra, en Laussane, la Rusia sostiene, a costa de grandes gastos, una numerosa vigilancia; y aun desde hace poco tiempo se ha procurado los servicios del antiguo jefe de la policía imperial francesa y de una docena de corsos que siguen y observan a todos los desterrados rusos, sirviéndose de mil disfraces para sorprenderlos.

El aspecto de Tartarín, sus gafas, su acento... ¿qué más para confundirle con uno de esos agentes?

—¡Maldita sea mi suerte! Ahora que lo pienso... pues también iba siempre a la zaga de ellos un maldito tenor italiano, que debe ser un soplón, de seguro... ¿Y qué hago yo ahora?

—Ante todo, no encontrarse nunca con esa gente, porque ya está usted avisado de que si eso sucede va usted a pasarlo mal.

—¡Ah *vai!* ¿Pasarlo mal? ¡Al primero que se acerque le parto la cabeza con el azadón!

Y los ojos del tarasconés brillaban en la sombra del túnel. Pero Bompard, menos tranquilo que él, sabe que el odio de estos demonios de nihilistas es terrible y ataca por bajo de mano, ahonda y trama!

—Ya puede usted ser un conejo como el presidente aquél, ¿y qué? Vaya usted a desconfiar de la cama de la posada donde se duerme, de la silla donde uno se sienta, de la rampa del vapor, que cederá sin saber cómo ni cuándo, y dará usted una caída mortal. ¿Pues y las cocinas preparadas? ¿Y el vaso impregnado de un veneno invisible? Tenga usted cuidado con el aguardiente que lleva usted en la calabaza, y con la leche espumosa, que le traerá a usted el vaquero de los zuecos. ¡Le digo a usted que es gente que no se para en barras!

—Entonces... ¿qué? ¡Estoy perdido! —murmura Tartarín; y cogiendo la mano de su compañero...

—Aconséjeme usted, Gonzaga.

Después de un minuto de reflexión, Bompard le traza su programa. Marcharse a la mañana siguiente tempranito, atravesar el lago y el desfiladero del Brimig, pernoctar en Interlaken. Al otro día a la Jungfrau. Y en seguida, de camino para Tarascón, sin perder una hora ni volver la cabeza.

—Partiré mañana, Gonzaga —dice el héroe con voz varonil y mirando con terror hacia el misterioso horizonte que envuelve la negra noche, y al lago que parece el encubridor de todas las traiciones, con su calma impasible y pálidos reflejos...

VI

*El paso del Brünig. Tartarin cae en poder de los nihilistas.
Desaparición de un tenor italiano y de una cuerda fabricada en
Avignón. Nuevas hazañas del cazador de gorras. ¡Pam, pam!*

—¡Suba usted! ¡vamos!

—¿Pero dónde diablos quiere usted que suba, si está todo lleno y nadie me da un sitio?

Estamos en la otra punta del lago de los Cuatro Cantones, sobre aquella orilla de Alpnach, húmeda y filtrada como un delta, y en donde los coches del correo se organizan a manera de convoy y van recibiendo a los viajeros al bajar del vapor para hacerles atravesar el Brünig.

Una lluvia fría, como si fuera de puntas de alfileres, caía desde por la mañana; y el bueno de Tartarín, empedrado de fornituras, empujado por los postillones y los aduaneros, corría de coche en coche, sonoro y embarazoso como el hombre-orquesta de la feria que en cada movimiento pone en juego el triángulo, el tambor, el sombrero de cascabeles y los timbales. En todas las portezuelas era recibido con el mismo grito de espanto: «¡Está lleno!», áspero y gruñido en todos los dialectos y con la misma manera de erizarse en forma de bola para ocupar el mayor espacio posible e impedir la invasión de compañero tan peligroso y resonante.

Sudaba el desgraciado, resoplaba, respondía con aquello de «Maldita sea mi suerte» y gestos desesperados al clamoreo impaciente del convoy. «¡En marcha!» «En route!» «All Right!» «¡Andiamo!» «¡Vorwärts!» Piafaban los caballos, juraban los cocheros. Por fin el conductor del correo, un hombre con una casaca colorada y una gorra chata, tomó la cosa por su cuenta, y abriendo a viva fuerza la portezuela de un landó medio descubierto, empujó a Tartarín, alzándole en alto como un bulto, y después se quedó de pie y majestuoso delante del estribo, con la mano extendida, esperando su *trinkgeld* (en romance propina).

Humillado, furioso contra las gentes del coche, que le aceptaban *manu militari*, Tartarín afectó no mirarlas, se metió el portamonedas en el bolsillo, colocó su zapapico al lado, con ademanes de mal humor premeditado y grosero, capaz de hacer creer que acababa de desembarcar del barco que va de Douvres a Calais.

—Buenos días —díjole una dulce voz no desconocida.

Alzó los ojos y se quedó estático, petrificado ante la linda cara redonda y sonrosada de Sonia, sentada enfrente de él, debajo de la media cubierta del landó, donde se abrigaba también un joven alto, envuelto en chales y mantas de viaje, y al cual no se le veía sino la frente, de lívida palidez, entre algunos bucles de cabellos finos y dorados como la guarnición de sus anteojos de miope. El hermano, sin duda.

Un tercer personaje que Tartarín no quisiera conocer les acompañaba; Manilof, el incendiario del palacio imperial.

Sonia, Manilof... ¡vaya una ratonera!

Ahora es cuando iban sin duda a cumplir su amenaza en el paso del Brünig, escarpado y rodeado de simas. Y el héroe, por uno de esos espantos de relámpago, que dejan ver el fondo de un peligro, se vio extendido sobre el cascajo de un barranco, y balanceado desde lo más alto de una encina.

¿Huir? ¿Dónde? ¿Cómo? Ya los coches se movían, echaban a andar en fila al son de la trompa; una bandada de chiquillos presentaban en las portezuelas ramilletes de edelweiss.

Tartarín, trastornado, pensó en coger la acción y comenzar el ataque reventando con el *alpenstok* al cosaco de su derecha; pero pensándolo mejor, consideró más prudente moderarse. Era evidente que aquellos picaros no intentarían el golpe sino más lejos, en parajes deshabitados, y acaso le dieran tiempo de bajar del coche. Por otra parte, no parecían abrigar malas intenciones... Sonia le sonreía dulcemente con aquellos lindos ojos de turquesa; el joven pálido le miraba con interés, y Manilof, sensiblemente suavizado, se separaba cortésmente invitándole a colocar el saco de noche entre los dos. ¿Habrían reconocido su torpeza, leyendo en el registro del Rigi-Kulm el ilustre nombre de Tartarín? Quiso asegurarse de esto, y familiar y bonachón, comenzó por decir:

—He tenido mucho gusto en encontrarme con la juventud personificada en tan bellas personas...; pero ustedes me permitirán que me presente. Ustedes no saben con quién tratan, mientras que yo sé muy bien quiénes son ustedes.

— ¡Chist!—hizo con la punta de su guante de piel de Suecia, Sonia, siempre sonriendo; y le señaló hacia el pescante, donde al lado del cochero iban el tenor de los puños de camisa y el otro joven ruso, cubiertos con el mismo paraguas, riendo y hablando los dos en italiano.

Entre el polizonte y los nihilistas, Tartarín no dudó.

—¿Conoce usted a ese hombre, *au mouains*? —dijo muy bajito, acercando su cabeza al fresco rostro de Sonia y mirándose en sus ojos claros, que se tornaron súbitamente huraños y duros mientras respondía sí, frunciendo las cejas.

El héroe tembló, pero como se tiembla en el teatro, es decir, con esa deliciosa inquietud de epidermis que se apodera de nosotros cuando la acción se enreda y nos arrellanamos en la butaca para oír o entender mejor. Personalmente repuesto, libre ya de las horribles angustias que le habían agobiado toda la noche e impedido saborear su café suizo con miel y azúcar y alejádole en el vapor del filarete, respiraba ahora con fuerza, la vida le parecía hermosa, y aquella rusita irresistiblemente agradable, con su gorrita de viaje, su chaquetita ajustada de cuello levantado, apretando los brazos y marcando el talle, sobrado ligero aún, pero de una elegancia completa... ¡Y tan niña! Niña por el candor de su risa, por el vello de sus mejillas, por la gracia encantadora con que extendía el chal sobre las rodillas de su hermano.

—¿Estás bien así? ¿No tienes frío? —¡Quién pudiera creer que aquella mano tan diminuta, tan fina, bajo el guante de gamuza, había tenido la fuerza moral y el valor físico de matar a un hombre!

Tampoco los demás le parecían ya feroces; todos tenían la misma franca risa, un poco contenida en los labios secos del enfermo, más ruidosa en los de Manilof, que en plena juventud, con su barba rizada, tenía explosiones de colegial en vacaciones y expresiones de exuberante alegría.

El tercer compañero, aquel llamado Bolivine, que hablaba en el pescante con el italiano, también se divertía mucho, y se volvía con frecuencia para traducir a sus amigos las cosas que le contaba el cantante apócrifo, sus éxitos en San Petersburgo, sus conquistas, los botones de camisa que le habían regalado los abonados cuando se fue de allí, los botones extraordinarios con las tres notas grabadas, *la-do-re* que vienen a decir en francés *l'adoré*; y este *calembour* repetido en el landó, causaba tal jaleo de risa, que se comunicaba al tenor mismo, y éste se retorció tan bien el bigote, con tan estúpido aire de vencedor, mirando a Sonia, que Tartarín comenzaba a preguntarse si realmente aquellos eran simples viajeros y el tenor un tenor de veras.

Pero los coches a todo correr rodaban sobre diversos puentes, bordeaban lagos y campos floridos, hermosos vergeles relucientes y desiertos, pues era domingo, y los aldeanos que se veían al paso llevaban el vestido de día de fiesta; las mujeres lucían largas trenzas y cadenas de plata.

Comenzaban a subir el camino en zigzag que sombrean los olmos y las encinas; poco a poco el maravilloso horizonte se desarrollaba como por pisos a cada revuelta del camino, dejando ver

ríos, valles de los que surgían los campanarios, y allá en el fondo la cumbre escarchada del Finsteraarhorn que blanqueaba bajo un sol invisible.

A poco la sombra envolvió el camino, ya de aspecto más salvaje. Por un lado sombras profundas, caos de árboles plantados en cuesta, encorvados y retorcidos, entre los que rugía la espuma de un torrente; a la derecha una inmensa roca saliente, erizada de ramas que brotaban de sus hendiduras.

Nadie reía ya en el landó: admiraban todos alzando la cabeza para tratar de ver la cúspide de aquel túnel de granito.

—Parece que está uno en los bosques del Atlas! —dijo gravemente Tartarín; y como su observación pasara desapercibida, añadió:

—Sin los rugidos del león, por supuesto.

—¿Usted los ha oído alguna vez? —preguntó Soma.

¡Que si había él oído al león!

Y con una dulce sonrisa de indulgencia:

—Yo soy Tartarín de Tarascón, señorita...

¿Serían bárbaros? Se quedaron lo mismo que si hubiera dicho: me llamo Pérez. No conocían el nombre de Tartarín.

A pesar de esto no se ofendió, y respondió a la joven que le preguntaba si el rugido del león le había dado miedo:

—No, señorita; mi camello era el que temblaba febril entre mis piernas, mientras yo preparaba la liga, tan tranquilo como si estuviera delante de una vacada... De lejos hasta se parece la manera de mugir; es una cosa así: ¡té!

Y para dar a Sonia una impresión exacta, largó a toda voz un ¡Múúú! formidable que se extendió hinchándose repercutido por el eco de la roca. Los caballos se encabritaron, y en todos los coches los viajeros de pie y llenos de espanto indagaban la causa del accidente y de estrépito tal, y reconociendo al alpinista que se les aparecía detrás de la capota del landó, enseñando no más la cabeza cubierta con el casco y el superabundante atalaje, se preguntaban una vez más:

—¿Pero qué especie de animal es éste?

Él, en tanto, tranquilo, continuaba dando detalles sobre el modo de atacar a la fiera y abatirla y despedazarla, el guion de brillantes que adornaba su carabina por la noche para hacer segura puntería...

La joven le escuchaba, le oía, inclinada curiosamente y con un latir de narices muy atento.

—Dicen que Bombonel caza todavía —dijo el hermano.— ¿Le ha conocido usted?

—Sí —respondió Tartarín fríamente—. No es torpe ese muchacho; pero... los hay mejores. (¡Chúpate esa!)

Y en seguida, con cierta melancolía:

—Realmente —él decía en su dialecto *pas moins*— estas cacerías de grandes fieras son unas grandes emociones. Cuando no se hacen ya, parece que hay en la existencia un vacío que no se sabe cómo llenar.

Aquí Manilof, que aunque no hablaba el francés lo entendía, y parecía escuchar al tarasconés con gran curiosidad, marcada en una gran arruga que le partía la frente en dos a manera de cicatriz, dijo, riendo algunas palabras a sus amigos.

—Manilof dice que todos pertenecemos a la misma cofradía —dijo Sonia, traduciendo las frases del otro a Tartarín.— Nosotros somos como usted, cazadores de fieras.

—¡Té! ¡pardí! ¿de veras? Lobos, osos blancos...

—Sí señor, sí; lobos, osos blancos y otros varios animaluchos perjudiciales.

Y allí fue el reír de nuevo, pero a carcajadas estrepitosas, interminables, y esta vez en un tono agudo y feroz, enseñando los dientes y recordando a Tartarín en qué triste y singular compañía viajaba.

De pronto detuviéronse los coches. El camino iba siendo más pendiente, y hacía por aquella parte un largo rodeo para llegar a lo alto del Brünig, pero al cual se podía llegar por un atajo de veinte minutos monte arriba y a pie por entre un admirable bosque de olmos. A pesar de la lluvia de la mañana y de lo escurridizo y fangoso del terreno, los viajeros, aprovechando una clara, bajaban casi todos y echaban a andar en fila por el estrecho camino de *schlittage*.

Del landó de Tartarín, que era el último, se bajaron los hombres; pero Sonia, viendo tanto lodo en el camino, prefirió quedarse y se arrellanó en el coche; y como viera que el alpinista bajaba detrás de los demás, aunque un poco retrasado por el peso de sus trebejos, le dijo a media voz:

—Quédese usted y hágame compañía...

¡Y se lo dijo de una manera!...

El pobre hombre se quedó trastornado, imaginándose ya una novela tan deliciosa como inverosímil, que hacía palpar su corazón, ya viejo, de la manera más violenta.

Pero pronto salió de su error, viendo a la joven inclinarse ansiosa para atisbar a Bolivine y al italiano que hablaban vivamente a la entrada de la *schlitte*, detrás de Manilof y Boris que iban ya andando. El pseudotenor vacilaba. Un instinto parecía advertirle que no debía aventurarse a quedarse solo con aquellos tres hombres. Decidióse al fin, y Sonia le contemplaba subir, acariciando su redonda mejilla con un ramito de violetas de la montaña, de esas cuyas hojas tienen el mismo fresco color de las flores.

El landó iba al paso; el cochero, que se había bajado, iba delante con otros camaradas y el convoy escalonado de más de quince coches que la perpendicular iba juntando, rodaban vacíos y silenciosos.

Tartarín, muy conmovido, presintiendo algo siniestro, no se atrevía a mirar a su vecina; tal era su temor de que una palabra, una mirada pudiera convertirle en actor o por lo menos en cómplice del drama que veía venir. Pero Sonia no se ocupa de él, fija la mirada en la mirada de los otros y sin dejar de acariciar maquinalmente la pelusilla de su cara con las flores.

— ¿Conque, es decir —dijo después de mucho rato— que usted sabe quiénes somos mis amigos y yo? Y... vamos a ver, ¿qué piensa usted de nosotros? ¿Qué piensan los franceses?

El héroe palideció, y luego se puso colorado. No quería en manera alguna indisponerse por algunas palabras imprudentes con personas tan vengativas; y por otra parte, ¿cómo iba a transigir con unos asesinos?

Salió del paso con una metáfora:

— *Diferemment*, señorita, usted me decía hace poco que éramos de la misma cofradía... cazadores de hidras y de monstruos, de déspotas y de carniceros... Voy, pues, a hablarle a usted como compañero de San Huberto. Mi opinión es que hasta con las fieras hay que ser leal. Nuestro Julio Gerard, famoso cazador de leones, usaba balas explosivas... Yo no paso por eso, nunca lo he hecho. Cuando yo iba a buscar al león o a la pantera, me plantaba enfrente de la fiera, cara a cara, con una buena carabina de dos cañones, y ¡pam! ¡pum! le metía una bala en cada ojo.

—¿En cada ojo? —exclamó Sonia.

—Y no he errado nunca un golpe.

Y según aseguraba, el hombre creía todavía estarlo haciendo.

La joven le miraba con sencilla admiración y pensó en alta voz:

—Y eso es lo que sería más seguro.

Sonó un brusco destrozo de ramas y hojarasca, y la maleza se desgarró sobre ellos tan vivamente, que Tartarín, llena la cabeza de aventuras de caza, pudo creerse al acecho en el Zaccar. Manilof saltó del repecho sin ruido cerca del coche. Sus ojillos apretados brillaban en el rostro arañado por los pinchos; su barba y sus cabellos, como las orejas de un perro, estaban rociados con el agua de las ramas. Fatigoso, apoyando las cortas y peludas manos en la portezuela, interpeló en ruso a Sonia, quien volviéndose hacia Tartarín, le dijo rápidamente:

—¡La cuerda... pronto!

—¿Mi cuerda? —ceceó el héroe.

—Pronto, venga; ahora se la devolveremos...

Y sin más explicación, la muchacha le ayudó con sus deditos enguantados a desligarse de su famosa cuerda hecha en Avignon. Manilof cogió el ovillo gruñendo alegremente y se zampó en un par de saltos bajo la maleza con la agilidad de un gato montés.

—¿Qué pasa? ¿Qué van a hacer? Lleva una cara feroz... —murmuró Tartarín sin atreverse a decir todo su pensamiento.

¡Feroz, Manilof! ¡Ah! ¡cómo se veía que no le conocía! No había un ser mejor, más dulce ni más compasivo; y como rasgo de esta naturaleza excepcional, Sonia, serena, y de azul de cielo la mirada, le contó que su amigo, volviendo de ejecutar una orden del Comité revolucionario, y al saltar en el trineo que le esperaba para la huida, ¡amenazó al cochero con bajarse, costara lo que costara, si seguía pegándole al pobre animal, cuya ligereza, sin embargo, le salvaba!

Tartarín encontró este rasgo digno de la antigüedad. Después, pensando en todas las vidas humanas sacrificadas por aquel mismo Manilof, tan inconsciente como un terremoto o un volcán en erupción, pero que prohibía hacer daño a un animal en su presencia, preguntó con aire sincero a la joven:

—¿Murió mucha gente en la explosión del Palacio de invierno?

—Demasiada —respondió tristemente Sonia—. Y el único que debía morir, se salvó.

Quedóse silenciosa, como contrariada, y lindísima con la cabeza baja y sus grandes pestañas doradas rozando su mejilla de rosa pálida. Tartarín sintió haberla entristecido, nuevamente seducido por el encanto de juventud y de frescura que se exhalaba en torno de aquella extraña criatura.

—Así, pues, caballero, la guerra que nosotros hacemos ¿le parecerá a usted injusta e inhumana?

Y le decía esto muy de cerca, acariciándole con su aliento y con su mirada... y el héroe se sentía desfallecer...

—¿No cree usted que todas las armas son buenas y legítimas para libertar a un pueblo que se ahoga y agoniza?

—Sin duda, sin duda...

Y cada vez más cerca, y a medida que Tartarín cedía:

—Hablaba usted hace poco de un vacío que hay que llenar; ¿no le parece a usted que sería más noble, más interesante jugarse la vida por una gran causa, que exponerla matando leones o escalando ventisqueros?

—La verdad es... —dijo Tartarín embriagado, perdida la cabeza, lleno de angustia, del deseo loco, irresistible de coger y besar aquella manita ardorosa, persuasiva, que se le colocaba sobre el brazo, como allá arriba, la noche del Rigi-Kulm, cuando le puso el zapato perdido. Por fin, y no conteniéndose más, y cogiendo la manita aquella entre las suyas.

—Oiga usted, Sonia —dijo con una voz gorda, paternal y familiar—; oiga usted, Sonia...

Una brusca parada del coche le interrumpió. Llegaban a lo alto del Brünig. Viajeros y cocheros volvían a sus coches para recuperar el tiempo perdido y ganar de una galopada la aldea cercana, donde había que almorzar y mudar el tiro.

Los tres rusos recobraron sus sitios, pero el italiano no pareció.

—Ese caballero ha subido en uno de los coches de delante —le dijo Boris al cochero, que preguntaba por él. Y dirigiéndose a Tartarín, cuya inquietud crecía:

—Tendrá usted que reclamarle la cuerda, porque se ha quedado con ella.

Y tras esto, nuevas risas en el landó y nuevas perplejidades para el bravo Tartarín, que ya no sabía qué pensar ni creer del buen humor y el aspecto franco de los supuestos asesinos.

Mientras envolvía a su enfermo con mantones y *plaids*, pues el aire de las alturas era más vivo y doble a causa de la velocidad de los coches, Sonia contaba algo en ruso, lanzando *¡pam!* y *¡pum!* con graciosa entonación, que repetían los compañeros tras ella, los unos admirando al héroe, y Manilof meneando la cabeza con incredulidad.

¡El cambio de tiro!

Estamos en la plaza de un pueblo grande, y a la puerta de una posada vieja, con su balcón de madera derrumbado y el cartel en forma de horca, de hierro mohoso. Detiéndose allí la fila de coches, y mientras se desenganchan, los viajeros hambrientos se precipitan e invaden en el primer piso, una sala pintada de verde que apesta a humedad, y donde hay una mesa preparada para veinte cubiertos a la suma. Como son sesenta, óyese durante cinco minutos un jaleo espantoso, gritos, disputas vehementes entre arroceros y cirueleros alrededor de las compoteras, con gran aturdimiento del posadero que pierde la cabeza, como si todos los días a la misma hora no pasara por allí el correo, y que da prisa a las criadas, lo cual es un excelente pretexto para no servir más que la mitad de los platos que reza la lista y dar una moneda imaginaria entre la cual los sueldos blancos de Suiza pasan por cincuenta céntimos.

—¿Vamos a almorzar en el coche? —dijo Sonia aburrida de aquel barullo.

Y como nadie tiene tiempo de ocuparse de ellos, ellos mismos se encargan de servirse. Manilof viene blandiendo una pierna de carnero, Bolivine un pan y unas salchichas; pero el mejor furriel es Tartarín. En verdad que la ocasión era pintiparada para separarse de sus compañeros en el tole tole del cambio de tiro, y de enterarse por lo menos de si ha parecido el italiano; pero no ha pensado en ello, únicamente preocupado con el almuerzo de la «niña» y con enseñarles a Manilof y a los otros cómo sale del paso un tarasconés cuando hace falta.

Al verle bajar las gradas del pórtico, grave y con la mirada fija, sosteniendo con sus robustas manos una gran bandeja cargada de platos, servilletas y toda clase de vituallas y champagne suizo con el casco dorado, Sonia aplaude dando palmadas, le felicita:

—¿Cómo ha hecho usted?

—¡Qué sé yo! ¡Se hace lo que se puede, *té!* ¡Los de Tarascón somos todos así!

¡Oh felices minutos! En la existencia del héroe será memorable este almuerzo enfrente de Sonia, casi sobre sus rodillas, en plena decoración de zarzuela, ante la plaza de la aldea, con sus verdes alamedas, bajo las cuales brillan los dorados y las muselinas de las suizas vestidas de fiesta, paseándose de dos en dos como las muñecas.

¡Qué exquisito le parece el pan, y qué sabrosas las salchichas! Hasta el cielo se pone de su parte, clemente, dulce y velado; es verdad que llueve, pero ligerísimamente, a gotas perdidas, lo preciso para mojar el champagne suizo, peligroso para cabezas meridionales.

Bajo el terrado del hotel, un cuarteto tirolés, dos gigantes y dos enanos, cuyos andrajos, brillantes y pesados, dijérase que se han salvado de la quiebra de algún teatro de la feria, mezclan sus guturales aullidos *¡aou!* *¡aou!* al entrechoque de los platos y de los vasos. No pueden ser más feos, ni más bestias, ni más inmóviles, estirando las cuerdas de los entecos cuellos. A Tartarín le

parecen deliciosos y les arroja puñados de calderilla con gran estupefacción de los aldeanos que rodean el landó desenganchado.

—*¡Fife le Franze!* —rumia una voz entre la multitud, de la que surge un viejo muy alto, vestido con un estupendo traje azul con botones de plata, cuyos faldones van barriendo el suelo, cubierta la cabeza con un chascás gigantesco en forma de barril de aceitunas y de un peso tal, aumentado por el enorme plumero, que obliga al viejo a hacer balancín con los brazos como si anduviera en la cuerda floja.

—*Fieux soltat... carte royale.... Charles tix.*

El tarasconés, que se acuerda de lo que le contó Bompard, suelta el trapo a reír y dice bajito y guiñando el ojo:

—*¡Te veo, viejecito!*

Pero le da, a pesar de todo, una moneda de plata y le ofrece un trago, que el viejo acepta riendo y guiñando el ojo también, sin saber por qué. Después, destornillando de un rincón de la boca una enorme pipa de porcelana, alza el vaso y brinda «por la compañía», lo que confirma a Tartarín en su opinión de que tiene que habérselas con un colega de Bompard. Pero ¡qué importa un brindis por otro. Y de pie en el coche, poderosa la voz, alto el vaso, acudiéndole las lágrimas a los ojos, no sin beber antes, a la Francia; a su patria, y después a la hospitalaria Suiza, a la cual se considera dichoso de rendir honor públicamente y darle las gracias por la acogida que presta a todos los vencidos y a todos los desterrados. En fin, bajando la voz, el vaso inclinado hacia sus compañeros de viaje, les desea que puedan volver pronto a su país y encontrar en cabal salud a sus señores padres y amigos fieles, una profesión honrosa y el fin de todas sus disensiones. Porque, en fin, no es posible pasarse la vida devorándose!

Durante el brindis, el hermano de Sonia sonríe, frío y burlón tras sus amarillentas gafas. Manilof, avanzando la nuca, las cejas hinchadas socavando la arruga aquella, parece que piensa si el gordinflón *barine* va a concluir de charlar, mientras que Bolivine, agarrado al pescante y haciendo muecas con su cara grotesca, amarilla y ajada a lo tártaro, parece un mico de los más feos encaramado a los hombros del tarasconés.

Solamente la joven le escucha muy seria, tratando de comprender aquel extraño tipo de hombre. ¿Pensará todo lo que dice? ¿Habrá hecho todo lo que cuenta? ¿Es un loco, un cómico, o nada más que un hablador, como pretende Manilof, que en su calidad de hombre de acción le da a esta palabra una significación despreciativa?

Pronto se hará la prueba. Acabado el brindis, Tartarín va a sentarse, cuando un tiro, otro en seguida, otro después, disparados no lejos de la posada, le ponen otra vez de pie, todo emocionado, la oreja alerta y olfateando la pólvora.

—*¡Quién ha tirado! ¡Dónde ha sido! ¡Qué ocurre!*

Por su cacumen inventivo desfila todo un drama, el ataque de un convoy a mano armada, la ocasión de defender el honor y la vida de aquella encantadora persona... Pero no, aquellas detonaciones parten sencillamente del *Stand*, donde la juventud del pueblo se ejerce en el tiro al blanco todos los domingos.

Y como los caballos no están enganchados todavía, Tartarín propone, como al descuido, ir a dar un paseíto hasta allá.

Tiene su plan, como Sonia el suyo al aceptar. Guiados por el viejo de la Guardia Real, que va ondulando bajo su gran chascás, atraviesan la plaza y abren las filas de la multitud que les va siguiendo curiosa.

Bajo su techo de cabaña y sus montantes cuadradas de pino fresco, el *Stand* se parece, aunque un poco más tosco, a uno de los tiros de nuestras ferias, con la diferencia de que allí los aficionados llevan sus armas, fusiles de aguja del antiguo sistema, que manejan con bastante destreza.

Mudo, cruzado de brazos, Tartarín juzga los tiros; hace la crítica en alta voz, da consejos, pero no tira. Los rusos le espían y se hacen señas.

—¡Pam! ¡pum! —repite en son de broma Bolivine con gestos que tratan de imitar el acento provenzal de Tartarín.

Éste se vuelve, colorado como un tomate y bufando de cólera.

—Sí, señor, sí —dice—. ¡Pam!... ¡pum!..., y tantas veces como usted quiera.

Lo que se tarda en cargar un escopetucho de dos cañones que ha debido servir a dos generaciones de cazadores de gamuzas, y en seguida... ¡Pum! ¡pum! ¡Hecho! Las dos balas están en el blanco.

Estallan de todos lados hurras de admiración. Sonia ha triunfado, y Bolivine ya no se ríe.

—Eso no es nada —dice Tartarín—. Ahora verá usted...

El tiro no le basta, y busca un objeto, algo que echar abajo, y la multitud retrocede espantada ante aquel estrafalario alpinista regordete, feroz, carabina en mano, proponiendo al veterano de la Guardia Real romperle la pipa entre los dientes a cincuenta pasos. El viejo da horribles gritos y se esconde entre la multitud, sin que por eso deje de sobresalir su plumero tembloroso por cima de las cabezas juntas y apretadas. Y no hay remedio, Tartarín ha de poner una bala en alguna parte. ¡Té, pardi! Hará lo que se hace en Tarascón... Y el ex cazador de gorras lanza su cachucha al aire con toda la fuerza de su doble musculatura, tira al vuelo, y ¡pum!, la atraviesa.

—¡Bravo! —dice Sonia clavando el ramillete silvestre que tanto acarició su mejilla, en el agujero hecho por la bala en la gorra.

Con tan lindo trofeo vuelve Tartarín al carruaje. Suena la trompa, el convoy se pone en movimiento, los caballos corren que vuelan bajando la cuesta de Brienz, maravilloso camino, abierto a pico al borde de las rocas y separado por marmolillos puestos de dos en dos metros, de un abismo de más de mil pies. Pero Tartarín ni ve el peligro, ni mira el paisaje, ni el valle de Meiringen regado por un agua cristalina con su río en línea recta y el lago, y las aldeas agrupadas a lo lejos y todo un horizonte de montañas y de ventisqueros confundidos a veces con las nubes o separándose en las revueltas del camino, ya alejándose o apareciendo como en un cambio de decoración de comedia de magia.

Enternecido por sus dulces pensamientos, el héroe admira aquella preciosa niña que tiene enfrente; piensa que la gloria no es sino dicha a medias, que es triste envejecer sólo por sobra de grandeza, como Moisés, y que aquella helada flor del Norte trasplantada al jardinito de Tarascón alegraría su monotonía y sería más agradable a la vista que el eterno baobab, el *arbo gigantea*, minúsculamente plantado en un tiesto.

Con sus ojos de niña, y su ancha frente pensativa y voluntariosa, Sonia le mira también, y también sueña. Pero ¿quién ha sabido nunca lo que sueñan las muchachas?

VII

Las noches de Tarascón. ¿Dónde estará? Ansiedad. Las cigarras del paseo lloran por Tartarín. Martirio de un gran santo tarasconés. El Club de los Alpinos. Lo que pasaba en la farmacia de la plazoleta. ¡Amí, Bezuquet!

—¡Una carta, Sr. Bezuquet! ¡Y viene de Suiza! ¡vé! ¡de Suiza! —gritaba alegremente el cartero al otro lado de la plazuela, agitando algo en el aire y dándose prisa, porque ya caía la tarde.

El farmacéutico, que estaba tomando el fresco en mangas de camisa delante de su puerta, dio un salto, cogió la carta con ansiosas manos, llevósela a su antro perfumado de olores varios de elixires y hierbas secas, pero no la abrió hasta que se marchó el cartero, aligerado y fresco con un vaso de jarabe delicioso en recompensa de la buena nueva.

Hacía quince días que Bezuquet esperaba esta carta de Suiza; ¡quince días que la espiaba con angustia! Pero en fin, hela ahí.

Solamente de ver la letra menuda, recortada y revuelta del sobre, el nombre de la administración de correos de «Interlaken» y el timbre grande y morado del *Hotel Jungfráu, a cargo de Meyer*, las lágrimas le acudieron, hinchándole los ojos y haciendo temblar sus enormes bigotes de corsario berberisco, bajo los cuales susurraba aquel silbidito bajo tan bondadoso.

«Confidencial.—Romper la carta después de leerla.»

Estas palabras, en letras gordas, al frente de la hoja, y en el estilo de la farmacopea («menearlo cuando lo vaya a tomar»), le turbaron de tal modo, que comenzó a leer alto como se habla en las pesadillas:

«Lo que me sucede es espantoso...»

En el salón de al lado, donde estaba echando un sueñecito después de cenar la señora madre de Bezuquet, podía oírle, lo mismo que el practicante, que allá en el fondo del laboratorio hacía sonar con acompasados golpes el majadero (hablo del almirez) en el enorme mortero de mármol.

Bezuquet continuó su lectura en voz alta, volvió a empezarla dos o tres veces, muy pálido, con los pelos de punta, así como suena. En seguida lanzó una rápida mirada en torno suyo... y *crac, crac*, allá va la carta hecha mil pedazos al cesto de los papeles. Pero allí podrían encontrarla y volver a pegar los papelitos; y he aquí que mientras se baja para recogerlos, una voz temblona le dice:

—Vé, Fernando, ¿estás ahí?

—Sí, mamá —responde el infeliz corsario, cuajado de miedo, y a gatas debajo del mostrador.

—¿Qué estás haciendo, tesoro?

—Pues hago... ¡hé! hago el colirio para la señorita de Tournatoire.

La mamá vuelve a dar sus cabezadas; el almirez del practicante, un instante mudo, torna a su pausado movimiento de péndola que arrulla a la casa y a la plazuela, soporadas por el cansancio de aquel final de día caluroso. Bezuquet se pasea ahora a grandes pasos por delante de su puerta, poniéndose ya verde o colorado, según pasa por junto a las bolas que tiene en el escaparate. Alza los brazos y pronuncia palabras incoherentes:

—Desgraciado... perdido... fatal amor... y cómo se le saca de...

Y a pesar de su turbación, acompaña con alegre silbido mudo la retreta de los dragones, y se aleja bajo los plátanos de *la vuelta de la ciudad*.

—¡Eh, vaya usted con Dios, Bezuquet!... —dice una sombra que pasa de prisa, envuelta en el crepúsculo ceniciento.

—¿A dónde va usted, Pegoulade?

—¡*Pardi!* ¡Al Club! Sesión de noche... Se va a tratar de Tartarín y de la presidencia. ¡Hay que ir!

—¡*Té!* ¡Sí que iré! —responde bruscamente el farmacéutico, herido por una idea providencial. Vuélvese a su casa, se pone la levita, tiéntase los bolsillos para asegurarse de que no se le ha olvidado la llave, ni el rompecabezas americano, sin el cual ningún tarasconés sale a la calle después de la retreta. Después dice:

—¡Pascualón! ¡Pascualón! —pero no muy fuerte para no despertar a aquella señora.

Casi un niño y ya calvo, como si hubiera echado todos los pelos en barba rubia y rizada, el joven Pascualón tenía el alma exaltada de un *seide*, la frente en cúpula, los ojos de cabra loca, y en sus mejillas infantiles los tonos delicados, dorados y adobados de un panecillo de Beaucaire. En los grandes días de fiestas alpestres, el Club le confiaba la bandera, y el joven sentía por el P. C. A. una admiración frenética, esa adoración ardiente y silenciosa del cirio que se consume al pie del altar en tiempo de Pascuas.

—Pascualón —dijo el boticario en voz muy baja y acercándose tanto que le metía las crines del bigote en la oreja—, tengo noticias de Tartarín, y son desconsoladoras...

Y viéndole palidecer:

—Ánimo, hijo, ánimo, todo puede arreglarse. Te entrego la farmacia; si te piden arsénico, no lo des, ni opio, ni ruibarbo...en fin, no des nada. Si no he vuelto a las diez, acuéstate y echa los barrotes. ¡*Vaya!*

Con intrépido paso se lanzó entre las sombras de la noche por la Vuelta, sin volver la cara ni una sola vez, de modo que Pascualón pudo echarse sobre el cesto de los papeles, registrarlo con ávidas y rabiosas manos, y volcarlo en fin sobre la badana del escritorio para ver si quedaban algunos pedazos de la carta misteriosa traída por el cartero.

Al que conozca la exaltación tarasconesa no le será difícil figurarse el delirio de la ciudad desde la brusca desaparición de Tartarín. Además, *differemment*, *pasmoin*s, como ellos dicen, habían perdido todos la cabeza, con tanto más motivo cuanto que esto sucedía en pleno mes de agosto y los cráneos hervían bajo un sol capaz de hacer saltar todas aquellas tapaderas.

Desde la mañana a la noche no se hablaba más que de esto en el pueblo, no se oía más que el nombre de Tartarín, ya en los mordidos labios de las señoras de sombrero, ya en las floridas bocas de las costureras de terciopelo en la cabeza. Tartarín, Tartarín... y en los plátanos del paseo, cargados de polvo blanco, las cigarras perdidas vibrando con la luz parecían estrangularse con estas dos sílabas sonoras: *tar...tar...tar...tar...tar...tar...*

Como nadie sabía nada, naturalmente todos se daban por bien informados, y cada cual aportaba una explicación distinta a la partida del presidente. Había versiones muy extravagantes. Según unos, acababa de entrar en la Trapa; según otros, había ido a unas islas a fundar una colonia que se llamaría Puerto-Tarascón, o bien recorría el África central en seguimiento de Livingstone.

—¡Ah, *vai*, Livingstone! Hace ya dos años que se murió...

Pero la imaginación tarasconesa desafiaba todos los cálculos del tiempo y del espacio. Y lo raro es que estas historias de la Trapa, de colonización, de viajes remotos, estaban entre las ideas de Tartarín y de los sueños de aquel durmiente despierto, de antiguo comunicadas a sus amigos íntimos, que no sabían qué creer ahora, y muy lastimados en el fondo de no tener detalles, afectaban ante la multitud la mayor reserva, tomando entre ellos aires de disimulo y de comúnacuerdo.

Excourbaniés sospechaba que Bravida estaba en el secreto, y Bravida por su parte decía:

—Bezuquet debe saberlo todo, porque mira de reojo como un perro que ha robado un hueso.

Verdad es que el farmacéutico pasaba la pena negra con este secreto de cilicio que le quemaba, le escocía, le hacía enrojecer y palidecer en un mismo minuto y ponerse bizco a cada dos por tres. Piense el lector que era de Tarascón, el infeliz, y dígame si en todo el martirologio existe un suplicio más terrible que éste de San Bezuquet, que sabía algo y no podía decir nada.

Por eso aquella tarde, a pesar de las terroríficas noticias, sus andares tenían un no sé qué de ligero, de más libre, para correr a la sesión. ¡Por fin! iba a hablar, a *abrirse*, a decir lo que tanto le pesaba, y en su prisa de arrojar lastre lanzaba al paso medias palabras a los paseantes de la Vuelta. El día había sido tan caluroso, que a pesar de lo insólito de la hora y de la sombra aterradora —las ocho menos cuarto, o, como dicen allí, *manque un quart*, en el cuadrante de la villa— había un gran gentío fuera de sus hogares: familias de la clase media sentadas en los bancos y tomando el fresco mientras que sus casas se aireaban, y bandadas de tejedoras andando de cinco en cinco o de seis en seis, cogidas por las manos en ondulante hilera de bromas y de risotadas. En todos los grupos se hablaba de Tartarín.

— Y... *autrement*, señor de Bezuquet, ¿no ha habido carta todavía? —le preguntaban deteniéndole en su camino.

—Sí, hijos míos, sí; ¡ya lo creo! Leed el *Forum* mañana por la mañana...

Y apresuraba el paso; pero le seguían, se colgaban de él, y todo esto producía a lo largo del paseo un rumor, un ruido de pisotadas de rebaño, que se detuvo bajo las ventanas del Club que estaban abiertas dejando ver grandes cuadros de luz.

Las sesiones se celebraban en la antigua sala del mus¹⁸, cuya larga mesa, cubierta con el mismo tapete verde, servía ahora de presidencia. En medio, el sillón presidencial con el P. C. A. bordado en el respaldo; a un extremo, y como un accesorio, la silla del secretario. Detrás, desplegada, la bandera sobre un largo encerado reluciente, donde los alpinos se destacaban en relieve con sus respectivos nombres y alturas, es decir, las que habían dominado. *Atpenstoks* de honor incrustados de marfil, en haces, como tacos de billar, adornaban los rincones, y el armario de cristales ostentaba las curiosidades recogidas en la montaña, cristales, piedras de chispa, petrificaciones, dos erizos y una salamandra.

En ausencia de Tartarín, Costecalde, rejuvenecido, radiante, ocupaba el sillón. La silla era para Excourbaniés, que ejercía funciones de secretario; pero este demonio de hombre, cespío, velludo, barbudo, experimentaba una necesidad de ruido y de agitación que no le permitía ejercer empleos sedentarios. Por la menor cosa se ponía a levantar los brazos y las piernas, daba unos alaridos espantosos, o unos *¡ja, ja, ja!* de alegría feroz y exuberante que acababan siempre con este grito de guerra en *patois* de Tarascón:

—*¡Fen de brut!* —que quiere decir *¡hagamos ruido!*

Le llamaban el *tam-tam*, recordando los de los teatros y a causa de su voz de cobre, que en cuanto la soltaba era para sacar sangre de las orejas con aquel disparar continuo.

Aquí y allá, sobre un diván de pelote, alrededor de la sala, colocábanse los miembros del Comité.

En primera línea figuraba el antiguo capitán jefe de intendencia, Bravida, a quien todo el mundo llamaba en Tarascón el Comandante. Un hombre chiquito, limpio como un perro chico de moneda, que se desquitaba de su estatura de corneta con una cabeza bigotuda y salvaje a lo Vercingetorix.

Seguía una cara ahuecada y enfermiza, o sea el señor Pegoulade, cobrador de contribuciones y último náufrago de la *Medusa*.

18 Daudet dice: «en la sala de la *bouillotte*.»—E. B.

Desde que hay mundo ha existido siempre en Tarascón un último náufrago de la *Medusa*. Y aun hubo un tiempo en que se juntaron tres, que se trataban mutuamente de impostores y no consintieron nunca en encontrarse en ninguna parte.

Pero de los tres, el único, el verdadero náufrago era Pegoulade. Embarcado en la *Medusa* con sus padres, sufrió el desastre a los seis meses de edad, lo cual no le impedía contarle *de visu* con sus menores detalles, como aquello del hambre, las lanchas, las almadías; cómo había él cogido por el cuello al capitán que se marchaba: «¡Vaya usted a su puesto, miserable!» Y esto a los seis meses! ¡*Outre!* como dicen en Tarascón.

Por lo demás, era un ser inaguantable con su eterna historia que todo el mundo sabía, y que repetía hacía cincuenta años, tomando pretexto de ella para darse aires de desilusionado y harto de la vida. «Después de lo que uno ha visto...» decía, bien sin razón, porque a esto debía su puesto de cobrador de contribuciones, conservado por todos los partidos.

Cerca de él figuraban los hermanos Rognonas, gemelos y sexagenarios, inseparables, pero siempre disputando y diciendo monstruosidades uno de otro, y tan parecidos, que sus dos cabezas sesentonas, aplastadas e irregulares, hubieran podido figurar en un monetario con la inscripción *Ianus Bifrons*.

Por diferentes lados, el presidente Bedaride, el procurador Barjavel, el notario Cambalalette y el terrible doctor Tournatoire, de quien decía Bravida que había sacado sangre de un nabo.

En vista de lo sofocante del calor, aumentado por las luces del gas, estos señores celebraban la sesión en mangas de camisa, con lo que quitaban mucha solemnidad a la reunión. Verdad es que estaban, como suele decirse, en *petit comité*, y el infame de Costecalde quería aprovecharse para adelantar la fecha de las elecciones sin esperar a que Tartarín estuviera de vuelta.

Seguro de su plan, triunfaba por adelantado, y cuando leída la orden del día por Excourbaniés se levantó para intrigar, una infernal sonrisa retorcía sus finos labios.

—No te fíes del que se ríe antes de hablar —murmuró el Comandante.

Costecalde, sin el menor tropezón y guiñando el ojo al fiel Tournatoire, comenzó con cierto reconcomio:

—Señores: la incalificable conducta de nuestro presidente; la incertidumbre en que nos tiene...

—¡Eso es falso! ¡El presidente ha escrito!

Y Bezuquet, tembloroso, se plantó delante de la mesa; pero comprendiendo que su actitud era antirreglamentaria, cambió de tono, y levantando la mano según costumbre, pidió la palabra para hacer una comunicación urgente.

—¡Que hable! ¡que hable!...

Costecalde, muy amarillo, apretada la garganta, le concedió la palabra con un movimiento de cabeza.

Entonces, y solamente entonces, Bezuquet comenzó por decir:

—Tartarín está al pie de la Jungfrau... va a subir... ¡y pide la bandera!

Hubo un silencio cortado no más por el ronco jadear de los pechos y el chisporroteo del gas, y después por un ¡hurra! formidable, bravos y pateos, que dominaba el bordón de Excourbaniés lanzando su grito de guerra:

—¡Ah, ah, ah! ¡*fen de brut!* —al cual respondía desde la calle la multitud ansiosa.

Costecalde, cada vez más amarillo, agitaba desesperadamente la campanilla presidencial; por fin Bezuquet continuó esponjándose la frente y resoplando como si acabara de subir cinco pisos.

Diferement, aquella bandera que su presidente les pedía para plantarla en las cumbres vírgenes, ¿había de atarse y empaquetarla, enviándola por gran velocidad como un bulto cualquiera?

—¡Jamás! ¡ah, ah, ah! —rugía Excourbaniés— ¿No sería mejor enviar una delegación, nombrando por suerte tres miembros de *la mesa*?

No le dejaron acabar. Fue cuestión de un instante decir *¡zou!* y la proposición de Bezuquet fue votada, aclamada, y los nombres de los tres delegados salieron por el orden siguiente:

1, Bravida; 2, Pegoulade; 3, el farmacéutico.

El número 2 protestó. Aquel gran viaje le daba miedo, dado lo débil y delicado de salud en que se encontraba *¡pechère!* desde el siniestro de la *Medusa*.

—Yo iré por usted, Pegoulade —gruñó Excourbaniés telegrafiando con todos sus miembros.

En cuanto a Bezuquet, no podía abandonar la farmacia. La salud de la ciudad iba en ello. Una imprudencia del practicante, y cate usted a Tarascón envenenado y diezmado.

—*¡Outre!* —dijo *la mesa*, levantándose como un solo hombre.

Claro es que el boticario no podía viajar; pero enviaría a Pascualón, y Pascualón se encargaría de la bandera. ¡Ya estaba acostumbrado!

De aquí nuevas exclamaciones, nueva explosión del bordón, y allá en el paseo público una tempestad popular tal, que Excourbaniés tuvo que asomarse a la ventana al oír los alaridos, que dominó en seguida su voz sin rival.

—Amigos míos, Tartarín ha parecido, y está en camino de cubrirse de gloria.

Y sin añadir más que un *¡Viva Tartarín!* y su grito de guerra lanzado a voz en cuello, saboreó un instante el espantoso clamoreo de aquella multitud que bajo los árboles del paseo rodaba agitándose confusamente en una humareda de polvo, mientras que en las ramas una cantidad de cigarras más grande que las que mueve un temblor de tierra tocaban la carraca como en pleno día.

Al oír esto, Costecalde, que se había acercado con los demás a una ventana, se volvió a su sillón tambaleándose.

—*¡Vé!* ¡Costecalde! —dijo alguno—. ¿Qué es eso? ¿Qué tiene? ¿Qué amarillo está!

Abalanzáronse a él. Ya el terrible Tournatoire sacaba el estuche; pero el armero, retorciéndose y con una horrible mueca, murmuraba sinceramente:

—Nada, nada dejadme Yo sé lo que es... ¡Es la envidia!

¡Pobre Costecalde! ¡Debía sufrir mucho!

Mientras estas cosas sucedían al otro extremo de la Vuelta, en la farmacia de la plazuela, el practicante, sentado en el escritorio de su amo, estaba pegando con la mayor paciencia, y rehaciéndolos, los fragmentos de la carta, olvidados por el boticario en el fondo del cesto; pero faltábanle muchos pedacitos para la reconstrucción, y véase el enigma singular y espantable que tenía ante sí, muy parecido a un mapa del África Central, con sus vacíos y sus blancos de *terra incognita* que exploraba con terror la imaginación del abanderado inocente:

		loco de amor	
lámpara incandesc			conservas de Chicago
no puedo deslig	nihilista		
a muerte	condición abom		en cambio
de su	Usted me conoce, Fer		
		sabe mis ideas liberales,	
pero de eso al zaricidio			
		rrribles consecuencias	
Siberia	ahorcado la adoro		
	¡Ah!	apretar tu mano lea	
	Tar	Tar	

VIII

Memorable diálogo entre la Jungfrau y Tartarín. Un salón nihilista. Duelo a cuchillo de monte. Horrible pesadilla. ¿Es a mí a quien buscan ustedes, señores? Extraño recibimiento hecho por el fondista Meyer a la delegación de Tarascón.

Como todos los hoteles *chic* de Interlaken, el hotel Jungfrau, a cargo de Meyer, está situado en el Høeheweg, ancho paseo con una doble fila de nogales, que recordó vagamente a Tartarin su querida *Vuelta*, aunque sin el sol, el polvo y las chicharras; porque después de una semana que llevaba allí, no había cesado de llover.

Tenía un bonito cuarto con balcón, en el primer piso; y por las mañanas, al afeitarse delante del espejito de bolsillo, colgado en la ventana según antigua costumbre de viaje, lo primero que le hería la vista al otro lado de los trigos, de las mielgas y de los pinares que formaban como la pista de un circo de sombrías verduras escalonadas, era la Jungfrau asomando por encima de las nubes su cumbre coronada de un blanco purísimo de nieve amontonada, a la que parecía colgarse siempre el furtivo rayo de un invisible sol saliente. Entonces se entablaba un breve diálogo entre el Alpe rosado y blanco y el alpinista de Tarascón, que no dejaba de tener su grandeza.

—¿Estamos, Tartarín? —preguntaba la Jungfrau severa.

—¡Allá voy, allá voy! —respondía el héroe con la yema del dedo pulgar por debajo de la nariz, dándose prisa en rasurarse, y en seguida cogía su buen terno de cuadros que estaba en la percha hacía ya días, y se lo ponía insultándose a sí mismo.

—¡Maldita sea mi suerte! La verdad es que esto no tiene nombre.

Pero una voccecita discreta y clara subía de entre los mirtos que bordaban la delantera de las ventanas del piso bajo.

—Buenos días —decía Sonia, viéndole aparecer en el balcón—. El landó nos espera... Dése V. prisa, perezoso...

—¡Voy, voy!

Y en dos tiempos reemplazaba la tosca camisa de lana por fino lienzo almidonado, y los *knickers-bockers* de montaña por la chaqueta verde culebra que los domingos en la música volvía locas a todas las señoras de Tarascón.

Piafaban los caballos del landó delante del hotel; Sonia estaba ya arriba, sentada al lado de su hermano, más pálido y demacrado cada día a pesar del clima bienhechor de Interlaken; pero en el momento de partir, Tartarín veía cotidianamente levantarse de un banco del paseo y acercarse a ellos con su pesado contoneo de osos de la montaña a dos guías famosos de Grindelwald, Rodolfo Kaufman y Christian Inebit, retenidos por él para la ascensión de la Jungfrau y que venían todas las mañanas a preguntar si el señor estaba listo.

La aparición de estos dos hombres con sus fuertes zapatos herrados, las chaquetas de lona peladas por el hombro y la espalda por el roce del saco y de las cuerdas de ascensión; sus caras graves y sencillas; las cuatro palabras de francés que chapurreaban penosamente, estrujando entre las manos sus grandes sombreros de fieltro, todo esto era para Tartarín un verdadero suplicio. Por más que les decía: «No se incomoden ustedes... yo les avisaré...» todos los días se los había de

encontrar en el mismo sitio, quitándoselos de en medio con una moneda grande, proporcionada a la enormidad de sus remordimientos.

Encantados de esta manera de hacer excursiones¹⁹ los montañeses embolsaban el *trinkgeld* gravemente y tornaban de nuevo con paso resignado, aguantando la menuda lluvia, el camino de su villorrio, dejando a Tartarín confuso y desesperado de su debilidad. Venía después el aire puro, las planas floridas reflejadas en los límpidos ojos de Sonia, el roce de un piecico con su bota en el fondo del coche... ¡y adiós, Jungfrau! el héroe no pensaba ya más que en sus amores, o mejor dicho, en la misión que se había propuesto de volver al buen camino a la pobrecita Sonia, criminal inconsciente lanzada por afecto fraternal fuera de la ley y de la naturaleza humana.

Y esto era lo que le retenía en Interlaken en el mismo hotel de los Wassilief. A su edad, con su aspecto de papá, no podía pensar en hacerse querer de aquella niña; pero la veía tan dulce, tan atrevidilla, tan generosa con todos los desgraciados de su partido, tan buena para con aquel hermano que las minas de Siberia le habían devuelto comido de llagas, envenenado de cardenillo, condenado a muerte por la tisis con más seguridad que todas las leyes marciales! ¡Había de qué enternecerse, vaya!

Tartarín les proponía llevárselos a Tarascón, instalarlos en una casa de campo inundada de sol a las puertas de la ciudad, de aquella excelente ciudad donde no llueve nunca y en la que se pasa la vida en fiestas y canciones. Y al decir esto se entusiasmaba, tocaba la pandereta en el sombrero, entonaba el alegre estribillo nacional y farandolesco:

Lagadigadeù
La Tarasco, la Tarasco,
Lagadigadeù
La Tarasco de Casteù.

Pero a la vez que una sonrisa irónica adelgazaba aun más de lo que eran los labios del enfermo, Sonia sacudía la cabeza.

Para ella no habría ni fiestas ni flores mientras el pueblo ruso agonizase bajo el poder del tirano. Así que su hermano se curase —sus labios afligidos parecían decir otra cosa— nada podría impedirle volver allá, a la madre patria a sufrir y morir por la santa causa.

—Pero... ¡maldita sea mi suerte! —gritaba Tartarín—. Después de ese tirano, si lo hacen ustedes saltar, vendrá otro... y habrá que volver a empezar... y los años se pasan... ¡vé! y con ellos el tiempo de la felicidad y de los amores juveniles...

Su manera de decir «amor» a la tarasconesa, con tres *rrr* y los ojos saliéndosele de la frente, divertía mucho a la joven; pero después, muy seria, declaraba que no amaría nunca sino al libertador de su patria. ¡Oh! a ése, aunque fuese más feo que Bolivine y más tosco y grosero que Manilof, estaba dispuesta a entregarse, a vivir al lado suyo «en libre gracia» tanto tiempo como durase su juventud de mujer y cuanto el hombre quisiera.

«En libre gracia.» Esta es la palabra de que se sirven los nihilistas para calificar las uniones ilegítimas contratadas entre ellos por recíproco consentimiento. Y Sonia hablaba de este matrimonio primitivo muy tranquilamente y con su aspecto virginal frente al tarasconés, buen sujeto, elector pacífico, completamente dispuesto a acabar sus días junto a esta adorable muchacha en el supradicho estado de «libre gracia», si ella no pusiera tan mortíferas y abominables condiciones.

Mientras hablaban de estas cosas, sumamente delicadas, desarrollábanse ante ellos lagos, bosques y montañas; y siempre en algún recodo y a través del fresco tamiz de ondulación perpetua

19 De *faire la Jungfrau*, dice el original. En español no tenemos esta manera de decir. Los franceses dicen *faire le vin* por «ocuparse en el comercio de vino», *faire les mouchoirs*, es decir, «dedicarse a robar pañuelos», *faire les heritières* o sea dedicarse a hacer la corte a novias ricas, etc.—E. B.

que seguía al héroe en sus excursiones, la Jungfrau alzaba su blanca cima como para agriar con un remordimiento aquel delicioso paseo.

Después volvían para almorzar, sentábanse a la inmensa mesa redonda, donde los arrocistas y cirueleros continuaban sus hostilidades silenciosas, de las que no se ocupaba Tartarín, sentado junto a Sonia, evitando que Boris tuviera alguna ventana abierta a su espalda, solícito, paternal, echando el resto de todas sus seducciones de hombre de mundo y sus cualidades domésticas de conejo casero.

Después de almorzar tomaban el té en las habitaciones de los rusos, en aquel saloncito abierto del piso bajo con su poquito de jardín delante, al borde del paseo. Otra hora exquisita era ésta para Tartarín, de conversación íntima en voz baja, mientras Boris daba unas cabezadas en el diván.

El agua caliente borboteaba en el Samovar; un olor a flores mojadas se deslizaba por la rendija de la puerta a la par del reflejo azul de las plantas que le servían de marco.

Un poco más de sol y de calor, y aquello hubiera sido el sueño del tarasconés realizado, con su rusita instalada allá, junto a él, cuidando el jardín del Baobab.

De pronto Sonia se revolvía:

—¡Las dos! ¿Y el correo?

—¡Allá van! —decía el bueno de Tartarín; y sólo en el acento de su voz, en el gesto resuelto y teatral con que se abotonaba la americana y empuñaba el bastón, se hubiera adivinado la gravedad de este acto en apariencia tan sencillo; ir a la lista del correo a buscar las cartas de los Wassilief.

Vigiladísimos por la autoridad local y por la policía rusa, los nihilistas, especialmente los jefes, se ven obligados a guardar ciertas precauciones, como la de hacerse dirigir cartas y periódicos a la lista y con simples iniciales.

Desde su instalación en Interlaken, como Boris apenas se podía mover, Tartarín, para evitar a Sonia el fastidio de esperar mucho rato en la taquilla, expuesta a miradas curiosas, se había encargado, a riesgo de comprometerse, de esta correspondencia cotidiana. El correo está a diez minutos del hotel, en una calle ancha y bulliciosa, continuación del paseo y llena por ambos lados de cafés, *brasseries*, tiendas para atraer a los extranjeros, con escaparates llenos de *alpenstoks*, botines, polainas, correas, gemelos de campo, carrafas, anteojos ahumados, sacos de noche que parecen colocados allí para avergonzar al alpinista rezagado.

Desfilaban los turistas en caravanas, caballos, guías, mulas, velos azules, velos verdes, mezclados con el campanilleo de las cantinas al paso de las cabalgaduras que con los pinchos de las herraduras iban marcándolo contra los adoquines. Pero esta fiesta constantemente renovada le tenía sin cuidado. Ni siquiera sentía el *gris* mezclado con gotas de nieve que venía soplando de la montaña, atento sólo a que no le atisbaran los espías que él suponía le seguían los pasos.

No avanzan más desconfiados el primer soldado de la vanguardia ni el tirador que va rasando los muros de la ciudad enemiga, que Tartarín durante este corto trayecto entre el hotel y la administración de correos. Al menor taconazo que oía detrás de sí, se detenía con mucha atención delante de un escaparate de fotografías, u hojeaba un libro inglés o alemán, para obligar al polizonte a pasar delante. Otras veces se volvía de pronto y se ponía a mirar, echándose casi encima y con ojos feroces, a tal moza de posada que iba a la compra, o a algún viajero inofensivo, ciruelero de mesa redonda, que se echaba al arroyo tomándole por un loco.

A la altura de la oficina, cuyas taquillas dan sobre la misma calle, Tartarín pasaba y repasaba, espiaba las fisonomías antes de acercarse, y después se abalanzaba al boquete, metía la cabeza y los hombros, cuchicheaba algunas indistintas frases que siempre le obligaban a repetir, lo cual le desesperaba, y dueño, en fin, del misterioso depósito, volvía al hotel dando un gran rodeo por el lado de las cocinas, con la crispada mano en el bolsillo, cubriendo el paquete de cartas y periódicos y dispuesto a romperlo todo, a tragárselo a la menor alarma.

Manilof y Bolivine esperaban casi siempre las noticias en casa de sus amigos, que no vivían en el hotel, por economía y por prudencia. Bolivine había encontrado trabajo en una imprenta, y Manilof, excelente ebanista, trabajaba para los contratistas de maderas.

El tarasconés no los quería. El uno le incomodaba con sus muecas y sus risas burlonas; el otro le ponía siempre el gesto huraño. Además, ocupaban demasiado lugar en el corazón de Sonia.

—¡Es un héroe!—decía ésta cuando hablaba de Bolivine; y contaba que durante tres años había impreso él solo una hoja revolucionaria en el centro de San Petersburgo. Tres años sin salir a la calle, sin asomarse a una ventana y durmiendo en un armario de pared, donde la patrona le encerraba todas las noches con su prensa clandestina.

¿Pues y la vida de Manilof? Pasándose seis meses en los sótanos del Palacio de Invierno esperando la ocasión, durmiendo por las noches sobre su provisión de dinamita, lo que solía producirle intolerables dolores de cabeza y trastornos nerviosos, agravados más aún por la constante angustia y las bruscas apariciones de la policía, prevenida de que se tramaba algo y viniendo de sopetón a sorprender a los obreros empleados en el palacio. Las rarísimas veces que salía, Manilof se cruzaba en la plaza del Almirantazgo con un delegado del Comité revolucionario, que preguntaba en voz baja y andando:

—¿Está ya?

—Todavía no —decía el otro sin mover los labios. Por fin, una tarde de febrero, tras la misma pregunta hecha en los mismos términos, respondió con la mayor calma:

—Ya está.

Y casi al mismo tiempo una horrorosa detonación confirmaba sus palabras, y todas las luces del palacio se apagaron de pronto; la plaza quedó sumida en completa obscuridad que turbaban desgarradores gritos de dolor y de espanto, sonidos de cornetas, galopar de soldados y de bomberos que corrían llevando parihuelas...

Y Sonia, interrumpiendo su relación, decía:

—¿No es horrible ver sacrificadas tantas vidas tantos esfuerzos, tanta inteligencia, tanto valor inútiles? ¡Oh! no, no es ése el modo de hacer las cosas; esas matanzas en masa... Aquel a quien se busca escapa siempre... El verdadero procedimiento, el más humano sería irse derecho al zar, como usted va derecho al león, bien resuelto, bien armado, ponerse detrás de un balcón o de la portezuela de un coche...y cuando pasara...

—¡Bé!, ya lo creo! ¿Cómo no? —decía Tartarín, cortado, fingiendo no comprender la alusión; y en seguida se lanzaba en alguna discusión filosófica con alguno de los numerosos presentes. Porque no eran solamente Manilof y Bolivine los que visitaban a los Wassilief. Todos los días se veían en la casa caras nuevas de hombres, muchachos o mujeres con aspecto de estudiantes pobres o de institutrices, exaltadas, rubias y sonrosadas, con la frente enérgica y la ferocidad infantil de Sonia; gentes ilegales, desterrados, algunos de ellos condenados a muerte, loque no les estorbaba para sus expansiones juveniles.

Reían, hablaban en alta voz, y la mayor parte hablaban francés. Tartarín no tardaba en encontrarse allí a su gusto. Le llamaban «El Tío»²⁰, adivinando en él algo de infantil, de sencillo, que les complacía. Acasoabusaba un poco de sus relaciones de caza, remangándose la camisa hasta el antebrazo para enseñarles la cicatriz de una zarpada de pantera, o haciéndoles tentar por debajo de sus barbas los agujeros que habían dejado las uñas de un león del Atlas; acaso se familiarizaba pronto con las gentes, cogiéndolos por la cintura, apoyándose en el hombro ajeno y llamándolos por sus nombres de pila en diminutivo a los cinco minutos de estar con ellos.

—Oiga usted, Dimitri... Usted me conoce bien, Fedor Ivanowitch...

20 No hay que confundir la verdadera acepción que aquí tiene la palabra con la burlona española. Daudet le da un carácter familiar, cariñoso.—E. B.

No le conocían, ni bien ni mal; pero en fin, les gustaba por lo francote, por su manera de ser, amable, confiado, deseoso de agradar a todo el mundo. Leían las cartas delante de él, combinaban sus planes, el santo y seña para confundir a la policía, todo lo que era conspiración y que entretenía extraordinariamente la imaginación del tarasconés; y aunque opuesto por naturaleza a los actos violentos, no podía evitar a veces discutir con ellos sobre sus proyectos homicidas; aprobaba, criticaba, daba consejos dictados por la experiencia de un gran jefe que conoce la guerra y está habituado al manejo de todas las armas y a las luchas cuerpo a cuerpo con las grandes fieras.

Hasta llegó un día en que hablaban delante de él de un polizonte cosido a puñaladas por un nihilista en el teatro, a demostrarles que el golpe no se daba así, y les dio una lección de cuchillo.

—Se hiere así, ¡vé! de abajo arriba, y así no se hiere uno mismo...

Y animándose con su propia mímica:

—Un ejemplo: ¡té! Supongamos que yo me encuentro a vuestro déspota a tiro en una cacería de osos. Él está allí, donde usted está, Fedor; yo aquí, junto al velador, y cada uno tiene un cuchillo de monte...¿eh? Ea, a ver quién puede más; Monseñor, ¡a matarse!

Plantado en medio del salón, encorvado sobre las cortas piernas para dar mejor el salto, resollando como un leñador o como un mozo de tahona, les figuraba un verdadero combate terminado por su grito de victoria así que hubo metido el cuchillo hasta las cachas, de abajo arriba, en las entrañas del adversario.

—¡Así es como se hacen estas cosas, chiquitos!

¡Pero qué remordimientos en seguida, y qué terrores, cuando huyendo del magnetismo de Sonia y de sus ojos azules, y de la borrachera que se desprendía de aquel ramillete de cabezas locas, se encontraba solo, puesto el gorro de dormir, ante las reflexiones y su vaso de agua con azúcar de todas las noches!

Diferement, como él decía, ¿qué le importaba a él de todo aquello? Después de todo, aquel zar no era su zar, y todas aquellas historias no tenían nada que ver con él. Figúrese usted que el mejor día me le echan mano y le expulsan y le entregan a la justicia moscovita... ¡*Boufre!* ¡A bien que los cosacos se andan con bromitas...!

Y en la oscuridad del cuarto del hotel, en aquella horrible facultad que aumentaba la posición horizontal, desarrollábanse ante él, como en esas colecciones de vistas en tira que se pliegan y se despliegan, y que le daban a él por Pascuas cuando era chico, los varios y pavorosos suplicios a que estaba expuesto.

Tartarín en las minas de cobre, como Boris, trabajando con agua a labarriga, el cuerpo comido y envenenado. Se escapa, ocúltase en la espesura de bosques cargados de nieve, perseguido por los tártaros y los perros amaestrados para estas cacerías de hombres. Extenuado de frío y de hambre, le atrapan, y es finalmente ahorcado entre dos presidiarios y besado por un pope²¹ de relucientes cabellos, apestando a aguardiente y a aceite de foca, mientras allá en Tarascón suenan al sol las charangas de un hermoso domingo, y la multitud, la ingrata y olvidadiza multitud, instala a Costecalde radiante en el sillón del P. C. A.

En la angustia de uno de estos sueños tan malos fue cuando lanzó su grito de aviso: «¡A mí, Bezuquet!» y envió al farmacéutico su carta reservada, toda húmeda del sudor de la pesadilla. Pero bastaban los «buenos días» de Sonia bajo la ventana para hechizarle y arrojarle de nuevo en todas las debilidades de la indecisión.

Una tarde, volviendo del Kursaal al hotel con los Wassilief y Bolivine, después de dos horas de música embriagadora, el desdichado olvidó toda prudencia y el «te amo, Sonia», que estaba conteniendo tanto tiempo hacía, lo pronunció, apretando el brazo que se apoyaba en el suyo. Sonia no se conmovió; le miró fijamente y muy pálida a la luz del gas de la escalinata, donde se detenían.

21 Sacerdote ruso.—E. B.

—Merézcame usted —dijo con una linda sonrisa enigmática, una sonrisa que parecía subir hasta los blancos y finos dientes.

Tartarín iba a responder, a comprometerse bajo juramento a alguna locura criminal, cuando el criado del hotel se adelantó hacia él.

—Tiene usted gente arriba. Unos señores le buscan a usted.

—¿Me buscan? ¡*Outre!* ¿Y para qué?

Y el número 1 de la tira de vistas se le apareció: Tartarín pescado y expulsado. La verdad, tuvo miedo; pero su actitud fue heroica. Separándose rápidamente de Sonia:

—Huya usted, sálvese —dijo con voz ahogada.

En seguida subió, erguida la cabeza, fieros los ojos, como quien sube al cadalso, pero tan conmovido sin embargo, que tenía que agarrarse al pasamanos.

Al internarse por el corredor vio gentes agrupadas allá en el fondo, delante de su puerta, mirando por el ojo de la llave, golpeando y llamando.

—¡Eh! ¡Tartarín!

Dio dos pasos, y con la boca seca como un estropajo, dijo:

—¿Es a mí a quien buscan ustedes, señores?

—¡*Té!* ¡*pardi!* ¡A usted mismo, mi presidente!

Un viejecito, ligero y seco, vestido de gris, y que parecía traer en chaqueta, sombrero y botines todo el polvo de la *Vuelta* del pueblo, saltó al cuello del héroe, y frotó sus mejillas satinadas y blandas al arrugado pellejo del ex-capitán jefe de intendencia.

—¡Bravida! ¡Es posible! ¡Escourbaniés! Y aquél, ¿quién es?

Un balido respondió:

—¡Querido a... a... a... mo!

Y el practicante se adelantó apoyando en las paredes una especie de caña de pescar, cubierta y atada por arriba, envuelta en papel gris y en hule.

—¡Eh vé! ¡Si es Pascualón! ¡Abraza, chiquillo! ¿Pero qué es lo que trae? Deja eso por ahí...

—El papel... ¡quita el papel! —exclamó el comandante.

El muchacho deshizo el rollo con pronta mano, y el estandarte tarasconés apareció ante los ojos de Tartarín, aniquilado.

Los delegados se descubrieron.

—Señor presidente —y la voz de Bravida temblaba, solemne y ruda— nos habéis pedido la bandera, y os la traemos, ¡*té!*

El presidente abrió unos ojos gordos como manzanas.

—¿Yo, yo he pedido...?

—¡Cómo! ¿no la ha pedido usted?

—Ah, sí, sí, perfectamente —dijo súbitamente iluminado por el recuerdo de Bezuquet. Entonces lo comprendió todo, adivinó lo demás, y enterneciéndose ante la ingeniosa mentira del boticario para recordarle su deber y su honor, todo sofocado ceceaba bajo su barba corta:— ¡Ah, hijos míos, qué bien me hacéis!

—¡Viva el presidente! —chilló Pascualón, blandiendo la oriflama. El bordón de Excourbaniés retembló haciendo rodar su grito de guerra: «¡Ah, ah, ah! ¡*fen de brut!*!» hasta las cuevas del hotel.

Abriánse las puertas, y las cabezas curiosas aparecían en todos los pisos, desapareciendo en seguida espantadas a la vista de aquel estandarte y de aquellos hombres negros y velludos que

aullaban palabras extrañas, levantando las manos. Jamás el pacífico hotel Jungfrau había pasado por semejante estrépito.

—Entremos en mi cuarto —dijo Tartarín un poco contrariado.

Iban todos a tientas en la oscuridad del cuarto, buscando los fósforos, cuando un golpe autoritario que sonó en la puerta la hizo abrirse sola ante el rostro arrogante, bilioso e hinchado del fondista Meyer.

Iba a entrar, pero se detuvo al notar aquella oscuridad, en la que brillaban ojos terribles, y desde el umbral, apretando los dientes, y en un chapurreado alemán de los más duros, dijo:

—¡A ver si se callan ustedes... o les hago recoger a todos por *el* policía!

Un gruñido de búfalos salió de la sombra al oír la palabra brutal de «recoger.» El fondista dio un paso atrás, pero dijo todavía:

—¡Ya se sabe qué gente son ustedes! ¡Están ustedes vigilados, y yo no quiero semejante tropa en mi casa!

—Señor de Meyer —dijo Tartarín con dulzura, cortés, pero digno—, diga usted que me hagan la cuenta... Estos señores y yo salimos mañana temprano para la Jungfrau.

¡Oh sol natal, patria chica en la grande! ¡Sólo con haber oído el acento tarasconés, temblando a favor del viento del país en los azules pliegues de la bandera, ya está Tartarín desligado del amor y sus lazos, devuelto a sus amigos, a su alta misión y a su gloria... Y ahora... *¡zou!*

IX

A la Gamuza fiel.

Fue, en verdad, encantadora, a la siguiente mañana, aquella caminata a pie, de Interlaken a Grindelwald, donde había que tomar al paso los guías para la ascensión de la pequeña Scheideck. Encantadora fue también aquella marcha triunfal del P. C. A., con sus polainas y traje de campo, apoyándose por un lado en el hombro puntiagudo del comandante Bravida, y por otro en el robusto brazo de Excourbaniés, orgullosos ambos de servir de marco y sostener a su querido presidente, de llevarle el azadón, el saco, el *alpenstock*, mientras que ya delante o atrás, o flanqueando el camino, iba brincando el fanático Pascualón con su bandera envuelta y entrapajada para evitar las tumultuosas escenas de la víspera.

La alegría de los compañeros, el sentimiento del deber cumplido, la Jungfrau blanca como la nieve, allá en el cielo, como una humareda; ¿qué más faltaba para hacer olvidar al héroe lo que dejaba tras de sí, sin un adiós, y tal vez para siempre?

Al pasar por delante de las últimas casas de Interlaken, sus pupilas se hincharon, y a la par que andaba, y una vez a cada lado, se espontaneaba en el seno de Excourbaniés, diciendo: «Oiga usted, Spiridión...» o bien «Usted me conoce, Plácido», dirigiéndose a Bravida. Por una ironía de la naturaleza, el indomable militar se llamaba Plácido, y Spiridión aquel búfalo de piel dura y de instintos tan materiales.

Desgraciadamente la raza tarasconesa, más galante que sentimental, no toma nunca en serio las cosas del corazón. «Quien pierde una mujer y tres reales, ¡que lástima de dinero!»²² respondía Plácido; y Spiridión opinaba lo mismo. En cuanto al inocente Pascualón, tenía un miedo horrible de las mujeres, y se ponía colorado hasta las orejas cuando oía hablar de «la pequeña Scheideck», creyendo que se trataba de una persona de vida airada. Así es que el pobre enamorado tuvo que reducirse a guardarse sus confidencias, y se consoló solo, que, después de todo, es lo más seguro.

Por otra parte, ¿qué penas hubieran resistido a las distracciones del camino, a través del estrecho, profundo y sombrío valle por donde entraban, a lo largo de un sinuoso río, blanco de espuma, resonando como el trueno en el eco de los pinares que lo encajonaban, en pendiente a entrambas orillas?

Los delegados tarasconeses, con la cabeza descubierta, avanzaban con una especie de terror, de admiración religiosa. Tal debieron sentir los compañeros de Simbad el marino al llegar ante los árboles tropicales y a la flora gigantesca de las costas índicas. No habiendo conocido más que sus montañillas peladas y ñetreas, jamás hubieran creído que pudiese haber tantos árboles juntos sobre montes tan altos.

—¡Pues esto no es nada! ¡Ya verán ustedes la Jungfrau! —decía el P. C. A., gozando con el pasmo de los otros y sintiéndose más grande a sus ojos.

Al mismo tiempo, y para animar la decoración y humanizar su imponente tono, cruzábanse con ellos varias cabalgatas, landós a galope, con las cortinillas y los velos flotando en las ventanillas, cabezas curiosas que se inclinaban para ver a la delegación rodeando a su jefe; y de distancia en distancia, los puestos de vendedores de cachivaches de madera trabajada; chiquillas plantadas en las orillas del camino, derechas y tiesas bajo sus sombreros de paja con anchas caídas,

22 Proverbio provenzal.—E. B.

y sus faldas abigarradas, cantando coros a tres voces y ofreciendo a los viandantes ramitos de frambuesas y de edelweis. De vez en cuando, el cuerno de los Alpes enviaba a las montañas su melancólico *rittornelo*, extenso y henchido, repercutiendo en las gargantas de la montaña como una nube convertida en vapores...

—¡Qué bonito! ¡Parece que oye uno el órgano —decía Pascualón con los ojos tiernos y extasiado como un santo de vidriera. Excourbaniés aullaba sin desanimarse, y el eco repetía hasta que se perdía, la entonación, el «¡Já, já, já! ¡fen de brut!»

Pero dos horas de camino en la misma decoración son muy cansadas, así esté hecha de verde sobre amarillo, con los ventisqueros en el fondo, y sonora como un reloj de música. El estrépito de los torrentes, los coros en tercera, los vendedores de esculturas hechas a navaja, las ramilleteras, acabaron por ser insoportables a nuestros viajeros, y sobre todo la humedad, aquella lejía en el fondo de aquel embudo, aquel suelo blando, florido de plantas acuáticas, adonde el sol no ha llegado nunca.

—Le digo a usted que hay para coger una pleuresía —decía Bravida levantándose el cuello de la chaqueta. A todo esto se juntó el cansancio, el hambre y el mal humor. No hallaban una posada por nada del mundo, y como se habían atracado de frambuesas, Excourbaniés y Bravida empezaban a sentirse muy malos. El mismo Pascualón, aquel ángel de Dios, cargado no solamente con la bandera, sino con el azadón, el saco y el *alpenstock*, que los cobardes de los otros le habían echado encima, no tenía ya ni alegría ni brincos.

En una revuelta del camino, y cuando acababan de franquear la Lutschine, pasando uno de esos puentes cubiertos que se encuentran en los países de mucha nieve, saludóles un terrible estruendo de trompas.

—¡Ah, vai! ¡Bueno, hombre, basta ya de cuernos! —gritó la delegación, desesperada.

El hombre que tocaba, un gigantón emboscado en la ladera, dejó a un lado la enorme trompa de pino que llegaba hasta el suelo y terminaba en una caja de percusión, que daba a tal instrumento prehistórico la sonoridad de un cañón de artillería.

—Pregúntele usted si sabe de alguna posada —dijo el presidente a Excourbaniés, que con el mayor desahogo (y un diccionario de bolsillo) pretendía ser el intérprete de la delegación desde que estaban en la Suiza alemana.

Pero antes de que sacara el diccionario, el trompista respondía en muy buen francés:

—¿Una posada, señores? Muy bien. La *Gamuza fiel* está a dos pasos; voy a tener el honor de guiar a ustedes.

Y andando andando, les contó que había vivido muchos años en París, siendo mozo de cordel en la esquina de la rue Vivienne.

—¡Otro de la Compañía! —pensó Tartarín, dejando que sus amigos se dieran por sorprendidos. El colega de Bompard les fue, sin embargo, muy útil, pues a pesar del cartelón en francés de *Chamois fidèle*, los dueños no hablaban más que un horrible *patois* alemán.

Ya en derredor de una enorme tortilla con patatas, la delegación tarasconesa recobró la salud y el buenhumor esencial a los meridionales como el sol a su tierra. Se bebió seco y se comió fuerte. Después de muchos brindis al presidente y a su ascensión, Tartarín, a quien el título de la posada le tenía intrigado desde que llegaron, preguntó al trompista, que mascaba un corrusco en un rincón de la sala:

—¿Por lo visto hay por aquí gamuzas? Yo creía que ya no quedaban en Suiza...

El hombre, guiñando los ojos:

—No hay muchas que digamos; pero aun podría usted ver algunas si quisiera.

—Darle que matar es lo que hará falta, ¡vé! —dijo Pascualón lleno de entusiasmo—. ¡El presidente no yerra un golpe!

Tartarín sintió mucho no haberse traído la escopeta.

—Aguarde usted, voy a ver al amo.

Precisamente el amo era un antiguo cazador de gamuzas; ofrecióle su carabina, pólvora y perdigones, y hasta se ofreció a servir de guía a los señores hacia un sitio que él conocía.

— ¡Andando, *zou!*—hizo Tartarín cediendo al deseo de sus alpinistas, ansiosos de lucir la destreza de su jefe. Retraso más o menos, la Jungfrau podía esperar!

Saliendo de la posada por detrás, no tuvieron más que empujar la cancela de la huerta, no más grande que el jardinillo de un jefe de estación, y se encontraron en la montaña, hendida de grandes grietas rodeando las carrascas y las zarzas.

El posadero había tomado la delantera, y los tarasconeses le veían ya allá arriba, agitando los brazos y tirando piedras, sin duda para levantar al animalucho. Costóles trabajo reunirse a él, salvando aquellas cuestas pedregosas y duras, sobre todo para gentes que se levantan de la mesa y que no tienen más costumbre de trepar que la que es corriente entre los alpinistas de tarascón; añádase a esto un aire pesado, un viento de tormenta, que hacía rodar las nubes sobre sus cabezas a lo largo de las cumbres.

—¡*Boufre!*—hacía Bravida.

—¡*Outre!*—gruñía Excourbaniés.

—Le digo a usted... que ya —añadía balando el dulce Pascualón²³.

Pero como el guía les intimara con brusco ademán la orden de callarse:

—¡Sobre las armas no se habla! —dijo Tartarín de Tarascón con una severidad de que todo el mundo participó, aunque el sólo presidente estaba armado. Quedáronse de pie, reteniendo el aliento.

De pronto Pascualón gritó:

—¡*Vé!* ¡La gamuza! ¡*vé!*

A cien metros por cima de ellos, los cuernos derechos, la piel leonada y clara, las cuatro patas unidas al borde de la roca, el hermoso animal se destacaba como si fuera de madera labrada, mirándoles sin temor alguno.

Tartarín apuntó, metódicamente, según su costumbre, y ya iba a tirar cuando la gamuza desapareció.

—Tú tienes la culpa —dijo el comandante a Pascualón—; has silbado y la has espantado.

—¿Silbar? ¿Yo?

—Entonces, ha sido Spiridión.

—¡Ah ¡*vaí!* ¡Qué he de haber yo silbado!

Y la verdad es que se había oído un silbido estridente y prolongado. El presidente los puso a todos de acuerdo contándoles que el gamo o la gamuza, cuando ven acercarse al enemigo, lanzan un sonido agudo por las narices. Aquel diablo de Tartarín conocía a fondo esta caza, como todas.

A una señal de su guía pusieron en camino; pero la subida era cada vez más pina, las rocas más escarpadas, con barrancos a derecha e izquierda. Tartarín iba a la cabeza, volviéndose de vez en cuando para ayudar a los delegados, tendiéndoles la mano o la escopeta.

—La mano, la mano, si le es a usted igual —decía el bueno de Bravida, que tenía mucho miedo a las armas cargadas. Nueva señal del guía, nuevo alto de la delegación, toda en actitud expectante²⁴.

—¡Me ha caído una gota! —murmuró el comandante inquieto.

23 «*Que vous me feriez dire.*» Esto es provenzal puro de Tarascón y no encuentro mejor manera de españolizarlo.—E. B.

24 *Le nez en l'air*, en el original.—E. B.

Y al mismo tiempo retumbó el trueno, y más retumbante aún la voz de Excourbaniés.

—¡Ande usted, Tartarín!

La gamuza acababa de pasar junto a ellos, salvando el barranco como un resplandor de oro, demasiado rápido para que Tartarín pudiera echarse la escopeta a la cara, pero no tanto que les impidiera oír el silbido de sus narices.

—Yo me encargo de ella, ¡maldita sea mi suerte! —dijo el presidente; pero los delegados protestaron. Excourbaniés, súbitamente enojado, le preguntó si se había propuesto acabar con ellos.

— Querido a... a... a... mo —baló tímidamente Pascualón— yo he oído decir que los gamos, cuando se les acorrala en las cimas, se revuelven contra el cazador y son muy peligrosos.

—¡Pues no hay que acorralarlo! —dijo Bravida con acento terrible, puesta la cachucha en batalla.

Tartarín los llamó «pollos mantudos.» Y de pronto, y mientras se disputaban, desaparecieron unos para otros en un espeso nublado tibio que olía a azufre, y a través del cual se buscaban y se llamaban.

—¡Eh, Tartarín!

—¿Está usted ahí, Plácido?

—¡Mi a... a... a... mo!

—¡Calma! ¡sangre fría!

Un pánico horroroso. Después, un golpe de viento reventó la nube, se la llevó como un velo arrancado flotando en los zarzales, de los que brotó un relámpago en zigzag, acompañado de un espantoso trueno, bajo los pies de los viajeros.

—¡Mi gorra! —gritó Spiridion, destocado por la tempestad, con los pelos tiesos, chisporroteando fulgores eléctricos. Estaban en el corazón de la tormenta, en las mismísimas fraguas de Vulcano. Bravida fue el primero que echó a correr a toda velocidad; el resto de la delegación se lanzó tras él; pero un grito del P. C. A., que estaba en todo, les detuvo:

—¡Desgraciados! ¡Cuidado con el rayo!

Por lo demás, y aparte del peligro muy real que les indicaba, apenas era posible correr por aquellas pendientes abruptas y embarrancadas, convertidas en torrentes y en cascadas por toda el agua del cielo que caía en aquel momento.

La vuelta fue siniestra, a paso lento, bajo el chaparrón desatinado, y accidentada de caídas, tropezones, resbalones y detenciones forzosas. Pascualón se santiguaba, invocaba en alta voz como en Tarascón: «Santa Marta y Santa Elena, Santa María Magdalena», mientras Excourbaniés juraba: «¡Ah, suerte perra!» Y Bravida, que iba el último, se volvía muy inquieto: «¿Qué demonios suena detrás de nosotros? Tan pronto silba, tan pronto galopa, tan pronto se para...» La idea de la gamuza furiosa arrojándose sobre los cazadores no se le iba de la cabeza al viejo guerrero.

En voz muy baja, y para no asustar a los otros, comunicó sus temores a Tartarín, quien valientemente tomó el último lugar, colocándose a retaguardia, y caminaba erguida la cabeza, calado hasta los huesos y con la determinación muda que da la inminencia de un peligro. Pero eso sí, de vuelta en la posada, cuando vio a sus queridos alpinistas al abrigo sacudiéndose y secándose alrededor de una enorme estufa de loza en el cuarto del primer piso, a donde subía el olor del vino caliente encargado, el presidente se oyó a sí mismo castañetearle los dientes y dijo muy pálido:

—¡Creo que he atrapado la enfermedad!

«Atrapar la enfermedad!» Expresión de terror siniestro en su vaguedad y en su sobriedad, que dice a la vez todas las enfermedades, peste, cólera, vómito negro, o sea las negras, las amarillas, las fulminantes de que se cree atacado el tarasconés a la menor indisposición.

Tartarín había cogido «la enfermedad». No había ya que hablar de salir, y la delegación no deseaba sino reposo. Inmediatamente se calentó la cama, se trajo el vino caliente, y desde que bebió el segundo vaso, el presidente sintió por todo su cuerpo aprensivo un calor, un hormigueo de buen agüero. Dos almohadas a la espalda, un edredón a los pies, el pasamontaña bien apretado en la cabeza, le procuraban un bienestar delicioso al oír los ruidos de la tempestad envuelto en el buen olor a pino de aquella pieza rústica con sus paredes de madera y sus cristalitos emplomados, y en contemplar a sus queridos alpinistas alrededor de su cama, con el vaso en la mano y el aspecto heteróclito que daban a sus tipos galos, sarracenos o romanos las cortinas, visillos y cobertores que se habían echado encima mientras sus ropas humeaban ante la estufa. Olvidándose de sí mismo, les preguntaba con voz doliente:

—¿Se encuentra usted bien, Plácido? Spiridión, se me figura que se sentía usted mal hace poco...

No; Spiridión no sufría ya. Todo se le había pasado viendo al presidente tan malo. Bravida, que acomodaba la moral a los proverbios de su país, añadió cínicamente:

—¡El mal ajeno repone, y aun cura!

Después hablaron de su caza, inflamándose aquellas almas con el recuerdo de ciertos episodios peligrosos, como cuando el animal se había revuelto furioso; y sin complicidad de mentira fabricaban ya la fábula que habían de contar a la vuelta.

De pronto Pascualón, que había bajado para buscar otra ronda de vino, apareció todo espantado, con el brazo desnudo fuera de las cortinas de ramos azules, que apretaba contra su cuerpo con un púdico gesto a lo Poliuto. Estuvo más de un segundo sin poder articular palabra, con el aliento cortado:

—La gamuza.

—¡Que! ¡qué hay de la gamuza!

—¡Que está abajo en la cocina calentándose!

—¡Ah, vai!

—¡No tontees!²⁵

—¿Quiere usted ir a ver..., Plácido?

Bravida vacilaba. Excourbaniés bajó de puntillas y volvió en seguida con la cara toda descompuesta. ¡Esto era ya más grave! ¡La gamuza estaba bebiendo vino caliente!

Ya se lo había ganado el pobre animalito después de la carrera en pelo que había dado por la montaña, constantemente aguzada o llamada por su amo, que ordinariamente se contentaba con hacerle dar vueltas por la sala para demostrar a los viajeros lo dócil que era.

—¡Esto aplasta a cualquiera! —dijo Bravida sin tomarse el trabajo de comprenderlo, mientras Tartarín se echaba el pasamontaña de apaga-tubos sobre los ojos para ocultar a los delegados la dulce hilaridad que se apoderaba de él cada vez que encontraba, con sus trampas y sus comparsas, la tranquilizadora Suiza del amigo Bompard.

25 *Tu badines*, hace decir Daudet al personaje; expresión graciosísima en la conversación del Mediodía de F, sobre todo para los parisienses que la oyen.—E. B.

X

*La ascensión de la Jungfrau. ¡Vé, los bueyes! Los ganchos
Kennedy no rigen, y la lámpara incandescente tampoco.
Aparición de enmascarados en el chalet del Club Alpino. El
presidente en una grieta. Se deja las gafas en ella. ¡Sobre las
cumbres! Tartarín convertido en dios.*

Grande afluencia de gente había aquella mañana en el hotel Bellevue sobre la pequeña Scheideck. A pesar de la lluvia y las ráfagas habían puesto las mesas fuera al abrigo de la galería entre todo un montón de *alpentoks*, frascos de viaje, anteojos de larga vista, cucos de madera hechos a navaja, etc., y los turistas podían, mientras almorzaban, contemplar a la izquierda, a unos dos mil metros de profundidad, el admirable valle de Grindelwald; a la derecha el de Lauterbrunnen, y en frente, a un tiro de fusil, al parecer, las pendientes inmaculadas y grandiosas de la Jungfrau, sus nieves, sus ventisqueros, toda aquella blancura reverberada, iluminando en torno el aire y haciendo más transparentes los vasos y más blancos todavía los manteles.

Pero hacía un momento que la atención general estaba distraída por una caravana que acababa de llegar a caballo, a mulo, hasta en sillas de manos, y se preparaba a la ascensión con un espléndido almuerzo en el que reinaba el mayor entusiasmo, cuyo estrépito contrastaba con el aire aburrido y solemne de arrocistas y cirueleros ilustrísimos reunidos en la Scheideck; lord Chipendale, el senador belga y su familia, el diplomático austro-hungaro y otros varios.

Podía creerse que todos aquellos tipos barbudos sentados juntos a la mesa iban a intentar la ascensión, puesto que se ocupaban por turno en hacer sus preparativos de salida, y se levantaban y se precipitaban a los guías para recomendarles algo y para inspeccionar las provisiones o llamarse con terribles gritos de un extremo a otro del terrado.

—¡Eh! ¡Plácido! ¡vé!, la terrina... ¿está en el saco? No se le olvide a usted la lámpara... sobre todo. (*Au mouains.*)

Únicamente en el momento de partir se vio que se trataba de un acompañamiento, y que de toda la caravana no iba a subir a la montaña más que uno; ¡pero qué uno!

—¿Estamos, niños? —dijo el buen Tartarín con voz triunfante y alegre, en la que no temblaba la menor sombra de inquietud por los posibles riesgos del viaje, habiéndose disipado por la mañana su última duda ante los dos ventisqueros del Grindelwald, precedidos cada uno de una taquilla y un torniquete con esta inscripción: «Entrada al ventisquero: 1 franco 50.» Podía, pues, saborear sin pena esta partida en apoteosis, la alegría de sentirse mirado, envidiado, admirado por aquellas descaradas *misses* con sombreritos de hombre, que se burlaban tan graciosamente de él en el Rigi-Kulm y que ahora se entusiasmaban comparando aquel hombrecillo con la enorme montaña a que iba a subir.

Una de ellas hacía su retrato en un álbum, otra tenía a honor tocar su *alpenstock*.

—¡*Tchimpegne! ¡Tchimpegne!* —gritó de pronto un largo y fúnebre inglés de color de ladrillo, acercándose con el vaso y la botella en la mano. Y después de haber obligado al héroe a beber:

—Lord Chipendále, *sir*, y ¿*vous*?

—Tartarín de Tarascón.

—¡Oh *yes?* *Tarterine*... Estar bonito nombre por un caballo —dijo el lord, que debía ser algún *sportsman* de ultra-Mancha.

El diplomático austro-húngaro también vino a apretar la mano del alpinista entre sus mitones, acordándose vagamente de haberle visto en alguna parte. ¡*Enchanté, enchanté!* y no sabiendo cómo salir del paso, añadió en francés: «¡Muchas cosas a la señora!» que era su fórmula de buen tono para abreviar presentaciones.

Pero ya los guías se impacientaban, y era preciso llegar antes de la noche a la cabaña del Club-Alpino donde se duerme como primera etapa, y no había minuto que perder. Tartarín lo comprendió, saludó con un gesto circular, sonrió picarescamente a las maliciosas *misses*, y después con tonante voz:

—¡Pascualón, la bandera!

Y flotó; los meridionales se descubrieron, porque en Tarascón hay mucha afición al teatro; y al grito veinte veces repetido de «¡Viva el presidente! ¡Viva Tartarín! ¡Ah! ¡ah! ¡*fen de brut!*!» la columna rompió la marcha, llevando al frente los dos guías con el saco, las provisiones, los haces de leña; después Pascualón llevando el pendón, y por último el P. C. A. y los delegados que debían acompañarle hasta el ventisquero de Guggi. Así desplegado, en procesión con su roce de bandera en aquellos fondos húmedos y aquellas crestas peladas cubiertas de nieve, el cortejo evocaba vagamente el recuerdo del día de difuntos en el campo.

De repente el comandante gritó muy alarmado:

—¡Vé, los bueyes!

Veíanse algunos ganados rumiando la hierba rasa en las ondulaciones del terreno. El veterano tenía un miedo nervioso a las vacas, miedo invencible, y como no podían dejarle solo, la delegación tuvo que detenerse. Pascualón transmitió el estandarte a uno de los guías; después, en un último abrazo y varias recomendaciones hechas de prisa, sin quitarles ojo a las vacas:

—¡Eh! ¡Adiós! ¡*qué!*

—¡No hacer imprudencias, *au mouains!*

Y se separaron.

En cuanto a proponer al presidente subir con él, no hubo uno que tal pensara. Era mucha altura, ¡*boufre!* Y a medida que uno se acercaba, aquello se agrandaba más, los abismos se entrecruzaban, los picos se erizaban de un blanco caos que parecía infranqueable. Valía más contemplar la ascensión desde abajo.

Dicho se está que el presidente del Club de los Alpinos no había puesto en su vida los pies en un ventisquero. En nada se parecían a tal cosa las montañillas de Tarascón, embalsamadas y secas como un paquete de *vetivert*; y sin embargo, los comienzos del Guggi le producían una sensación como de algo que había visto ya; despertábanle el recuerdo de cacerías en Provenza al fin de la Camarga, hacia el mar. Era la misma hierba, cada vez más corta, rizada, como asada al fuego. Aquí y allá aguazales, infiltraciones descubiertas por los cañaverales cubiertos de granizo, y luego el cascajo como una duna de arena movediza, mariscos rotos, pedazos de carbón, y al fin el ventisquero con sus ondas azules verdosas, coronadas de blanco, agitadas como silenciosas olas. El viento que de allí venía, rechinante y duro, tenía también la mordiente y salobre frescura de las brisas marinas.

—No, muchas gracias; tengo mis ganchos —dijo Tartarín al guía, que le ofrecía unos calcetines de lana para ponérselos encima de las botas; ganchos, agarraderos Kennedy perfeccionados... muy cómodos. Y gritaba como si hablase a un sordo para que Cristián Inebnit lo comprendiera y que sabía tanto francés como su camarada Kaufmann; y al mismo tiempo, sentado en los cascajos, sujetaba con sus respectivas correas una especie de chanclos herrados con tres

enormes y fuertes puntas. Cien veces se los había probado, aquellos ganchos Kennedy, maniobrando con ellos en el jardín del baobab; y sin embargo, el efecto fue inesperado. Bajo el peso del héroe, las puntas se clavaron en el hielo con fuerza tal, que todas las tentativas para arrancarlos fueron vanas. Y aquí me tiene usted a Tartarín clavado en el suelo, sudando, jurando, haciendo con el *alpenstock* y con los brazos una telegrafía desesperada, reducido, en fin, a recordarles a sus guías que se adelantaban demasiado, persuadidos de que tenían que habérselas con un alpinista experimentado.

En la imposibilidad de sacarle de raíz, deshicieron las correas, y abandonados los ganchos en el hielo y reemplazados por un par de abarcas de lana, el presidente continuó su marcha con mucha pena y no menos fatiga. Incapaz de sostener su palitroque, se le enredaba entre las piernas; el hierro patinaba y le arrastraba detrás cuando se apoyaba muy fuerte. Ensayó agarrarse con el zapapico, todavía más pesado de manejar, puesto que el oleaje del ventisquero se acentuaba cada vez más, empujando unas sobre otras sus inmóviles ondas en una apariencia de tempestad, a la vez furiosa y petrificada.

Inmovilidad aparente, porque los choques sordos, los monstruosos borborismos y los enormes témpanos de hielo que se desprendían lentamente como los trastos de un cambio de decoración, indicaban la vía interior de toda esta masa congelada y ponían sus elementos al descubierto; y a la vista del alpinista, al alcance de su pica, abríanse grietas y pozos sin fondo, donde, iban a perderse los témpanos hechos pedazos. El héroe se caía a cada momento, hundiéndose algunas veces hasta medio cuerpo en uno de aquellos tubos verduscos, en los que sus anchas espaldas le cortaban la bajada.

Al verle tan torpe, y al mismo tiempo tan tranquilo y seguro, riendo, cantando y gesticulando como poco antes en el almuerzo, los guías creyeron que esto era efecto de la impresión que el campo suizo le causaba. ¿Podían suponer otra cosa de todo un presidente del Club Alpino, de un ascensionista famoso, de quien sus camaradas no hablaban sino exclamando «¡Ah!» y con grandes gestos?

Cogiéndole cada uno por un brazo con la energía respetuosa de dos *policemens* que meten en un coche a un hijo de familia borracho, trataban, con gestos y monosílabos, de despertar su razón a los peligros del camino y a la necesidad de llegar a la cabaña antes que anoheciera, amenazándole con grietas, fríos y avalanchas; y con la punta de sus picos le enseñaban la enorme acumulación de los hielos, las neveras en talud inclinado ante ellos hasta el zenit, en una reverberación que cegaba.

Pero el bueno de Tartarín se reía de todo eso.

—¡Ah, vai, las grietas! ¡Ah, vai, las avalanchas! —y se desternillaba de risa, guiñando el ojo y dándoles codazos en los costados para hacer comprender a aquellos pobres guías que no le engañaban y que estaba en el secreto de la comedia.

Los hombres acababan por alegrarse al son de las canciones tarasconesas; y cuando se paraban en un bloc sólido para permitir al señor que tomase aliento, *yodlaban* a la moda suiza, pero no mucho, por temor de las avalanchas, ni mucho rato, porque las horas corrían. Véase venir la noche y conocíase en el frío, que iba siendo más vivo, y sobre todo en la decoloración singular de todas aquellas nieves y hielos amontonados que parecen desplomarse, y que aun bajo un cielo brumoso conservan una irradiación de luz; pero cuando muere el día, remontándose hacia las cimas que huyen, toman tintes lívidos, espectrales, de mundo lunar. Palidez, congelación, silencio, todo lo que es muerte.

Y el buen Tartarín, tan ardiente, tan vivo, comenzaba, sin embargo, a perder su facundia, cuando un lejano grito de pájaro, el recuerdo de una «perdiz de las nieves», sonando en aquella desolación, hizo pasar ante sus ojos una campiña abrasada y bajo la poniente luz de color de brasa, cazadores tarasconeses enjugándose la frente, sentados sobre las alforjas vacías, a la dulce sombra de un olivo. Este recuerdo le repuso.

Al mismo tiempo Kaufmann le enseñaba, por cima de ellos, algo parecido a una carga de leña en medio de la nieve: *Die Hütte*. Era la cabaña. Dijérase que en cuatro brincos podía llegarse a ella; pero hacía falta aún media hora larga. Uno de los guías iba delante para encender el fuego. Caía la noche, y el cierzo azotaba el cadavérico suelo; y Tartarín, sin darse bien cuenta de las cosas, fuertemente, agarrado por el brazo del montañés, tropezaba, saltaba, sin un hilo seco en la piel, a pesar de que la temperatura bajaba. De pronto una llama brilló a algunos pasos de ellos, enviándoles un excelente olor a sopas de ajo.

Llegaban.

Nada más rudimentario que estas estaciones organizadas por el Club Alpino Suizo en la montaña. Una sola pieza, y en ella un tablado de madera inclinado, haciendo veces de cama, ocupa todo el espacio, no dejando sino muy poco trecho para el hogar y la larga mesa clavada en el suelo, como los bancos que la rodean.

El cubierto estaba ya puesto; tres tazas grandes, cucharas de estaño, la lámpara de calefacción para el café y dos latas de conservas de Chicago abiertas. Tartarín encontró deliciosa la comida, por más que las sopas estaban ahumadas, y a la famosa lámpara *brevetée*, que debía hacer un litro de café en tres minutos, no le dio la gana de funcionar.

A los postres, el héroe cantó. Era el único modo de hablar con los guías. Cantó aires de su país: *La Tarasca, Las Hijas de Avignon...* Los guías le respondían con canciones locales en *patois* alemán. *Mi Vafer isch en Appenzeller... jaou!... jaou!* Buenos sujetos, de facciones duras y aplastadas, talladas en plena roca, con las barbas en los huecos de la cara a manera de musgo, como suelen tenerlas los marineros; y aquella sensación del mar y de lo ancho que sintió poco ha al acercarse al Guggi, volvió a sentirla Tartarín frente a aquellos marinos del ventisquero, en aquella cabaña estrecha, baja y humeante, verdadero entrepuente de navío, en el escurridero de la nieve del techo, que se fundía con el calor, y en los grandes golpes de viento que caían en masas de agua sacudiéndolo todo, haciendo crujir las planchas y vacilar la llama de la lámpara, y deteniéndose de pronto en un silencio enorme, monstruoso, de fin del mundo.

Acababan de comer, cuando pesados pasos sobre el opaco suelo sonaron cerca de ellos, acompañados de ruido de voces. Violentos golpes estremecían la puerta. Tartarín, muy conmovido, miró a sus guías:

—¡Un ataque nocturno en aquellas alturas!

Repitiéronse los golpes.

—¿Quién va? —dijo el héroe abalanzándose a su azadón; pero ya la cabaña estaba invadida por dos *yankees* gigantescos, enmascarados de tela blanca, con la ropa toda mojada de sudor y de nieve, y tras ellos guías, conductores de sillas de manos, toda una caravana que venía de hacer la ascensión de la Jungfrau.

—Bienvenidos, *milords*— dijo el tarasconés con aires de protección, de los cuales no necesitaban maldito los ingleses para instalarse a su gusto.

En un instante fue puesta la mesa, quitados los cubiertos, metidas en agua caliente tazas y cucharas para servir de nuevo a los recién llegados, según la regla establecida en todos estos chalets alpinos. Las botas de los milores humeaban delante de la estufa, mientras ellos mismos, descalzos y con los pies envueltos en paja, se colocaban ante una nueva sopa de ajo.

Los americanos eran padre e hijo; dos gigantes rojos, con cabezas de gastadores, duras y voluntariosas. Uno de ellos, el de más edad, tenía en su rostro hinchado, trasnochado y ahumado, unos ojos todos blancos y dilatadísimos, y pronto, en su vacilación y tentones alrededor de la cuchara y de la taza, y en los cuidados que su hijo se tomaba para servirle, Tartarín comprendió que era el famoso alpinista ciego de que le habían hablado en el hotel Bellevue, y en el que no quiso creer. Ascensionista célebre desde su juventud, que a pesar de sus sesenta años y de su enfermedad, volvía a empezar con su hijo sus correrías de antaño. Ya había subido al Wetterhorn y a la Jungfrau;

pensaba atacar el Cervino y el Mont-Blanc, porque decía que el aire de las cumbres y aquella aspiración fría con sabor de nieve le causaba una alegría indecible y le recordaba todo su vigor pasado.

—*Diferement* —preguntaba Tartarín a uno de los criados, porque los *yankees* no eran comunicativos y sólo respondían *yes* o *no* a todas sus preguntas—; puesto que no ve, ¿cómo se las arregla en los parajes peligrosos?

—¡Oh! ¡tiene el pie montañés! Y luego su hijo le vigila, le coloca... el hecho es que siempre sale del paso sin accidentes.

—Además, los accidentes no son nunca muy terribles, ¿*qué*? —Y después de una sonrisa de inteligencia lanzada al hombre, que se quedó como atontado, el tarasconés, persuadido cada vez más «de que todo aquello era una farsa», se tendió a la bartola en el tablado, envuelto en su manta y con el pasamontaña hasta los ojos, y se durmió, a pesar de la luz, el ruido, el humo de las pipas y el olor de las sopas...

—¡*Mossié, mossié!*

Uno de sus guías le sacudía anunciándole la partida, mientras el otro echaba café hirviendo en los *bols*. Hubo sus juramentos y gruñir de durmientes, a quienes Tartarín aplastaba al pasar para llegar a la mesa primero y a la puerta después. Hallóse bruscamente fuera, transido de frío, deslumbrado por la mágica reverberación de la luna sobre aquellas blancas sabanas y aquellas cascadas congeladas, en las que la sombra de los picachos se destacaba con un color negro intenso. Ya no era el centelleante caos del mediodía, ni el lívido amontonamiento de los tintes grises de la tarde, sino una ciudad accidentada de callejuelas sombrías, de galerías misteriosas, de ángulos dudosos, entre monumentos de mármol y ruinas deshechas; una ciudad muerta, con anchas plazas desiertas.

¡Las dos! Andando de prisa podrían llegar allá arriba a mediodía.

—¡*Zou!* —dijo el P. C. A., tan templado y lanzándose como al asalto. Pero los guías le detuvieron. Había que unirse para los parajes peligrosos con una cuerda.

—¿Unirse? ¡Ah, *vai!* En fin, si eso les gusta a ustedes...

Cristián Inebnit tomó la delantera, dejando tres metros de cuerda entre él y Tartarín, a quien separaba la misma distancia del segundo guía, cargado con las provisiones y con la bandera. El tarasconés se sostenía mejor que la víspera, y realmente era preciso que estuviese muy convencido, para que no tomase en serio las dificultades del camino, si camino puede llamarse a la terrible arista de hielo, por la que iban avanzando con precaución, de algunos centímetros de ancha, y tan sumamente escurridiza, que el zapapico de Cristián tenía que ir haciendo escalones.

La línea de la arista brillaba entre dos profundos abismos; pero si el lector cree que Tartarín tenía miedo, se equivoca muy mucho. Apenas sentía ese ligero escalofrío del masón novicio a quien se le hacen sufrir las primeras pruebas. Colocábase con gran exactitud en los agujeros huecos que hacía el guía de delante; hacía todo lo que le veía hacer a él, y tan tranquilo como en su jardín del baobab cuando se ensayaba alrededor del pilón espantando a los peces. Hubo un momento en que la línea se hizo tan estrecha, que tuvieron que ponerse a horcajadas, y mientras iban adelantando lentamente y ayudándose con las manos, una tremenda detonación resonó a la derecha y debajo de ellos.

—¡Avalancha! —dijo Inebnit, inmóvil, todo el tiempo que duró la repercusión de los ecos, numerosa, grandiosa hasta llenar el cielo, y terminando por un largo rodar de trueno que se aleja o cae en detonaciones perdidas. Después se hizo de nuevo el silencio, cubriéndolo todo como un sudario.

Una vez salvada la arista, engolfáronse en una nevera de pendiente bastante suave, pero de una extensión extraordinaria.

Trepaban hacia una hora, cuando una ligerísima línea rosada comenzó a marcar las cumbres, allá arriba, muy alto, por cima de sus cabezas. Anunciábase la mañana.

Como buen meridional, enemigo de la sombra, Tartarín entonaba su canto de alegría:

Grand souleù de la Provenço

*Gai compaire dou mistrau...*²⁶

Una brusca sacudida de la cuerda por delante y por detrás le paró en seco en medio de su copla. «¡Chut! ¡Chut!» hacía Inebnit, señalando con la punta de su pico la amenazadora línea de los gigantescos y tumultuosos cantos de hielo con sus tajaduras vacilantes, y cuya menor sacudida podía producir el desmoronamiento. Pero el tarasconés sabía a qué atenerse; a él no le hacían tragar ya más bolas, y con resonante voz continuó:

Tu qu'escoules la Durenço

*Commo un flot de vin de Crau.*²⁷

Les guías, viendo que no podían contener al rabioso cantante, dieron un gran rodeo para alejarse de los tímpanos, y no tardaron en verse detenidos por una enorme grieta o zanja alumbrada en su fondo sobre las paredes de un color verdoso por el furtivo primer rayo del sol. Eso que se llama un puente de nieve la hacía accesible; pero tan débil y tan frágil que al primer paso se hundió, arrastrando al primer guía y a Tartarín, que se quedaron suspendidos de la cuerda que Rodolfo Kaufmann, el guía trasero, tenía que sostener solo, agarrado con toda su fuerza de montañés a su zapapico, profundamente clavado en el hielo. Pero si bien podía retener a los dos hombres en el barranco, no tenía fuerza para sacarlos y tirar de ellos, y se quedó acurrucado, con los dientes apretados y los músculos tendidos, demasiado lejos del boquete para ver lo que pasaba dentro.

Atontado desde luego por la caída, cegado por la nieve, Tartarín había agitado un minuto brazos y piernas en inconscientes bofetadas como un muñeco roto; después, levantándose con ayuda de la cuerda, se suspendía sobre el abismo con la nariz pegada a la pared de hielo que empañaba con el aliento, en la postura de un fumista que está soldando tubos de alcantarilla. Veía sobre sí palidecer al cielo, desaparecer las últimas estrellas; debajo, ahondarse el barranco en opacas tinieblas, de las que venía un viento frío.

Pues a pesar de todo, y una vez el aturdimiento primero pasado, recobró su aplomo y su buen humor.

— ¡Eh, usted, tío Kaufmann, no nos deje usted enmohecer aquí! ¡qué! ¡Mire usted que hay una corriente de aire muy grande, y esta maldita cuerda nos está serrando los riñones!

Kaufmann no podía responder. Abrir los dientes era perder la fuerza. Pero Inebnit gritaba desde abajo:

— ¡Mossié! ¡Mossié! ¡pico! —porque su pico se le había perdido en la caída, y el pesado instrumento pasó de las manos de Tartarín a las del guía, no sin dificultad a causa de la distancia que separaba a los dos ahorcados, y el montañés talló en el hielo boquetes donde pudiera apoyar los pies y las manos. Disminuido así de la mitad del peso de la cuerda, Rodolfo Kaufmann con calculado brío y precauciones infinitas comenzó a tirar hacia él del presidente, cuya gorra tarasconesa apareció al fin al borde de la grieta. Inebnit subió también, y los dos montañeses se reunieron con esa efusión de palabras sueltas que sigue a los grandes peligros entre gentes de elocución difícil. Tartarín les ofreció su frasco de kirsch para que se repusieran. En cuanto a él,

26 Gran sol de Provenza / alegre compañero del mistral.

27 Tú que silbas la Duranza / como un sorbo de vino de Crau.

parecía tranquilo y listo, y a la vez que se secaba dando pataditas a compás, tarareaba en las narices a los trastornados guías.

—*Brav... brav... Franzose* —decía Kaufmann golpeando al otro en la espalda; y Tartarín con su sonrisa francota:

—Anda, bribonzuelo; ya sabía yo que no había peligro ninguno...

Desde que hay guías en el mundo no habían visto un alpinista parecido.

Pusiéronse en camino, trepando a gatas una especie de pared de hielo, gigantesca, de setecientos a ochocientos metros, en la que iban abriendo gradas a medida que hacía falta, lo cual les llevaba mucho tiempo. El hombre de Tarascón comenzó a sentirse extenuado bajo el brillante sol que reverberaba toda la blancura del paisaje, tanto más fatigoso para sus ojos, cuanto que se había dejado los anteojos en la sima. A poco apoderóse de él un gran desfallecimiento, ese mareo de las montañas, que produce los mismos efectos que el del mar. Reventando, con la cabeza vacía, las piernas blanduchas, apenas podía dar un paso, y los guías tuvieron que cogerle a puñados, cada uno por un lado, como la víspera, sosteniéndole y levantándole en peso hasta lo más alto del muro de hielo. Cien metros, sobre poco más o menos, les separaban del vértice de la Jungfrau; pero aunque la nieve era ya dura y resistente, y el camino más fácil, esta última etapa era interminable, porque la fatiga y la sofocación del P. C. A. aumentaban cada vez más.

De pronto los montañeses le soltaron, y agitando los sombreros se pusieron *yodlar* transportados. Habían llegado. Aquel punto en el espacio inmaculado, aquella cresta blanca y un poco roma, era el objeto, y para el bueno de Tartarin el fin del sopor sonambulesco en que vagaba hacía una hora.

—*¡Scheidek! ¡Scheidek!* —gritaban los guías, enseñándole allá abajo, muy lejos, sobre una explanada de verdura que esmaltaba las brumas del valle, el hotel de Bellevue, que no parecía mayor que un dado.

Desde allí hasta ellos se extendía un panorama admirable, una sucesión ascendente de campos de nieve, dorados o anaranjados por el sol, y de los cuales surgía, de un color azul intenso y frío, un gran amontonamiento de hielos de una extraña estructura, a manera de torres, flechas, agujas, aristas y cúpulas gigantesas, que hacían el efecto de que bajo ellas dormían el mastodonte o el megaterio desaparecidos.

Mezclábanse todos los tintes del prisma, juntándose en el lecho de vastos ventisqueros, donde rodaban sus cascadas inmóviles cruzándose con otros torrentes coagulados, cuyas superficies más unidas y brillantes aún liquidaban los ardores del sol. Pero en la grande altura, aquel centelleo se calmaba y flotaba en el aire una luz eclíptica y fría, que hacía tiritar a Tartarín tanto como la sensación de silencio y de soledad de todo aquel blanco desierto con sus misteriosos repliegues.

Un humo ligero y algunas detonaciones subían del hotel. Les habían visto y tiraban cañonazos en su honor. Y la idea de que se le contemplaba, y de que aquellos alpinistas estaban allí, las *misses*, los arroceros y los ciruelistas ilustres, con sus largos anteojos, recordó a Tartarín la grandeza de su misión.

Te arrancó de las manos del guía, ¡oh bandera tarasconesa! Te hizo flotar dos o tres veces; después, metiendo el mango del zapapico en la nieve, y con la bandera empuñada, se sentó en la cruz, magnífico, soberbio y de cara al público. Y sin que él lo notara, y por una de esas repercusiones espectrales frecuentes en las cumbres, cogido entre el sol y las brumas que tras él se alzaban, dibujóse en el cielo un Tartarín gigantesco, apaisado y rechoncho, la barba erizada por fuera del pasamontañas, semejante a uno de aquellos dioses escandinavos que la leyenda finge entronizados en medio de las nubes.

XI.

¡En marcha para Tarascón. El lago de Ginebra. Tartarin propone una visita al calabozo de Bonnivard. Breve diálogo entre las rosas. Todo el mundo en chirona. El desgraciada Bonnivard. Dónde se encuentra cierta cuerda fabricada en Avignon.

Por consecuencia de la ascensión, la nariz de Tartarín se peló y se le llenó de granos, y se le erisipelaron los mofletes. Cinco días pasó encerrado en su cuarto en el hotel Bellevue. Cinco días de compresas, de pomadas, cuya insulsez y fastidio distrajo jugando al mus con los delegados o dictándoles una larga, detallada y circunstanciada relación de su viaje, para ser leída en sesión extraordinaria en el *Club de los Alpinos* y publicada en el *Forum*; después, cuando el entumecimiento general desapareció, y no quedaron en el noble rostro del P. C. A. sino algunas ampollas, costras y empeines en un hermoso tono de cacharro etrusco, la delegación y su presidente se pusieron en camino para Tarascón, por Ginebra.

Pasemos por alto los episodios del viaje, el espanto que iba sembrando la partida meridional en los estrechos vagones, en los vapores, en las mesas redondas, con sus cantos, sus gritos, su afectuosidad desbordante y sus *alpenstocks* y su bandera; porque desde la ascensión del P. C. A. se habían provisto todos de aquellos bastones de montaña, donde estaban grabados y dando la vuelta los nombres de las ascensiones, marcados con un hierro y en versos populares.

¡Montreux!

Aquí los delegados decidieron, a propuesta del jefe, bajar y detenerse un par de días para visitar las orillas famosas del lago Lemán, sobre todo Chillon y su legendario calabozo, donde se extenuó el gran patriota Bonnivard, y que han ilustrado Byron y Delacroix.

A la verdad, a Tartarín le tenía sin cuidado Bonnivard, porque había aprendido mucho de leyendas suizas desde aquello de Guillermo Tell; pero al pasar por Interlaken se enteró de que Sonia había salido para Montreux con su hermano, que iba de mal en peor, y esta invención de una peregrinación histórica le serviría de pretexto para ver de nuevo a la joven y... ¡quién sabe! acaso para decidirla a seguirle.

Por supuesto, sus compañeros creían de buena fe que iban a rendir tributo al gran ciudadano ginebrino, del cual el P. C. A. les había contado la historia; y aun llevados de sus gustos teatrales, una vez pie a tierra, hubieran querido colocarse en fila, desplegar la bandera y echar a andar a Chillon gritando mil y mil veces: ¡Viva Bonnivard!

El presidente tuvo que calmarles.

—Almorcemos primero; ya veremos luego —les dijo.

Y llenaron el ómnibus de una pensión Müller cualquiera, estacionado, como tantos otros, delante del pontón del desembarcadero.

—¡Vé, cómo nos mira el gendarme! —dijo Pascualón, subiendo el último con su bandera, siempre difícil de colocar.

Y Bravida, inquieto:

—Pues es verdad... ¡Qué quiere ése? ¿A qué viene observarnos así?

—¡Pardi! me habrá reconocido —dijo modestamente Tartarín; y sonreía de lejos al soldado de la policía vaudesa, cuyo largo capote azul se volvía obstinadamente hacia el ómnibus, atisbando entre los sauces de la orilla.

Aquella mañana había mercado en Montreux. Hileras de tiendas ambulantes al aire libre y a lo largo del lago; puestos de frutas, de legumbres, de puntillas baratas y de esa bisutería blanca de cadenas, placas, corchetes, con que adornan las suizas sus vestidos, como si fueran nieve trabajada o perlas de hielo. Mezclábase a esto el ruido del puertecito, donde se entrechocaba toda una flota de lanchas de recreo de alegres colores; el trasbordo de los sacos y de los toneles desembarcados de grandes bergantines con las velas en forma de antenas; los roncos silbidos y las campanas de los vapores, y el movimiento de los cafés, cervecerías, floristas y vendedores que recorren el muelle. No faltaba más que un rayo de sol para que uno se creyera en la marina de alguna estación del Mediterráneo, entre Menton y Bordighera.

Pero faltaba el sol, y los tarasconeses contemplaban aquel lindo país a través de un vaho que subía del lago azul, escalaba las rampas y las callecitas adoquinadas, e iba a unirse por cima de las casas a otras nubes amontonadas entre los sombríos verdores de la montaña, cargados de lluvia hasta reventar.

—¡Pícara suerte! ¡yo no he nacido lacustre! —dijo Spiridión Excourbaniés limpiando el vidrio para contemplar las perspectivas de ventisqueros y de vapores blancos que cerraban el horizonte allá enfrente.

—Ni yo tampoco —suspiró Pascualón—. Esta niebla, esta agua muerta... me dan ganas de llorar.

Bravida se quejaba también, temiendo por su gota sciática.

Tartarín les reprendió severamente. Pues qué, ¿no era nada contar a la vuelta que habían visto el calabozo de Bonnivard, y escrito sus nombres en murallas históricas al lado de las firmas de Rousseau, Byron, Víctor Hugo, Jorge Sand, Eugenio Sue...?

De pronto, a mitad de su relación, el presidente se interrumpió y cambió de color.

Acababa de ver pasar una toquita colocada sobre unos cabellos rubios y trenzados. Sin hacer parar el ómnibus, que iba subiendo despacio la cuesta, se echó al suelo, diciendo:

—¡Esperadme en el hotel! —a los alpinistas estupefactos.— ¡Sonia!... ¡Sonia!...

Temía no poder alcanzarla; tan de prisa iba, marcando su delicada silueta en la sombra, sobre el camino.

Volvióse la muchacha y le esperó.

—¡Ah, es usted! —y después de un apretón de manos, siguió andando.

Echó Tartarín a andar a su lado, sofocadísimo y excusándose de haberla dejado de tan brusca manera... pero... la llegada de los amigos... la necesidad de la ascensión, de la que aun llevaba señales en la cara...

Oíale ella sin decir palabra, sin mirarle, apresurando el paso, la vista fija y tendida. Parecióle de perfil muy pálida, y sus facciones sin aquel candor infantil, como si hubiera en ellas algo de duro, de resuelto, que hasta entonces no había notado sino en su voz y en su voluntad imperiosa; pero conservaba su gracia juvenil, su cabellera de oro rizada...

—¿Y cómo está Boris? —preguntó Tartarín, algo cortado por aquel silencio y aquella frialdad que se le comunicaba.

—¿Boris? —y se conmovió.— ¡Ah, sí, es verdad! Usted no sabe... Venga usted... venga usted...

Iban por una callecita campestre bordeada de viñas en pendiente hasta el lago, y de villas, chalets, jardines enarenados y elegantes, con los miradores cargados de verdes parras y adornados de rosas, de petunias, y mirtos en cajones. De vez en cuando se cruzaban con algún rostro

desconocido, demacrado, torva la mirada, el andar lento y enfermizo, como suelen verse en Mentón o en Mónaco; solamente que allí la luz lo devora y lo absorbe todo, mientras que bajo el cielo nebuloso y bajo el sufrimiento se ve más, como parecen más frescas las flores...

—Entre usted —dijo Sonia, empujando la verja de un frontón de albañilería marcado con caracteres rusos en letras de oro.

Tartarín no comprendió al principio dónde estaba. Sólo vio un jardinito con los senderos muy cuidados, empedrados, llenos de rosales trepadores arrojados entre los verdes árboles, y grandes ramos de rosas amarillas y blancas impregnando el estrecho espacio con su aroma y su luz. Entre estas guirnaldas y aquella flora maravillosa, algunas lápidas de pie o tendidas, con fechas y nombres, y entre ellos éste, recientemente incrustado en la piedra:

Boris de Wassilief, 22 años.

Estaba allí hacía pocos días, muerto apenas hubo llegado a Montreux, y en este cementerio de los extranjeros había encontrado en cierto modo la patria al lado de los rusos, polacos y suecos enterrados bajo las flores; tísicos de los países fríos, a quienes envían a esa Niza del Norte porque el sol del Mediodía sería demasiado fuerte para ellos y la transición demasiado brusca.

Quedáronse un momento inmóviles y mudos ante aquella blanca lápida nueva contrastando con el negro color de la tierra frescamente removida; la joven, con la cabeza inclinada, respiraba las rosas de la sepultura, calmando así sus enrojecidos ojos.

—¡Pobre niña! —dijo Tartarín conmovido; y cogiendo con sus fuertes y toscas manazas la punta de los dedos de Sonia, le dijo:

—¿Y qué va a ser de usted ahora?

Miróle cara a cara con ojos brillantes y secos, en los que no asomaba una lágrima.

—Me voy dentro de una hora.

—¿Se va usted?

—Bolivine está ya en San Petersburgo. Manilof me aguarda para hacerme pasar la frontera... Me vuelvo a la hornilla. Ya se oirá hablar de nosotros. —Y en voz muy baja, medio sonriendo y fijando su mirada de cielo en los ojos de Tartarín, que se esquivaba:— ¡Quien me ame, que me siga!

¡Ah, vai! ¡seguirla! ¡Aquella exaltada le daba mucho miedo! Y luego, aquella decoración fúnebre le había enfriado en su amor; pero era preciso, sin embargo, no huir como un modrego; así es que poniéndose la mano en el corazón como un abencerraje, comenzó por decir:

—Usted me conoce, Sonia...

No quiso ella oír más.

—¡Hablador!—dijo encogiéndose de hombres. Y se marchó, erguida y altiva, por entre los rosales, sin volver ni una vez la cabeza.

«¡Hablador!» Ni una palabra más le dijo; pero la entonación fue tan despreciativa, que el buen Tartarín se puso colorado hasta las orejas, y aun se aseguró de que estaban solos en el jardín y de que nadie lo había oído.

Afortunadamente, a nuestro tarasconés las impresiones le duraban poco.

Cinco minutos después subía por los terrados de Montreux, con alegre paso buscando la pensión Müller donde sus alpinistas debían esperarle para almorzar, y respiraba en toda su persona un verdadero desahogo, la alegría de haber acabado unas relaciones tan peligrosas. A la vez que andaba, iba marcando con enérgicos meneos de cabeza las elocuentes explicaciones que Sonia no había querido oír, y que él se daba a sí mismo mentalmente:

Vé, sí, ciertamente, el despotismo... No decía él que no... pero pasar de la idea a la acción, ¡boufre! Y después, vaya un oficio, reventar déspotas... Pues sitodos los pueblos oprimidos se

dirigían a él, como los árabes a Bombonel cuando una pantera ronda el aduar, ¿cómo iba a dar abasto a todos? Vaya, hombre, vaya.

Un coche de alquiler que venía disparado cortó bruscamente el monólogo. Apenas tuvo tiempo de echarse a la acera.

—¡Ten cuidado, animal!

Pero su grito de cólera se cambió bien pronto en exclamaciones de estupefacción:

—¡*Qués aco! ¡Boudiou!* No puede ser...!

Ya tiene para rato el que haya de adivinar lo que mi hombre vio en aquella carretela vieja.

¡La delegación, la delegación completa sin faltar un miembro: Bravida, Excourbaniés, Pascualón, amontonados en la banqueta de atrás, pálidos, descompuestos, extraviados los ojos, acabando de andar a moquetes, y enfrente de ellos dos gendarmes, carabina en mano!

Todos aquellos perfiles inmóviles y mudos en el marco estrecho de la ventanilla del coche, tenían algo de pesadilla, y de pie, clavado como antaño en el hielo con sus ganchos Kennedy, Tartarín contemplaba desaparecer a galope aquella carroza fantástica, detrás de la cual iba furiosa una bandada de chicos que salían de la escuela, con sus carteras a la espalda, cuando alguien gritó detrás de él: «¡Aquí está el cuarto!» y al mismo tiempo se sintió cogido, agarrotado, atado; le subieron a su vez en un *locati* con otros gendarmes y un oficial armado de una gigantesca espada que tenía entre las piernas, tocando con la empuñadura el techo del coche.

Tartarín quería hablar, explicarse... Indudablemente aquello era una equivocación... Dijo su nombre, su patria; quería reclamar ante su cónsul, un mielero suizo llamado Ichener que había conocido en la feria de Beaucaire. Después, ante el mutismo persistente de los guardias, creyó que se trataba de una nueva mutación de la comedia de magia de que hablaba Bompard, y dirigiéndose al oficial y echándoselas de picarillo:

—Es una bromita, ¿qué? ¡Ah *vai*, guasón, ya lo sé, ya, que es una bromita!...

—¡Si habla usted una palabra más, le pongo una mordaza! —dijo el oficial echándole una mirada terrible, capaz de hacer creer que iba a pasar de parte a parte al prisionero.

Y mi hombre se aguantó por la buena, sin rechistar, y viendo pasar ante él, asomado a la portezuela, los rincones de los lagos, altas montañas de un verde húmedo, hoteles con techumbres diferentes y con carteles de letras doradas visibles a una legua, y sobre las colinas, como en el Rigi, un ir y venir de cuévanos y de cestas, y como en el Rigi también, un caminito de hierro, estrafalario, peligroso juguete mecánico que se colgaba verticalmente hasta Glion; y para completar el parecido con el *Regina montitum*, una lluvia borrosa y azotadora, un cambio de agua y de nieblas del cielo al Lemán y del Lemán al cielo, y las nubes tocando a las olas.

El coche pasó por un puente levadizo entre varias tiendecitas de objetos de gamuza, cortaplumas, tirabuzones y peines de bolsillo, franqueó una poterna baja y se detuvo en el patio de un antiguo torreón comido de la hierba, flanqueado de torres redondas como frascos de pimienta y cobertizos negros sostenidos por vigas.

¿Dónde estaba? Tartarín lo comprendió al oír al oficial de la gendarmería discutir con el portero del castillo, que era un hombre gordo con un gorro griego y agitando un manojo de llaves mohosas.

—Incomunicado. Incomunicado... —decía—; no tengo dónde, como no lo meta en el calabozo de Bonnivard...

—Pues enciérrele usted en el calabozo de Bonnivard; demasiado bueno es para él—ordenó el capitán. Y así se hizo.

Aquel castillo de Chillon, del que tanto había hablado el P. C. A. durante dos días a sus queridos alpinistas, y en el que, por una ironía del destino, se veía bruscamente encarcelado sin saber por qué, es uno de los monumentos históricos más visitados de la Suiza. Después de haber

servido de residencia de verano a los Condes de Saboya, de prisión de Estado después, y de depósito de armas y municiones, no es hoy más que un pretexto de excursión como el Rigi-Kulm o la Tellsplatte. Conserva, sin embargo, una prevención de gendarmería, y un «violón» para los borrachos y gentes maleantes del país; pero son tan raras en aquel tranquilo cantón de Vaud, que el «violón» está siempre vacío y suele servir al portero para guardar su provisión de leña del invierno. Así es que la llegada de todos aquellos prisioneros le puso de muy mal humor, sobre todo al pensar que no podría enseñar el célebre calabozo de Bonnivard, que es en esta época del año el beneficio más seguro de su empleo.

Rabiando iba, guiando a Tartarín que le seguía sin tener valor para resistir. Atravesaron algunos escalones desvencijados, un corredor húmedo apestando a cueva, una puerta del espesor de una pared maestra, con enormes goznes, y se encontraron en un vasto subterráneo, de piso trillado y con pesadas pilastras romanas donde habían quedado adheridos los anillos de hierro que servían antaño para encadenar a los presos. Bañabale una media luz que reflejaba el temblor de las aguas del lago a través de estrechas arpilleras que apenas dejaban ver un poco el cielo.

—Ya está usted en su casa —dijo el carcelero; sobre todo, no vaya usted hacia el fondo, que son los cepos.²⁸

—¿Cepos? ¡*Boudiou!* —dijo Tartarín retrocediendo con espanto.

—¡Y qué hemos de hacerle, hijo mío! me dicen que lo meta a usted en el calabozo de Bonnivard: pues ya está usted en el calabozo de Bonnivard... Ahora, si tiene usted recursos, se le podrá ayudar, se le dará un colchón y una manta para la noche...

—¡Lo primero, de comer!—dijo Tartarín, a quien afortunadamente no le habían quitado el dinero.

El portero volvió con pan tierno, cerveza y un chorizo, devorados con avidez por el nuevo preso de Chillon, que estaba en ayunas desde la víspera, demacrado por la fatiga y la emoción. Mientras comía sirviéndole de mesa el banco de piedra, y a la luz de la arpillera, el carcelero le contemplaba con aire bonachón.

—La verdad sea dicha, yo no sé lo que ha hecho usted, ni por qué le tratan con tanta severidad...

—¡Eh! ¡Maldita sea mi suerte! ¡Yo tampoco! No sé nada —dijo Tartarín con la boca llena.

—Lo que tengo por indudable es que no tiene usted facha de mala persona, y de seguro no querrá usted impedir a un pobre padre de familia que se gane la vida, verdad? Pues verá usted. Tengo arriba una porción de gente que ha venido para visitar el calabozo de Bonnivard... Si me diera usted palabra de estarse quieto y de no intentar escaparse...

Tartarín se lo juró, y a los cinco minutos veía su calabozo invadido por todas sus antiguas relaciones del Rigi-Kulm y de la Tellsplatte, el «asno albardado» Schwanthaler, el ineptísimo Astier-Réhu, el miembro del Jockey-Club con su sobrina (ejem! ejem!), todos los viajeros, en fin, del «Circular Cook.»

Avergonzado y temeroso de ser reconocido, el desgraciado se ocultaba detrás de las pilastras, retrocediendo y desviándose a medida que se acercaba el grupo de los turistas, precedidos por el conserje y por su relación, hecha con voz doliente:

—Aquí fue donde el infortunado Bonnivard...

Avanzaban todos lentamente, retrasados por las discusiones de los dos sabios que estaban siempre en desacuerdo y dispuestos a agarrarse, agitando el uno su silla de tijera y el otro su saco de noche, y en actitudes fantásticas que la media luz de las arpilleras agrandaba en las bóvedas.

28 *Oubliettes*. En español no tiene equivalencia. En francés quiere decir los calabozos especiales donde encierran a los condenados a cadena perpetua.—E. B.

A fuerza de retroceder, Tartarín se encontró junto a los cepos o calabozos perpetuos, o sea un pozo negro abierto ras con ras en el suelo, y que enviaba un soplo de siglos anteriores, pantanoso y helado. Detúvose aterrado, se hizo un ovillo en un rincón, echándose la gorra sobre los ojos; pero la salmuera húmeda de la muralla le hizo efecto, y de pronto un terrible estornudo que hizo recular a los viajeros les anunció su presencia.

—¡Calle! ¡Bonnivard! —exclamó la parisiencita descarada que el del Jockey-Club hacía pasar por su sobrina.

El tarasconés no se achicó.

— Son muy curiosos estos cepos... ¡vé! —dijo con el acento más natural del mundo, como si estuviera también él visitando por gusto el calabozo; y se mezcló a los demás viajeros, que sonreían al reconocer al alpinista del Rigi-Kulm, al agitador del famoso baile.

—¡Eh, *Mossié, ballir, dansir...*!

La silueta ridícula de la hada rechoncha de Schwanthaler se alzaba ante él, dispuesta a comenzar un rigodón. ¡Ganas tenía él de bailar! Así es que no sabiendo cómo librarse de aquel escrúpulo de mujer, le ofreció el brazo, le enseñó galantemente su calabozo, la argolla donde estuvo agarrada la cadena del cautivo, las huellas de sus pies alrededor de la pilastra; y a fe que la buena señora no hubiera creído nunca, al oírle hablar tan tranquilo, que el que la paseaba era también prisionero de Estado, víctima de la injusticia y de la perversidad de los hombres. Lo terrible fue la separación, cuando el infortunado Bonnivard después de llevar a su pareja hasta la puerta, se despidió de ella con una sonrisa de hombre de mundo:

—No, gracias, ¡vé! Yo me quedo todavía un momento.

Dicho esto, saludó, y el carcelero, que no le quitaba ojo, cerró la puerta y echó los cerrojos, con gran estupefacción de todos.

¡Qué afrenta!

Sudaba de angustia el desgraciado, oyendo las exclamaciones de los viajeros que se alejaban. Afortunadamente este suplicio no se repitió en aquel día. El mal tiempo impidió nuevas visitas. Un viento terrible resonaba bajo las carcomidas tablas; quejidos que salían de los cepos, como de víctimas mal enterradas, y el chapeteo del lago acribillado por la lluvia, que azotaba las murallas al rape de las arpilleras, cuyas salpicaduras llegaban hasta el cautivo.

A intervalos oíase la campana de un vapor, el crujido de las rucias acompasando las reflexiones de Tartarín, mientras caía la tarde triste y gris, pareciendo ensanchar el calabozo.

¿Cómo podía explicarse aquella prisión, aquel encierro en lugar tan siniestro?

Acaso Costecalde... Alguna maniobra electoral a última hora... o tal vez la policía rusa, advertida de sus palabras imprudentes, de sus relaciones con Sonia, había pedido su extradición... pero entonces, ¿por qué habían preso a los delegados? ¿Qué había que decir de aquellos infelices, cuya desesperación y trastorno se figuraba, por más que no estuviesen como él en el calabozo de Bonnivard, bajo aquellas bóvedas de piedras unidas, por las que atravesaban, a medida que venía la noche, ratas enormes, alacranes y arañas silenciosas, con las patas rozantes y deformes?

¡Nótese, sin embargo, lo que puede una conciencia tranquila!

A pesar de las ratas, de los alacranes, del frío, de las arañas, el gran Tartarín tuvo en los horrores de la prisión de Estado, llena de sombríos martirios, aquel sueño sonoro y rudo, de boca abierta y puños cerrados, con que durmió entre los cielos y los abismos en la cabaña del Club Alpino.

Creía soñar todavía por la mañana al oír a su carcelero:

—Levántese usted; el gobernador del distrito está ahí, y viene a hacerle a usted el interrogatorio.

Y el hombre añadió con cierto respeto:

—Para que el gobernador se haya incomodado en venir, menester es que sea usted un bandido famoso.

¡Bandido! No; pero puede parecerse tal después de una noche de calabozo a la vez húmedo y polvoriento, sin haber tenido tiempo de aviarse un poco, ni lavarse siquiera.

Allá, en la antigua cuadra del castillo, transformada en gendarmería y adornada de carabinas puestas en el armero, destacándose en la cal de la muralla, y cuando después de echar una mirada tranquilizadora a sus alpinistas sentados entre dos gendarmes, apareció delante del gobernador, entonces fue cuando Tartarín tuvo el sentimiento de su mal aspecto enfrente de aquel magistrado correcto y vestido de negro, con la barba muy cuidada e interpellándole severamente:

—Usted se llama Manilóff, ¿no es verdad? Súbdito ruso, incendiario en San Petersburgo, refugiado y asesino en Suiza...

—¡De ninguna manera! Es un error, una equivocación...

—¡Cállese usted, o voy por la mordaza! —dijo el capitán.

El correcto gobernador continuó:

—En fin, para evitarle a usted negativas, ¿conoce usted esta cuerda?

¡Su cuerda! ¡Maldita sea su suerte! ¡Su cuerda tejida de alambre y fabricada en Avignon!

Baja la cabeza, con gran estupor de los delegados, y responde:

—La reconozco.

—Con esta cuerda ha sido ahorcado un hombre en el cantón de Unterwald.

Tartarin, temblando, jura que él no ha sido.

—¡Ahora lo veremos!

Y es introducido el tenor italiano, el polizone secreto que los nihilistas habían ahorcado de la rama de una encina en el Brünig, pero a quien unos leñadores habían milagrosamente salvado.

El soplón mira a Tartarín.

—No es éste —dice. Mira a los delegados—. Ni estos tampoco. Es un error.

El gobernador entonces, furioso, dirigiéndose a Tartarín:

—Pues entonces, ¿qué hace usted aquí?

—Eso es lo que yo pregunto, ¡vé! —responde el alpinista con el descaro de la inocencia.

Después de una corta explicación, los alpinistas de Tarascón son puestos en libertad y se alejan del castillo de Chillon, del cual nadie ha sentido mejor que ellos la melancolía romántica y opresora.

Detiéndense en la pensión Müller para recoger sus bagajes y la bandera y pagar el almuerzo de la víspera, que no tuvieron tiempo de probar, y salen para Ginebra por el tren. Lluve. A través de los vidrios escarchados se leen los nombres de las estaciones de aristocrática temporada, Clarens, Vevey, Lausanne; los chalets rojos, los jardinitos de arbustos raros pasan cubiertos de un velo húmedo que sirve de rocío a las ramas, a las cúpulas de los techos, a los terrados de los hoteles.

Instalados en un rinconcito del vagón suizo de dos banquetas, una enfrente de otra, los alpinistas tienen la cara descompuesta y deshecha. Bravida, agriado, se queja del reuma, y a cada dos por tres le pregunta a Tartarín con feroz ironía:

—¡Eh, vé, ya ha visto usted el calabozo de Bonnivard. ¿No quería usted verlo? ¡Pues me parece que ya lo ha visto usted! ¿qué?

Excourbaniés, afónico por la primera vez de su vida, contempla con aire piadoso el lago que les escolta detrás de las portezuelas...

—¡Ya es agua, ya! ¡Boudiou! en saliendo de aquí no vuelvo a bañarme en mi vida!

Embrutecido por el susto, que aun no le ha salido del cuerpo, Pascualón, con la bandera entre las piernas, desaparece detrás de ella, mirando a derecha e izquierda como una liebre, pensando si le cogerán otra vez...

¿Y Tartarín? ¡Oh éste, siempre tranquilo y digno, se deleita leyendo los periódicos del Mediodía, un paquete de periódicos dirigidos a la pensión Müller, y todos reproducen, copiándola del *Forum*, la relación de su ascensión, aquella que él dictó, pero aumentada, rellena de elogios maravillosos. De pronto el héroe lanza un grito, y un grito terrible que repercute en el fondo del vagón. Todos los viajeros se levantan, creyendo que ha habido un choque. Es sencillamente un suelto del *Forum*, que Tartarín lee a sus alpinistas.

—Oíd esto: «Corre el rumor de que el V. P. C. A. Costecalde, apenas repuesto de la ictericia que le ha tenido en cama bastantes días, va a salir para hacer la ascensión del Mont-Blanc y subir más alto aún que Tartarín.

—¡Ah, bandido! ¿Quieres destruir el efecto de mi Jungfrau? Pues espérate un poco, yo te soplaré tu montaña... Chamounix está a pocas horas de Ginebra; voy a subir al Mont-Blanc antes que él. ¿Estamos, muchachos?

Bravida protesta. ¡*Outre!* Ya está harto de aventuras.

—Harto y reharto —dice Excourbaniés en voz baja con su voz muerta.

—¿Y tú, Pascualón? —pregunta dulcemente Tartarín.

El practicante bala sin atreverse a levantar los ojos.

—Mi a... a... a... mo.

También él se echa para atrás.

—Está bien —dijo el héroe solemne y contrariado—; me iré solo, el honor será para mí solo...
¡*Zou!* ¡devolvedme la bandera!

XII

El hotel Baltet en Chamounix. ¡Qué olor a ajo! Del uso de la cuerda en las correrías alpestres. ¡Shake hand! Un alumno de Schopenhauer. A la parada de los Grandes Mulos. Tartaréin, tenemos que hablar.

Daban las nueve en el campanario de Chamounix, en una tarde granizante y lluviosa; las calles negras todas, las casas sin luces, excepto las fachadas y los patios de los hoteles, donde de vez en cuando veíase brillar el gas, hacían aún más sombríos los alrededores con el vago reflejo de la nieve de las montañas, de un blanco de planeta en la noche del cielo.

En el hotel Baltet, uno de los mejores y de los más frecuentados del pueblo, los numerosos viajeros y huéspedes habían desaparecido poco a poco, reventados de las excursiones del día, y no quedaban en el salón más que un «pastor» inglés jugando silenciosamente a las damas con su esposa, mientras sus numerosas hijas cubiertas con los delantalitos de pechera se daban prisa en copiar las convocatorias para el próximo servicio evangélico; y sentado delante de la chimenea, donde había un buen montón de troncos, un joven sueco, demacrado y desabrido, contemplaba tristemente la llama, bebiendo un *grog* de kirsch y agua de Seltz. De vez en cuando, un viajero retrasado atravesaba el salón con los botines mojados y el impermeable lo mismo, se acercaba a un gran barómetro colgado de la pared, lo sacudía, interrogaba al mercurio para saber el tiempo que haría al día siguiente, y se iba consternado a la cama. No se oía una palabra ni otra manifestación de vida que el chisporroteo del fuego, el granizo dando en los vidrios y el colérico curso del Arvo bajo los arcos de su puente de madera a algunos metros del hotel.

De repente se abrió la puerta del salón; un portero; con galones de plata entró cargado de bagajes y mantas y guiando a cuatro alpinistas tiritando de frío y sorprendidos por el súbito paso de la noche y del frío al calor y a la luz.

—¡*Boudiou*, qué tiempo!

—A comer, *zou*.

—Que calienten las camas, ¡*qué!*

Hablaban todos a la vez, con las bocas dentro de las bufandas, pasamontañas y gorras con orejeras, y no se sabía a quién atender, cuando un regordete a quien llamaban presidente les impuso silencio gritando más fuerte que ellos:

—Ante todo, el libro de los extranjeros —ordenó.

Y hojeándole con mano carnosa, leía en alta voz los nombres de los viajeros que en el espacio de ocho días habían pasado por el hotel. «Docteur Schwanthaler y señora.» ¿Otra vez? «Astier-Réhu, de la Academia Francesa...» Y así fue descifrando dos o tres hojas, palideciendo cuando creía ver un nombre parecido al que buscaba; después, al llegar al fin, y arrojando el libro sobre la mesa con risa triunfal, el hombrecito dio una zapateta infantil, extraordinaria para su cuerpo repleto.

—¡No está! No ha venido... Y sin embargo, aquí tenía que venir a parar. ¡Se fastidió Costecalde... ¡*lagaligadeau!* Andando a la sopa, hijos míos.

Y el buen Tartarín, después de saludar a las señoras, se encaminó al comedor, seguido de la delegación, hambrienta y tumultuosa.

Sí señor, toda la delegación, todos, hasta el mismo Bravida... Ni era posible otra cosa, ¡vaya! ¿Qué se hubiera dicho allá en la tierra al verles volver sin Tartarín? Cada uno de ellos lo comprendía así; y en el momento de separarse en la estación de Ginebra, el *buffet* fue testigo de una escena patética; llantos, abrazos, desgarradores adiós a la bandera, a consecuencia de los cuales todos ellos se amontonaron en el laudó que el P. C. A. acababa de fletar para Chamounix. Soberbio camino que hicieron con los ojos cerrados, arrebujaos en sus mantas, llenando el coche de sonoros ronquidos, sin ocuparse del maravilloso paisaje que se desplegaba bajo la lluvia; barrancos, bosques, espumantes cascadas, y según los accidentes del valle, ya visible o fugitiva, la cima del Mont-Blanc sobre las nubes.

Fatigados de este género de bellezas naturales, nuestros tarasconeses no pensaban sino en reponerse de la mala noche pasada bajo los cerrojos de Chillon. Y aun ahora, al extremo del extenso comedor desierto del hotel Baltet, mientras les servían una sopa recalentada y los restos de la mesa redonda, comían ansiosos, sin hablar, pensando sobre todo en irse pronto a la cama. Súbito Spiridión Excourbaníés, que tragaba como un sonámbulo, y saliéndose de tono y olfateando el aire en su redor exclamó:

—¡*Outre*, huele a ajo!

—Pues es verdad que huele —dijo Bravida. Y todos, remozados por aquella voz de la patria, por aquel tufillo de los platos nacionales, que Tartarín no había respirado hacía mucho tiempo, se revolvían en sus sillas con ansiedad golosa.

El olor venía del fondo del salón, de un cuartito donde comía aparte un viajero, personaje importante sin duda, porque a cada momento veíase aparecer en el torno que daba a la cocina el gorro blanco del jefe, para entregar a la criada de servicio los platitos cubiertos que ella llevaba en aquella dirección.

—Alguien del Mediodía, de seguro —murmuró el dulce Pascualón; y el presidente, que se había puesto de color de tierra a la idea de que pudiera ser Costecalde, ordenó:

—Vaya usted a ver, Spiridión. Usted nos lo podrá decir...

Una temible carcajada salió del retiro donde el bueno del bordón acababa de entrar por orden de su jefe, y de donde traía por la mano a un diablo larguirucho con unas narices muy grandes, los ojos burlones, la servilleta por bajo la barba como el caballo gastrónomo del circo.

—¡Vé, Bompard!

—¡Té, el impostor!

—¡Eh, hola, Gonzaga! ¿Cómo te va?

—*Diferentemente*, señores, a la disposición de ustedes... —dijo el correo, estrechando todas las manos y sentándose a la mesa de los tarasconeses para compartir con ellos unas setas con ajo, preparadas por la señora de Baltet, la cual, lo mismo que su marido, tenía horror a la comida de la mesa redonda.

¿Era el guisote nacional, o la alegría de encontrar un paisano como el delicioso Bompard, el de la imaginación inagotable? Como por ensalmo desaparecieron el cansancio y el sueño; se destapó una botella de Champagne, y con los bigotes embadurnados de espuma, reían, alborotaban, gesticulaban, se cogían por la cintura con la efusión más grande.

—Yo no me separo ya de ustedes —decía Bompard—. ¡Mis peruanos se han ido... soy libre!

—¡Libre! ¿Entonces, mañana sube usted al Mont-Blanc conmigo?

—¡Ah! ¿Va usted al Mont-Blanc mañana? —respondió Bompard sin entusiasmo.

—Sí; se la soplo a Costecalde. Cuando él venga... ¡*uit!* ¡Toma Mont-Blanc! ¿Está usted, qué, Gonzaga?

—Sí, estoy, estoy, siempre que el tiempo lo permita... porque no es muy cómodo subir en esta estación...

—¡Ah, *vai!* no es cómodo— dijo Tartarín guiñando los ojos con una risa de augur que Bompard no pareció, por otra parte, comprender.

—De todos modos, pasemos a tomar el café al salón, y consultaremos a Baltet, que sabe mucho de esto; como que es un antiguo guía que ha hecho la ascensión veintisiete veces.

Los delegados gritaron:

—¿Veintisiete veces? ¡*Boufre!*

—Bompard exagera siempre —dijo el P. C. A. con un si es no es de envidia.

En el salón hallaron a la familia del pastor encorvada todavía sobre las esquelas de convocación, y al padre y la madre dormitando delante del tablero de damas, y al alto sueco removiendo el grog con agua de Seltz, con el mismo gesto desanimado. Pero la invasión de los alpinistas tarasconeses, alegrillos con el champagne, procuró, como puede suponerse, algunas distracciones a las jóvenes convocatrices. Nunca habían visto estas lindas personas tomar el café con tantas gesticulaciones y tal remover de ojos.

—Azúcar, Tartarín.

—Nunca, comandante. Ya sabe usted que desde África...

—Es verdad; perdone usted. ¡*Té!* Ahí está monsieur Baltet.

—¡Siéntese usted aquí, ¡qué! M. Baltet!

—¡Viva M. Baltet! ¡Ah, ah, *fen de brut!*

Rodeado, hostigado por toda aquella gente a quien no había visto en su vida, el viejo Baltet sonreía tranquilamente. Robusto saboyano, alto y ancho, la espalda redonda, el paso lento, el rostro duro y afeitado, se animaba merced a dos ojos penetrantes todavía jóvenes, contrastando con su calvicie, causada por un enfriamiento en la madrugada, entre las nieves.

—¿Estos señores desean subir al Mont-Blanc? —dijo, investigando a los tarasconeses con mirada a la vez irónica y humilde.

Tartarín iba a responder, pero Bompard se le adelantó.

—¿No es verdad que la estación está muy avanzada?

—No, no —respondió el antiguo guía—. Ahí tienen ustedes a un caballero sueco que subirá mañana; y a fin de semana espero a dos señores americanos que han de subir también. Uno de ellos es ciego.

—Ya sé. Lo he encontrado en el Guggi.

—¡Ah! ¿El señor ha ido al Guggi?

—Hace ocho días, cuando subí a la Jungfrau.

Hubo un estremecimiento entre las convocatrices evangélicas; todas las plumas se detuvieron, todas las cabezas se levantaron hacia Tartarín, que para ellas, intrépidas trepadoras, experimentadas en todo género de *sport*, adquiriría una autoridad considerable.

¡Había subido a la Jungfrau!

—¡Una hermosa etapa! —dijo el señor Baltet, considerando con admiración al P. C. A., mientras Pascualón, intimidado por las señoras, ruborizándose y ceceando, murmuraba:

—Ma... ma... esto..., cuénteles usted... la... eso, la... grieta...

El presidente sonrió.

—¡Niño!—dijo. Pero sin embargo, comenzó la relación de su caída; primero con descuido, con indiferencia; después con movimientos terroríficos; y aquello de las pernadas colgando de lacuerda sobre el abismo, y aquel llamar con las manos tirantes... Aquellas señoritas temblaban, y le devoraban con esos ojos fríos de las inglesas, esos ojos que se abren en redondo.

En medio del silencio que siguió a la descripción, se elevó la voz de Bompard:

—En el Chimborazo, para salvar las aberturas, no nos atamos nunca.

Los delegados se miraron. Como tarasconada, aquella le echaba la pata a todas.

—¡Oh, este Bompard! Nada menos que... —murmuró Pascualón con ingenua admiración.

Pero el señor Baltet, tomando en serio el Chimborazo, protestó contra la costumbre de no atarse. Según él, no había ascensión posible sobre los hielos sin una cuerda, una buena cuerda de cáñamo de Manila. Por lo menos, si uno de los viajeros se desliza, los demás le detienen.

—Siempre que la cuerda no se rompa, señor Baltet —dijo Tartarín, recordando la catástrofe del monte Cervino.

Pero el fondista, pesando las palabras:

—La cuerda no se rompió en Cervino; fue el guía de atrás quien la cortó con su piocha...

Y como Tartarín se indignase:

—Perdone usted, señor; el guía estaba en su derecho. Comprendió la imposibilidad de contener a los demás, y se desligó de ellos para salvar su vida, la de su hijo y la de un viajero a quien acompañaban. Sin su determinación, hubiera habido siete víctimas en lugar de cuatro.

Comenzó entonces una discusión. Tartarín opinaba que atarse en hilera es como un compromiso de honor de vivir o morir juntos; y exaltándose, y muy remontado con la presencia de las señoras, apoyaba sus palabras en los hechos, en las personas presentes.

—Así, por ejemplo, mañana, *té*, al atarme yo con Bompard, esto no será una simple precaución que tomaré, sino un juramento ante Dios y ante los hombres de que no formaré más que uno solo con mi compañero y de morir antes que volver sin él: ¡maldita sea mi suerte!

—Yo acepto el juramento para mí como para usted, Tartarín —gritó Bompard, del otro lado del velador.

¡Conmover un minuto!

El pastor, electrizado, se levantó y vino a infligir al héroe un apretón de manos, de esos de arriba abajo, que parecen el manejo de una bomba, de lo más inglés posible. Imitóle su mujer, y en seguida todas las niñas, continuando el *shake hand* todas con un brío capaz de hacer subir el agua a un quinto piso. Los delegados, debo decirlo, no parecían tan entusiasmados.

—¡Eh, vé, yo —dijo Bravida— soy de la opinión del señor Baltet. En estos asuntos cada uno expone su pellejo; *pardi*, y comprendo perfectamente el hachazo de...

—Me extraña mucho oírle a usted, Plácido —dijo Tartarín severamente. Y luego, entre cuero y carne—: Repórtese usted, desgraciado; la Inglaterra nos mira...

El bravo vejestorio, que indudablemente conservaba un fondo de amargura desde la excursión de Chillon, hizo un gesto que quería decir: «¿A mí qué me importan los ingleses?», y acaso se hubiera ganado un buen rapapolvo del presidente, irritado de tanto cinismo, cuando el joven del aspecto desconsolado, atiforado de grog y de tristeza, se metió con su pésimo francés en la conversación. También él creía que el guía tuvo razón al cortar la cuerda. Librar de la existencia a cuatro desgraciados, jóvenes todavía, condenados a vivir algún tiempo aún; volverles con un gesto al descanso, a la nada! ¡Oh acción noble y generosa!

Tartarín exclamó:

—¡Cómo, joven! ¡Ala edad de usted hablar de la vida con ese desprecio y esa cólera!... ¿Qué le ha hecho a usted la vida?

— Nada, pero estoy harto de ella.

Este estudiaba filosofía en Christianía, y contagiado con las ideas de Schopenhauer y de Hartmann, hallaba la existencia sombría, inepta y caótica. A dos pasos del suicidio, había colgado los libros a ruego de sus padres y se había dedicado a viajar, tronando por todas partes contra el

mismo fastidio y la sombría miseria humana. Tartarín y sus amigos le parecían los únicos seres satisfechos de la vida que había encontrado hasta entonces.

El bueno del P. C. A. soltó la carcajada.

—¡Es nuestra raza, joven! Todos somos iguales en Tarascón, que es la tierra de Dios. De la mañana a la noche se ríe, se canta, y lo demás del tiempo se baila la farándula, así, ¡té! Y se puso a dar zapatetas con la gracia y la ligereza del abejorro que despliega las alas.

Pero los delegados no tenían los nervios de acero ni el infatigable brío de su jefe. Excourbaniés gruñía:

—El presidente se desboca; ya tenemos hasta las doce de la noche.

Y Bravida, levantándose furioso:

—Vámonos a la cama, ¡vé! ¡Estoy rabiando de la ciática!

Consintió Tartarín, pensando en la ascensión del día siguiente, y los tarasconeses subieron, palmatoria en mano, la ancha escalera de granito que conducía a los cuartos, mientras Baltet iba a ocuparse de las provisiones y a retener las mulas y los guías.

—¡Té! Está nevando...

Estas fueron las primeras palabras del buen Tartarín al despertarse y ver los vidrios cubiertos de escarcha y el cuarto inundado de blanco reflejo; pero cuando colgó el espejito de afeitarse en la ventana, comprendió su error, y comprendió que el Mont-Blanc, radiante frente a él bajo un sol espléndido, era el que producía aquella claridad. Abrió su ventana, dejando entrar la brisa de ventisquero, que a la vez picaba y entonaba, y que le traía el ruido de todas las esquilas de los ganados y los extensos mugidos de los cuernos de los pastores. Un olor que tenía algo de penetrante, de pastoril, y que no había respirado aún en Suiza, impregnaba la atmósfera.

Esperábase abajo una agrupación de guías y de muleteros; también estaba el sueco, ya erguido en su mulo, y mezclado con los curiosos que formaban círculo, la familia del pastor, todas las alegres muchachas con matinales tocados y venidas para dar una vez más *shake hands* al héroe que les había producido pesadillas.

—¡Hace un tiempo hermoso! ¡Dése usted prisa! —gritaba el fondista, cuyo cráneo brillaba al sol como un techo de vidrio. Pero aunque Tartarín se daba prisa, no era un asunto tan sencillo arrancar al sueño a los delegados, que debían acompañarle hasta la Piedra Aguda, donde acaba el camino de mulos. Ni súplicas ni razonamientos pudieron decidir al comandante a saltar de la cama; con el gorro de noche hasta las orejas y la nariz pegada a la pared, a las excitaciones del presidente contentábase con responder con un cínico proverbio tarasconés: «El que tiene fama de madrugador, puede dormir hasta las doce.» En cuanto a Bompard, repetía sin cesar:

—¡Ah, vai! ¡El Mont Blanc! ¡Buena farsa está!

Y no se levantó sino al oír la orden terminante del P. C. A.

Púsose por fin en camino la caravana y atravesó las callejuelas de Chamounix con imponente aparato. Pascualón en el mulo delantero, con la bandera desplegada; y el último de la fila, grave como un mandarín, entre los guías y los silleteros agrupados a ambos lados de su mulo, el buen Tartarín, más extraordinariamente alpinista que nunca, con un par de gafas nuevas, de cristales cóncavos y ahumados, y su famosa cuerda fabricada en Avignon, ya se sabe a qué precio reconquistada.

Mirado por todo el mundo, casi tanto como la bandera, regocijábase bajo su importante máscara; divertíase ante el espectáculo de aquellas calles de pueblo saboyano, tan diferente del pueblo suizo, demasiado limpio y barnizado y oliendo a juguete nuevo y a chalet de bazar, y ante el contraste de aquellas casuchas saliendo apenas de la tierra, y en las que el establo ocupa todo el sitio, al lado de suntuosos hoteles de cinco pisos cuyos carteles brillantes desentonaban como la

gorra galoneada de un portero o el frac negro y los zapatos de charol de un *maître d'hotel*, en medio de las cofias saboyanas, de los vestidos de fustán y de los sombreros de carbonero, de anchas alas.

En la plaza veíanse landós desenganchados, berlinas de viaje junto a carretas de heno; una piara de cerdos delante de la administración de correos, de la que salía un inglés con sombrero de tela blanca, un paquete de cartas y un número del *Times*, que leía andando antes de abrir su correspondencia.

La cabalgata tarasconesa iba atravesando todo esto, acompañada por el pataleo de los mulos, el grito de guerra de Excourbaniés, a quien el sol devolvía el uso de su bordón, el campanileo pastoril que sonaba en las cuestras vecinas, y el estrépito del río convertido en torrente saltando del ventisquero, blanco y radiante como si trajera carga de sol y de nieve.

Al salir del pueblo, Bompard acercó su mulo al del presidente y le dijo abriendo unos ojos enormes:

—Tartarín, es menester que hablemos.

—Luego —dijo el P. C. A., que estaba enredado en una discusión filosófica con el joven sueco, a quien trataba de distraer de su pesimismo con el maravilloso espectáculo que les rodeaba; aquellos pastos con sus grandes zonas de sombra y de luz, aquellos bosques de verde oscuro coronados por la blancura de las nieves deslumbradoras...

Después de dos tentativas inútiles para acercarse a Tartarín, Bompard tuvo que renunciar a hablarle.

Una vez franqueado el Arvo pasando un puentecito, la caravana acababa de entrar por uno de esos caminos estrechos en zigzag en medio de los pinos, donde los mulos, uno por uno, van cortando con sus fantásticas herraduras todas las sinuosidades de los abismos, y todo cuidado y atención eran pocos para que nuestros tarasconeses se mantuvieran en equilibrio con ayuda de mil «¡Eh! ¡Vamooos! ¡Despacio! ¡Ouvre!» para contener a las bestias.

En el chalet de Piedra-Aguda, donde Pascualón y Excourbaniés debían esperar la vuelta de los ascensionistas, Tartarín, muy ocupado en encargar el almuerzo y en velar por la instalación de los silleteros y los guías, siguió no haciendo caso de los cuchicheos de Bompard. Pero —cosa extraña y que no notó sino después— a pesar del buen tiempo, del buen vino y de aquella atmósfera depurada a dos mil metros sobre el nivel del mar, el almuerzo fue melancólico. Mientras oían a los guías reír y alegrarse a su lado, la mesa de los tarasconeses permanecía silenciosa, entregada solamente a los ruidos naturales del servicio, choque de vasos de la tosca vajilla y de los cubiertos sobre la blanca madera.

Fuese la presencia de aquel sueco moroso, o la visible inquietud de Gonzaga, o mejor aún algún presentimiento, ello es que la banda se puso en marcha, triste como un batallón sin música, hacia el ventisquero de Bossons, donde comienza la verdadera ascensión.

Al poner el pie sobre el hielo, Tartarín no pudo por menos de reírse al recuerdo del Guggi y de sus garfios perfeccionados. ¡Qué diferencia entre el neófito de entonces y el alpinista de primer orden en que se sentía convertido! Sólido, sobre sus pesadas botas que el portero del hotel le había herrado por la mañana con cuatro grandes clavos, diestro en el manejo del zapapico, apenas tuvo necesidad de dar la mano a uno de sus guías, no para que le sostuviera, sino para que le indicase el camino.

Las gafas ahumadas atenuaban la reverberación del ventisquero, que una reciente avalancha empolvaba de nieve fresca, en la que se abrían aquí y allá pequeños lagos de un verde glauco escurridizos y traidores; y muy tranquilo, seguro por experiencia de que no había peligro ninguno, Tartarín andaba a lo largo de las grietas y quebraduras de paredes cambiantes y lisas que se ahondaban hasta lo infinito; pasaba por en medio de los socavones sin otro cuidado que el de adelantar al estudiante sueco, intrépido andador cuyas anchas botinas con colgantes de plata se alargaban delgadas y secas y con la misma flojera al lado de su *alpenstock*, que parecía una tercera

pierna. Y como la discusión se prolongaba a despecho de las dificultades del camino, oíase en el espacio helado, sonoro como el ancho de un río, una vozarrona familiar y fatigosa que decía:

—Usted me conoce, Otto...

A Bompard, entretanto, le sucedían mil desdichas. Firmemente convencido por la mañana de que Tartarín no realizaría sus fanfarronadas ni subiría al Mont-Blanc, como no había (según creía él) subido a la Jungfrau, el infeliz correo se había vestido como de costumbre, sin herrarse las botas ni utilizar siquiera su famosa invención para herrar los pies de los soldados, y sin proveerse de un *alpenstock*, sin duda porque los montañeses del Chimborazo no lo gastan. Armado únicamente con su junco, que no dejaba de ir bien con su sombrero de gasa azul y su *ulster*, la proximidad del ventisquero le aterraba, porque a pesar de todas sus historias, ya supondrá el lector que «el impostor» no había hecho una ascensión en su vida. Tranquilizóse, sin embargo, viendo desde lo alto de la nieve con qué facilidad maniobraba Tartarín sobre el hielo, y se decidió a seguirle hasta la parada de los Grandes Mulos, donde debían pasar la noche. No llegó sin trabajo. Al primer paso se cayó de espaldas; la segunda caída fue de rodillas.

—¡No, gracias; si lo he hecho a propósito!... —les decía a los guías que trataban de levantarlo—. ¡A la americana, ¡vé! ¡como en el Chimborazo! —decía; y pareciéndole la postura cómoda, la conservó adelantándose a cuatro patas, con el sombrero hacia atrás, y barriendo el hielo con el *ulster*, que parecía la piel de un oso gris. Y con todo y con eso, iba muy fresco contando a los que le rodeaban que en la cordillera de los Andes había subido así a una montaña de diez mil metros; verdad es que no decía en cuánto tiempo; pero debió echar un rato, a juzgar por esta etapa de los Grandes Mulos, adonde llegó una hora después que Tartarín, y asqueroso a la vista, todo lleno de nieve barrosa y con las manos heladas debajo de los guantes de lana.

Comparada con la del Guggi, la cabaña que el Municipio de Chamounix ha construido en los Grandes Mulos es verdaderamente confortable. Cuando Bompard entró en la cocina, donde ardía un gran fuego de leña, encontró a Tartarín y al sueco secándose las botas, mientras que el posadero, que era un viejo seco y duro como un cuervo, con largos cabellos blancos que le caían en bucles, exponía ante ellos los tesoros de su exiguo museo.

Y era siniestro el tal museo, formado con los recuerdos de todas las catástrofes que habían ocurrido en el Mont-Blanc en los cuarenta años que el viejo tenía el parador. Al sacarlos del estante contaba el lamentable origen de cada uno.

—Este pedazo de paño y estos botones de chaleco constituyen la memoria de un sabio ruso, precipitado por el huracán al ventisquero de la Brenva... Estos maxilares son todo lo que queda de aquella famosa caravana de once viajeros y silleteros que desapareció en una tormenta de nieve...

A la puesta del sol y al pálido reflejo de la nieve en los cristales de la ventana, estas relaciones monótonas tenían algo de penetrante, tanto más cuanto que el viejo enternecía la voz en los pasajes patéticos, y hasta solía llorar al desplegar un pedazo de velo verde de una señora inglesa arrollada por la avalancha en 1827.

Por más que Tartarín quería tranquilizarse recordando fechas, y convencerse de que en aquella época la Compañía no había organizado aún las ascensiones sin peligro, aquel *vocero* saboyano le ponía el corazón como un piñón, y se fue a respirar un momento a la puerta.

La noche había caído ya, confundiendo los tonos. Los Bossons resaltaban, lívidos y muy próximos, a la vez que el Mont-Blanc izaba una cumbre todavía rosada y acariciada por el fugitivo sol. Serenábase el meridional ante esta sonrisa de la naturaleza, cuando la sombra de Bompard se alzó ante él.

—¿Es usted, Gonzaga? Ya ve usted, aquí estoy tomando el fresco. El viejo me estaba fastidiando con sus historias.

—*Tartaréin* —dijo Bompard apretándole el brazo hasta pulverizárselo— se me figura que ya basta y que no continuará usted esta ridícula expedición.

El grande hombre abrió desmesuradamente los inquietos ojos.

—¿Qué me está usted diciendo?

Entonces Bompard le presentó un terrible cuadro de las mil muertes que les amenazaban; las grietas, las avalanchas, los vientos, los torbellinos...

Tartarín le interrumpió:

—¡Ah, *vai*! farsante; ¿pues y la Compañía? ¿No está preparado el Mont-Blanc como los demás?

—¿Preparado? ¿La Compañía? —dijo Bompard alelado, no acordándose ya de su tarasconada; y cuando el otro se la repitió palabra por palabra, la Suiza en sociedad, la contrata de las montañas, las aberturas con trampa... el ex gerente del Casino soltó el trapo.

— ¡Cómo! ¿Se lo había usted creído? Pero, hombre, aquello fue una *galejade*²⁹. Entre tarasconeses, ¡qué demonio! ya se sabe lo que es hablar...

—Entonces —preguntó Tartarín muy conmovido—, ¿la Jungfrau no estaba preparada?...

—¡Que no, hombre!

—¿Y si la cuerda se hubiera roto?

—¡Pobre de usted!

El héroe cerró los ojos, pálido de espanto retrospectivo, y durante un minuto vaciló. Aquel paisaje en cataclismo polar, frío, sombrío, accidentado de precipicios...las lamentaciones del viejo que todavía le sonaban llorosas en los oídos... *¡Outre! que me hará usted decir.*³⁰

Pero después, y de repente, pensó en las *gensses* de Tarascón, en la bandera flotando por obra suya en la altura... y se dijo que con buenos guías y un compañero a toda prueba como Bompard... Ya había subido a la Jungfrau... ¿por qué no había de intentar el Mont-Blanc?

Y apoyando su ancha mano en el hombro de su amigo, comenzó con voz viril:

—Escuche usted, Gonzaga...

29 En caló provenzal, una broma.—E. B.

30 Manera especialísima e intraducible tarasconesa, que ya se indicó en la nota del cap. IV.—E. B.

XIII

La catástrofe.

En las sombras de una noche negra, negra, sin luna, sin estrellas, sin cielo, y sobre la temblorosa blancura de una inmensa pendiente de nieve, se va desarrollando lentamente una larga cuerda, a la que van atadas en hilera una porción de sombras menudas y temerosas, precedidas a cien metros por una linterna colorada que casi roza el suelo. Golpes de pico resonando en la dura nieve, y el rutilante son de los témpanos arrancados, interrumpen únicamente el silencio en la nevada que amortiguaba los pasos de la caravana. Y de minuto en minuto, un grito, una queja ahogada, la caída de un cuerpo sobre el hielo, y en seguida un vozarrón que responde al sonido desde la punta de la cuerda.

—¡Despacio, cuidado con caer, Gonzaga!

Porque el pobre Gonzaga se ha decidido por fin a seguir a su amigo Tartarín hasta la cúspide del Mont-Blanc. Desde las dos de la mañana —y son las cuatro en la repetición del presidente— el desdichado correo avanza a gatas, verdadero galeote amarrado a la cadena, arrastrado, empujado, vacilante y abroncado, quiero decir atacado de los bronquios, obligado a contener las diversas exclamaciones que le arranca su mala ventura, con la avalancha amenazándole por todos lados, y en situación tal, que el menor desprendimiento, una vibración fuerte del aire cristalino pueden determinar desplomes de nieve o de hielo. Sufrir en silencio, ¡qué suplicio para un hombre nacido en Tarascón! Pero he aquí que la caravana hace alto: Tartarín se informa de lo que pasa; óyese una discusión en voz baja, cuchicheos muy animados...

—Es su compañero de usted que no quiere seguir adelante —responde el sueco.

El orden de la marcha se interrumpe, el rosario humano se desmorona, vuelve sobre sí mismo, y cátales a todos al borde de una enorme grieta de esas que los montañeses llaman «una rotura.» Las precedentes se han salvado con ayuda de una escala puesta de través y sobre la cual han pasado de rodillas, pero esta vez la abertura es mucho más ancha, y el borde del otro lado se alza en cuesta a una altura de ochenta a cien pies. Se trata, pues, de bajar hasta el fondo del agujero, que va estrechando a la vista, y por medio de escalones que se han de hacer a pico, y subir por el otro lado del mismo modo. Pero Bompard dice que nones.

Inclinado sobre el abismo, que con la sombra parece insondable, ve cómo se agita en un lodazal la linternita de los guías que van preparando el camino. Tartarín, no menos intranquilo, se da valor a sí mismo exhortando a su amigo.

—Vamos, Gonzaga, ¡zou! —y en voz baja le habla del honor, invoca a Tarascón, la bandera y el Club de los Alpinos...

—¡Ah vai, el Club! —dice cínicamente el otro—. ¡Yo no soy socio!

Entonces Tartarín le dice que se le colocarán los pies, que no hay nada más fácil...

—¡Para usted puede que lo sea, pero para mí no!

—Pero, hombre, usted decía que tenía costumbre...

—Vé, sí, ciertamente que tengo costumbre... pero ¿de qué? ¡Tengo tantas! Costumbre de fumar... costumbre de dormir...

—¡Y sobre todo, de mentir! —interrumpe el presidente.

—¡No, señor!; de exagerar — dice Bompard sin conmoverse ni poco ni mucho.

Sin embargo, y después de muchas vacilaciones y ante la amenaza de que van a dejarle allí solo, decídese a bajar lenta y modestamente aquella terrible escala de molinero... Lo más difícil será subir por el otro paredón derecho y liso como el mármol y más alto que la torre del rey René, de Tarascón. Desde abajo la luz llamativa³¹ de los guías parece un gusano de luz andando. Y hay que decidirse sin remedio. La nieve no es muy sólida bajo los pies, suenan *chis chis* de fundiciones y de agua circular alrededor de una ancha hendidura que se adivina más bien que se ve al pie del muro de hielo y que envía su aliento frío de abismo subterráneo.

—¡Despacio, cuidado con caerse, Gonzaga!...

Esta frase, que Tartarín profiere con entonación enternecida, casi suplicante, presta una significación solemne a la posición respectiva de los ascensionistas, colgados ahora de pies y de manos los unos debajo de los otros y unidos por la cuerda y por la similitud de sus movimientos de tal manera que la caída o la torpeza de uno solo les pondría a todos en peligro. ¡Y qué peligro! «¡malditas sean sus suertes!» ¡No hay más que oír rebotar y desmoronarse los restos de tímpanos y el eco de la caída por las aberturas y fondos desconocidos, para figurarse qué boca abierta de monstruo está atisbando el momento de zampárselos a todos al menor paso en falso.

Mas... ¿qué sucede ahora? El sueco estrecho y largo que precede inmediatamente a Tartarín se ha detenido y roza con sus tacones herrados la gorra del P. C. A. Por más que los guías le gritan: «¡Adelante!» y el presidente dice: «¡Avance usted, joven!», nada, no se menea. Erguido en toda su altura, agarrado con descuidada mano, el sueco se inclina, y el naciente día hiere su ligera barba y alumbra la singular expresión de sus ojos dilatados, mientras él, haciendo una seña a Tartarín, exclama:

—¡Qué caída ¿eh? si yo soltara!...

—¡*Outre!* Ya lo creo; ¡nos arrastraría usted a todos!... ¡Suba usted, hombre!

El otro, inmóvil, continúa:

—¡Hermosa ocasión para acabar con la vida y volver a la nada por las entrañas de la tierra, rodando de hondura en hondura, como esto!

Y se encorva terrible para seguir con la vista el pedazo de hielo al que acaba de dar un puntapié que retumba y suena sin fin en el silencio de la noche.

—¡Desgraciado! ¡por Dios! ¡tenga usted cuidado! —grita Tartarín, amarillo de espanto; y desesperadamente agarrado al muro rezumoso, emprende de nuevo con ardor sus argumentos de la víspera en favor de la existencia—: ¿A su edad de usted... un guapo muchacho como usted... es decir que usted no crecen el amor, ¿*qué?*

¡No, el sueco no cree! El amor ideal es una mentira de los poetas; y el otro, una necesidad que él no ha sentido nunca...

Vé, ¡sí! vé, ¡sí! Es verdad que los poetas parecen todos de Tarascón, y dicen siempre más de lo que hay; pero en fin, no deja de ser bonita la *femellan*, como llaman por allá a las mujeres. Y luego vienen los hijos, lindas criaturitas que se parecen a uno...

—¡Ah! sí, los niños, un semillero de penas. Desde que me tuvo mi madre no ha hecho más que llorar...

—Oiga usted, Otto, usted me conoce, amigo mío...

Y con toda la expansión de su alma, Tartarín se agota para reanimar, para friccionar a distancia aquella víctima de Schopenhauer y de Hartmann, dos mamarrachos a quienes quisiera encontrarse en un bosque, ¡maldita sea su suerte! para hacerles pagar el daño que hacen a la juventud.

31 *Clignante*, dice Daudet; es decir, como si guiñara el ojo.—E. B.

Figúrese el lector, durante esta discusión filosófica, la alta muralla de hielo, fría, fluente, rozada por un pálido rayo de luz, y aquella sarta de cuerpos humanos pegados a ella unos debajo de otros en escalón, y los siniestros murmullos que suben de las profundidades abiertas y blancuzcas, los juramentos de los guías, sus amenazas de soltarse y abandonar a los viajeros. Por fin, Tartarín, viendo que ningún razonamiento puede convencer a aquel loco ni disipar su vértigo de muerte, le sugiere la idea de arrojarse desde la punta más alta

del Mont-Blanc...

—¡Eso sí! Eso valdría la pena, echarse desde allá arriba...; pero aquí en el fondo de un sótano... ¡Ah *vai*, qué *foutaise*!³²

Y emplea tal acento, a la vez duro y persuasivo, y convicción tal, que el sueco se deja convencer, y helos al fin uno tras otro en lo alto de la terrible rotura. Se desatan y se hace alto para echar un taco y un trago. El día brilla ya. Un día pálido y frío sobre un circo grandioso de picos y flechas dominados por el Mont-Blanc, que está todavía a 1.500 metros. Los guías hablan aparte, gesticulan y se conciertan con movimientos de cabeza. Sentados en el suelo completamente blanco, pesados y macizos, con las anchas espaldas en las chaquetas oscuras, parecen marmotas disponiéndose a hacer sus cuarteles de invierno. Bompard y Tartarín, inquietos, transidos del frío, han dejado al sueco que coma solo, y se les acercan en el momento en que el guía-jefe dice con acento grave:

—Está fumando en pipa, no hay que dudarlo.

—¿Quién fuma en pipa? —pregunta Tartarín.

—El Mont-Blanc, señor mío; mire usted.

Y el hombre señala allá en la misma punta de la alta cumbre, a manera de penacho, un humo blanco que va hacia Italia.

—Y de otro modo, buen amigo, cuando el Mont-Blanc fuma en pipa... ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir que hace un viento terrible en la cúspide, una tempestad de nieve que nos caerá encima dentro de poco y... que es muy peligrosa.

—Volvámonos —dijo Bompard poniéndose verde. Y Tartarín añade:

—¡Sí, sí, ciertamente; nada de amor propio ridículo!

Pero el sueco se mete por medio. Él ha pagado para que le lleven al Mont-Blanc, y por nada en el mundo dejará de ir. Si no quiere nadie acompañarle, subirá solo.

—¡Cobardes! ¡Más que cobardes! —añade vuelto hacia los guías, y les repite el insulto con la misma voz de aparecido con que se excitaba a sí mismo hace poco, para suicidarse.

—¡Ahora verá usted si somos cobardes! ¡Atarse, y andando! —exclama el guía-jefe.

Esta vez es Bompard quien protesta enérgicamente. Está ya harto de todo aquello y exige que le vuelvan abajo. Tartarín le apoya con vigor.

—¡Ya puede usted ver que ese hombre está loco! —exclama señalando hacia el sueco que se va ya dando grandes pasos bajo los copos de nieve que el viento comienza a lanzar por todos lados.

Pero nadie es capaz de detener a aquellos hombres a quienes se ha tratado de cobardes. Las marmotas se han despertado, heroicas, y Tartarín no puede obtener un conductor que les lleve a Bompard y a él a los Grandes-Mulos. Por otra parte, la dirección que han de seguir es bien sencilla; tres horas de marcha contando un rodeo de veinte minutos para dar la vuelta a la gran rotura, si les acobarda pasarla solos.

—¡*Outre*! ya lo creo que nos acobarda! —dice Bompard sin el menor pudor; y las dos caravanas se separan.

32 *Futesa* en provenzal, de donde probablemente se habrá formado la palabra castellana.—E. B.

Ya los tarasconeses están solos. Avanzan con precaución por el desierto de nieve, atados a la misma cuerda. Tartarín va delante, tentando el terreno con su zapapico, penetrado de la responsabilidad que le incumbe, y buscando consuelos.

—¡Ánimo, sangre fría! ¡ya nos arreglaremos! —grita a cada instante a Bompard.

Tal, el oficial en el fragor de la batalla arroja de sí el miedo blandiendo la espada y gritando a sus hombres:

—¡Adelante, por vida de Dios; no todas las balas matan!

En fin, helos ya al extremo de aquella horrible abertura. Desde ella hasta el fin no les esperan obstáculos muy graves; pero el viento sopla y les ciega con torbellinos de nieve. La marcha llega a ser imposible, so pena de perderse.

—Detengámonos un momento —dice Tartarín.

Un socavón de hielo, gigantesco les ofrece abrigo en su hueco. Deslízanse. extienden la manta forrada de caoutchouc del presidente y abren la calabaza del rom, única provisión que no se han llevado los guías. Prodúceles el piscolabis un poco de calor y de bienestar, mientras el sonido de los picos en la altura les anuncia los progresos de la expedición. Resuena en el corazón del P. C. A. como un remordimiento de no haber hecho la excursión del Mont-Blanc hasta las cumbres.

—¿Y quién lo sabrá? —dice cínicamente Bompard—. Los silleteros llevan la pandera; por consiguiente, desde Chamounix creerán que es usted.

—Tiene usted razón; el honor de Tarascón queda a salvo... —concluye Tartarín convencido.

Pero los elementos se desencadenan; el cierzo es ya huracán; la nieve cae a montones. Los dos amigos se callan, devorados por siniestras ideas; se acuerdan del osario aquel del viejo de la cabaña y de sus lamentables narraciones; aquella leyenda del viajero americano a quien se halló petrificado de frío y de hambre, teniendo en la mano un librito de memorias, donde estaban escritas sus angustias, hasta la última convulsión, que hizo torcerse el lápiz y desviarse la firma.,...

—¿Tiene usted un cuadernito, Gonzaga?

Y el otro, que comprende sin más explicación:

—¡Ah, *vai*, un cuadernito! ¡Si cree usted que yo me deje morir como el otro!... Pronto, vámonos de aquí.

—Imposible; al primer paso seríamos arrojados como una paja en algún abismo.

—Pues entonces, hay que gritar, llamar... la cabaña no está lejos...

A Bompard, a cuatro manos, con la cabeza fuera del socavón, en la postura de una bestia que pasta y muge, vocea:

—¡Socorroooo! ¡Socorroooo!

—¡A las armas! —grita a su vez Tartarín con su más sonora voz, que repercute en la gruta como el trueno.

Bompard le agarra por el brazo.

—¡Desdichado... la gruta!...

Positivamente todo el *bloc* de hielo ha temblado. Un soplo no más, y toda aquella masa de témpanos acumulados les cae en la cabeza. Quédanse como cuajados, inmóviles, envueltos en un silencio aterrador, que pronto rompe un estruendo lejano que se acerca, se agranda, invade el horizonte, y muere; en fin, bajo la tierra, de precipicio en precipicio...

—¡Pobre gente! —murmura Tartarín pensando en el sueco y sus guías, cogidos y arrastrados sin duda por la avalancha.

Y Bompard, meneando la cabeza, exclama:

—Allá nos vamos todos.

En efecto, su situación es siniestra; no se atreven a respirar en la gruta de hielo, ni exponerse fuera a las ráfagas del viento.

Para acabarles de apretar el corazón, del fondo del valle sube un aullido de perro de esos que presienten la muerte.

De pronto, Tartarín, con los ojos hinchados, los labios temblorosos, coge las manos de su compañero, y mirándole con dulzura:

—Perdóneme usted, Gonzaga; sí, sí, perdóneme usted. Le he ofendido a usted tanto, le he llamado embustero...

—¡Ah, *vai*! ¿Qué me importa a mí ahora?...

—Y con menos razón que nadie, porque yo he mentido mucho, y en esta hora suprema siento la necesidad de abrir mi corazón, de *desabrocharme*, de confesar públicamente mis imposturas...

—¿Sus imposturas?...

—Óigame usted, amigo mío. En primer lugar, yo no he matado un león en mi vida.

—Eso no me choca —dijo Bompard tranquilamente—. Pero ¿quién se apura por eso? La culpa es de nuestro sol; ¡allí se nace ya mintiendo! Vé, yo mismo, ¿he dicho una palabra de verdad desde que estoy en el mundo? En cuanto abro la boca, el Mediodía se me sube a la cabeza como un ataque. Las gentes de quienes hablo, no las conozco; los países, no los he visto en mi vida; y con todo esto se me arma un lío de invenciones que yo mismo no sé desenredarlo.

—¡Es la imaginación, *pechère*! —suspira Tartarín—. Nosotros somos embusteros por imaginación...

—Pero estas mentiras no han hecho nunca daño a nadie, mientras que los malos, los envidiosos como Costecalde...

—¡No hablemos nunca de ese miserable! —interrumpe el P. C. A.; y atacado de un súbito acceso de cólera—: ¡Maldita sea mi suerte! ¡No deja de ser un poco cargante!... —y se detiene ante un gesto de terror de Bompard—. ¡Ah! sí, el techo...

Y bajando el tono, obligado a cuchichear la ira, el pobre Tartarín continúa sus imprecaciones en voz baja con una enorme desarticulación de la boca:

—...un poco cargante; morir en la flor de la vida por culpa de un bandido que ahora estará tomando tranquilamente su café en la *Vuelta* de la ciudad...

Pero mientras fulmina, ábrese una clarita en el aire. Ya no nieva ni hace viento, y aparecen espacios azules desgarrando el cielo gris.

—¡Pronto, en marcha!

Y una vez atados de nuevo a la cuerda, Tartarín, que va delante como antes, se vuelve, y poniéndose el dedo en la boca:

—Por supuesto, Gonzaga; todo esto que hemos hablado queda entre nosotros.

—¡*Té, pardi*!...

Emprenden la vuelta con gran ardor, metiéndose hasta la rodilla entre la nieve que acaba de caer y que se ha sorbido en su guata inmaculada las huellas de la caravana. Tartarín consulta su brújula cada cinco minutos; pero aquella maldita brújula tarasconesa, habituada a los climas cálidos, está atacada de congelación desde que llegó a Suiza. La aguja juega a las cuatro esquinas, agitada y vacilante; así es que los viajeros van andando en línea recta, esperando ver alzarse delante de ellos de un momento a otro las negras rocas de los Grandes Mulos en la blancura uniforme y silenciosa de picos y agujas que les rodea y les espanta a la vez, porque puede ocultar bajo sus pies peligrosas hendiduras.

—¡Sangre fría, Gonzaga, sangre fría!...

—Precisamente es lo que me falta —responde Bompard lamentablemente. Y va andando y gimiendo—: ¡Ay, mi pie! ¡ay, mi pierna! ¡estamos perdidos! ¡no llegaremos nunca!

Dos horas llevan de marcha, cuando hacia el medio de una cuesta de nieve, muy dura de subir, Bompard exclama asustado:

—¡El terreno sube, Tartarín!

—¡Ya lo creo que sube! —responde el P. C. A., empezando a perder la serenidad.

—¡Pero, hombre....debía bajar!

—Vé, sí, señor; ¿y qué quiere usted que yo le haga?

Vamos subiendo hasta lo alto; puede ser que la bajada esté del otro lado.

Efectivamente, el terreno declinaba, pero de un modo terrible, por una sucesión de neveras y ventisqueros verticales, y al último extremo de aquel centelleo de blancuras peligrosas veíase una cabaña clavada sobre una roca, en unas profundidades que parecían inaccesibles. Siempre era un asilo donde resguardarse antes de la noche, una vez perdida la dirección de los Grandes Mulos; ¡pero a cambio de cuántos esfuerzos y de cuántos peligros tal vez!

—Sobre todo, no me suelte usted, *qué*, Gonzaga...

—¡Ni usted tampoco!

Y cambian algunas recomendaciones sin verse, separados por una arista, detrás de la cual ha desaparecido Tartarín, avanzando el uno para subir y el otro para bajar, con lentitud y terror. Ni aun se hablan ya, concentrando todas sus fuerzas vivas, temiendo un paso en falso, un simple resbalón. De pronto, y cuando ya no le falta más que un metro para llegar a la cresta, Bompard oye un grito terrible de su compañero, al mismo tiempo que siente tenderse la cuerda con desordenada y violenta sacudida... Quiere resistir, colgarse para retener a su compañero sobre el abismo. Pero la cuerda era vieja sin duda, porque se rompe bruscamente al esfuerzo.

—¡*Outre!*

—¡*Boufre!*

Estos dos gritos se cruzan siniestros, desgarrando el silencio y la soledad; después una calma aterradora, una calma de muerte que nada turba en la amplitud de las nieves inmaculadas.

Al caer de la tarde, un hombre vagamente parecido a Bompard, un espectro con los cabellos erizados, fangoso, lleno de agua, llegaba a la posada de los Grandes Mulos, donde lo friccionaron, calentaron y acostaron, sin que pronunciara otras palabras que éstas, entrecortadas de lágrimas y los puños levantados hacia el cielo:

—Tartarín... perdido... rota... la cuerda...

Por fin pudo comprenderse la gran desgracia que acababa de suceder.

Mientras el viejo posadero se lamentaba y añadía un nuevo capítulo a los siniestros de la montaña, esperando que su osario se enriqueciera con los restos del accidente, el sueco y sus guías, de vuelta de su expedición, se echaban a buscar al infortunado Tartarín con sus cuerdas, sus escalas y todo el tren de salvamento, ¡ay! infructuoso. Hallóse únicamente en el Domo de Gôûter un cabo de cuerda, perdido en una de las asperezas del hielo; pero esta cuerda, cosa singular, estaba partida por los dos extremos como por un instrumento cortante.

Los periódicos de Chambery dieron un facsímile, que más abajo va reproducido. En fin, después de ocho días de correr y de pesquisas concienzudas, se tuvo la convicción de que el pobre presidente era imposible de encontrar, perdido para no más volver; los delegados, desesperados, tomaron el camino de Tarascón, llevándose con ellos a Bompard, cuyo cerebro trastornado conservaba trazas de una terrible sacudida.

—¡No me hablen de esto! —decía cuando se trataba del siniestro—; ¡no me hablen de ello jamás!

Decididamente el Mont-Blanc contaba una víctima más... y ¡qué víctima!



XIV

Epílogo

Lugar más impresionante que Tarascón, no se ha visto nunca bajo el sol de ningún país del mundo. Algunas veces, en pleno domingo, cuando toda la ciudad está en la calle, y suenan los tambores, y está el paseo alegre y tumultuoso, esmaltado de faldas verdes y coloradas, y *fichús* arlesianos, y en grandes carteles de mil colores brillan los anuncios de luchas de hombres y medio hombres, o de corridas de toros camargueses, basta que un *guasón* grite: «¡un perro rabioso!» o «un buey escapado» para que todo el mundo eche a correr; la gentes se atropella espantada, se cierran las puertas con todos los cerrojos, las personas crujen como cuando hay tormenta, y cate usted a Tarascón desierto y mudo, sin que se vea ni un gato ni se oiga el menor ruido, pues hasta las chicharras se quedan acurrucadas y en actitud expectante.

Tal era el aspecto de la ciudad una mañana, no de día de fiesta ni domingo. Las tiendas cerradas, las casas muertas, plazas y plazuelas como agrandadas por el silencio y la soledad. *Vasta silentia*, dice Tácito describiendo a Roma en los funerales de Germanicus; y la cita de su Roma de duelo era tanto más aplicable a Tarascón, cuanto que en aquel momento se celebraban unos funerales por el alma de Tartarín en la metrópoli, donde la población en masa lloraba a su héroe, a su dios, a su invencible, el de la doble musculatura, que yacía en los ventisqueros del Mont-Blanc.

Sucedió, pues, que, mientras el mortuorio tañido desgranaba sus pesadas notas por las desiertas calles, la señorita de Tournatoire, la hermana del médico a quien su mala salud retenía siempre en su casa, acurrucada en su gran sillón detrás de los cristales, miraba hacia fuera oyendo las campanas. La casa de los Tournatoire está situada sobre el camino de Avignon, casi enfrente de la de Tartarín, y la vista de aquella residencia ilustre, cuyo inquilino ya no había de volver, con la verja del jardín cerrada para siempre; hasta los cajones de limpiabotas de los saboyanos, colocados en fila delante de la puerta, todo oprimía el corazón de la pobre enferma, devorada treinta años hacía de secreta pasión por el héroe tarasconés. ¡Oh misterios del corazón de una jamona! Su alegría consistía en atisbarle y verle pasar a sus horas regulares y decirse: «¿A dónde irá?» en vigilar las modificaciones de su traje, ya se vistiera de alpinista o revistiera la chaqueta verde-culebra. ¡Ya no le vería más! Y ni aun le era dado el consuelo de ir a rezar por él con todas las señoras de la población.

Súbito la larga cabeza de caballo blanco de la señorita de Tournatoire se coloreó ligeramente; sus desteñidos ojos, ribeteados de colorado, se dilataron considerablemente, mientras su flaca mano de salientes arrugas bocetaba una gran señal de la cruz...

Él, era *él*, deslizándose a lo largo de la pared, del otro lado del camino. Al pronto creyó que era una aparición alucinadora... No, el mismísimo Tartarín en carne y hueso, salvo que estaba pálido, lastimoso, hecho jirones, a lo largo del muro, como un ladrón o un mendigo... Pero para explicar su vuelta a Tarascón tenemos que volver al Mont-Blanc, al cimborrio de Goûter, en aquel preciso instante en que encontrándose los dos amigos uno a cada lado, Bompard sintió ponerse tirante el lazo que les unía, como por la caída de un cuerpo.

En realidad, la cuerda se había quedado sujeta entre dos témpanos de hielo, y Tartarín, al sentir la misma sacudida, creyó también que su compañero rodaba y le arrastraba tras de sí. Entonces, en aquel momento supremo... ¿cómo pudiéramos llamar a esto? ¡oh Dios! en la angustia del miedo, ambos, olvidando el juramento solemne del hotel Baltet, a la vez y con igual movimiento

y con el mismo gesto instintivo, cortaron la cuerda, Bompard con su cuchillo y Tartarín de un golpe de zapapico. Después, espantados de su mutuo crimen, convencidos uno y otro de que acababan de sacrificar a su amigo, huyeron en opuestas direcciones.

Cuando el espectro de Bompard apareció en los Grandes Mulos, el de Tartarín llegaba a la cantina de Avesailles. ¿Cómo, en virtud de qué milagro, y después de cuántos resbalones y caídas? Sólo el Mont-Blanc pudiera decirlo, porque el pobre P. C. A. permaneció dos días en el embrutecimiento más completo, incapaz de proferir el menor sonido. Así que estuvo en mejor estado, le bajaron hasta Courmayeur, que es el Chamounix italiano.

En el hotel donde se instaló para acabar de reponerse, no se hablaba sino de una espantosa catástrofe sucedida en el Mont-Blanc, completamente igual al accidente del Monte Cervino, a otro alpinista más, engullido por la ruptura de una cuerda.

Convencido de que se trataba de Bompard, Tartarín, roído de remordimientos, no se atrevía a reunirse a la delegación ni a volver a su país. Por adelantado leía ya en todos los labios y en todos los ojos: «¡Caín, qué has hecho de tu hermano!»

Pero ello es que la falta de dinero, el fin de su ropa blanca, las brisas de septiembre que venían y dejaban vacíos los hoteles, le obligaron a ponerse en camino. Después de todo, ¿quién le había visto cometer su crimen? Nada le impedía inventar una historia cualquiera; y ayudado con las distracciones del viaje, comenzó a reanimarse. Pero en las cercanías de Tarascón, cuando vio irradiarse bajo el cielo azul la afilada cortadura de los Alpinos, sintióse de nuevo presa de la vergüenza, de los remordimientos, del temor de la justicia; y para evitar el estrépito de una llegada en plena estación, se bajó en la primera antes de llegar a la ciudad.

¡Ah! en aquella hermosa carretera tarasconesa, toda blanca, y crujiente de polvo, sin otra sombra que los postes y los hilos telegráficos; en aquella carretera triunfal por donde tantas veces había pasado al frente de sus alpinistas o de sus cazadores de cachuchas...¿quién le hubiera reconocido, a él, al valiente, al vistoso, bajo sus pingos sucios y hechos tiras, con la desconfiada mirada del vagabundo que espía a los gendarmes? Abrasaba el aire, a pesar de que ya era el fin de la estación, y la sandía que le compró a un hortelano le pareció sabroso manjar a la breve sombra del carretón, mientras el vendedor exhalaba su furor contra las mujeres de Tarascón, ausentes todas del mercado aquella mañana a causa de una misa de difuntos que se cantaba en la iglesia por alguien de la ciudad perdido en el fondo de un agujero allá en las montañas...

—¡Té! las campanas... ¿oye usted? Desde aquí se oyen.

Ya no había duda: aquel campaneó lúgubre, resonando merced aun viento tibio en los solitarios campos, era por Bompard.

¡Qué acompañamiento a la vuelta del grande hombre a su patria!

Durante un minuto, cuando después de abrir y cerrar bruscamente la puerta del jardín, se encontró Tartarín en su casa y vio los estrechos senderos bardados del boj trillado y limpio, el surtidor, el pilón, los colorados peces agitándose al crujir de la arena bajo sus pies, y el baobab gigante en su maceta de reseda; durante un minuto, un bienestar impregnado de ternura y el calor de su morada de conejo casero le envolvió en una especie de seguridad después de tantos peligros y aventuras. Pero las campanas, las malditas campanas redoblaban, y la granizada de notas gordas le aplastó de nuevo el corazón. Decíanle con fúnebre son: «¡Caín, qué has hecho de tu hermano! ¡Tartarín, qué ha sido de Bompard!» Y sin tener ni el valor de moverse, sentóse en el borde abrasado de la fuente, y quedóse allí aniquilado, hundido, con gran asombro de los pintados peces.

Ya las campanas no suenan; el pórtico de la metrópoli, tan animado ha poco, es restituido al murmurio de la pobre que está sentada a la derecha y a la inmovilidad de los santos de piedra. Terminada la ceremonia religiosa, todo Tarascón se traslada al Club de los Alpinos, donde en solemne sesión debe hacer Bompard la relación de la catástrofe y detallar los últimos momentos del P. C. A. Además de los socios, algunos privilegiados, el ejército, el clero, la nobleza, el alto

comercio, se colocan en la sala de conferencias, cuyas anchas, ventanas, abiertas de par en par, permiten a la charanga municipal instalada abajo, en la escalera de entrada, mezclar algunos acordes heroicos o quejumbrosos a los discursos de aquellos señores. Una multitud inmensa se estrecha alrededor de los músicos, se alza sobre las puntas de los pies y tiende los cuellos tratando de pescar siquiera un mendrugo de sesión; pero las ventanas son demasiado altas, y no se tendría la menor idea de lo que en ella pasa, sin la ayuda de dos o tres granujas subidos a un gran plátano, que arrojan desde allí noticias de la solemnidad, como quien echa huesos de cerezas desde lo alto del árbol.

—Vé, Costecalde, que se esfuerza por llorar. ¡Ah pilló! Ahora es él quien ocupa la presidencia... Y el pobre Bezuquet, ¡cómo se suena! ¡qué colorados tiene los ojos! ¡Té! ¡Han puesto una gasa a la bandera, y Bompard llega a la mesa con los tres delegados. Coloca algo sobre la presidencia... Ahora habla... Debe ser muy hermoso lo que está diciendo... todo el mundo llora!...

En efecto, el entermecimiento iba siendo general a medida que Bompard avanzaba en su fantástica relación. ¡Ah! habíale vuelto la memoria y también la imaginación. Después de haberse dejado ver, él y su ilustre compañero, en la cima del Mont-Blanc, sin guías, porque todos se habían negado a seguirles, aterrados por el mal tiempo, solos ellos dos, con la bandera desplegada durante cinco minutos sobre el pico más alto de Europa, contaba ahora (¡y con qué emoción!) la peligrosa bajada y la caída; Tartarín rodando al fondo de un hoyo, y él, Bompard, atándose para explorar el abismo en toda su anchura, con una cuerda de doscientos pies.

—Más de veinte veces, señores... ¡qué digo! más de noventa veces sondeé aquel abismo de hielo, sin poder llegar hasta nuestro desgraciado presidente, sin embargo de que verificaba su paso por ciertos restos que dejó en las asperezas del hielo...

Y esto diciendo, extendía sobre el tapete de la mesa un fragmento de maxilar, algunos pelos de barba, un pedazo de chaleco y la hebilla de un tirante. Parecía aquello el osario de marras.

Ante esta exhibición, los dolorosos trasportes de la asamblea no pudieron ya dominarse. Aun los corazones más duros, los partidarios de Costecalde y los personajes más graves, Cambalalette el notario y el doctor Tournatoire, derramaban efectivamente lágrimas gordas como corchos de porrón. Las damas invitadas lanzaban desgarradores gritos que eran dominados por los sollozantes bramidos de Excourbaniés y los balidos de Pascualón, mientras la marcha fúnebre de la charanga acompañaba en tono bajo y lúgubre.

Y entonces, cuando vio la emoción y el enervamiento llegados al colmo, Bompard terminó su narración con un gran gesto de piedad hacia los restos, que estaban en botes de cristal como los cuerpos de delito en la vista de una causa.

—He aquí, señores y queridos conciudadanos, todo lo que he podido encontrar de nuestro ilustre y querido presidente. Lo demás... dentro de cuarenta años nos lo devolverá el ventisquero.

Iba a explicar a las personas ignorantes el reciente descubrimiento hecho sobre la marcha regular de los ventisqueros; pero el chirrido de la puertecita del fondo le interrumpió. Alguien entraba. ¡Tartarín. más pálido que una aparición de Home, estaba justamente frente al orador.

—¡Vé! ¡Tartarín!

—¡Té! ¡Gonzaga!

Y aquella raza es tan singular, tan fácil para las historias inverosímiles, las mentiras atrevidas y refutadas pronto, que la llegada del grande hombre, cuyos fragmentos yacían aún sobre la mesa presidencial, no produjo en la sala sino un mediano efecto.

—Ha sido una equivocación; ¡vaya! —dijo Tartarín ya tranquilo, radiante, poniendo la mano en el hombro de aquel a quien creía haber matado. Yo he hecho el viaje del Mont-Blanc por los dos lados, subiendo por uno y bajando por otro, y esto es lo que ha hecho suponer mi desaparición.

Lo que no confesaba era haber hecho el segundo viaje de espaldas.

—¡Maldito Bompard! —dijo Bezuquet—; ¡así y todo nos ha vuelto de arriba abajo con su historia!

Y reían todos, se apretaban las manos, mientras que la charanga allá fuera, sin que pudieran hacerla callar, apretaba más que nunca con la marcha fúnebre de Tartarín.

—¡Vé! ¡Costecalde, qué amarillo se ha puesto! —murmuraba Pascualón a Bravida, señalando al armero que se levantaba para ceder el sillón al antiguo presidente, cuya cara bonachona irradiaba la alegría. Bravida, siempre sentencioso, dijo en voz baja, viendo a Costecalde venido a menos y tornando a su rango subalterno: «La fortuna del padre Mandario, que de cura bajó a vicario»³³.

Y continuó la sesión.

33 Proverbio tarasconés.

APÉNDICE

LA DEFENSA DE TARASCÓN

(1871)

La defense de Tarascon

Paris 1886

<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1032701/f1.item>

Traducción:

La Velada. Semanario ilustrado. Núm. 70. Barcelona 30 de septiembre de 1893

https://ddd.uab.cat/pub/velada/velada_a1893m9d30n70.pdf

¡Alabado sea Dios! Por fin he recibido noticias de Tarascón. ¡Hace cinco meses que la angustia me mataba!... Conociendo, como conozco, la exaltación de aquella ciudad y el temperamento batallador de sus habitantes, no podía menos que preguntarme: ¿Qué hará Tarascón? ¿Se habrá levantado como un solo hombre contra los bárbaros? ¿Se habrá dejado bombardear como Estrasburgo, morir de hambre como París, o quemar como Chateaudun, o bien, en un arrebato de patriotismo feroz, se habrá hecho volar como Laon y su inexpugnable fortaleza?...

Nada de esto, amigos míos, nada de esto. Tarascón no ha sido quemada ni ha volado todavía. Tarascón sigue siempre en el mismo sitio, tranquila, entre sus viñedos bañados por el sol, y sus calles con sus bodegas repletas de buen moscatel, y el Ródano que baña la hermosa población, llevando en su corriente la imagen de una ciudad feliz, los reflejos de sus persianas, de sus jardines y de los milicianos vestidos con túnicas nuevas y haciendo el ejercicio a lo largo del muelle.

No vayáis a creeros por esto que Tarascón no ha hecho nada durante la guerra. Por el contrario, se ha portado admirablemente y su heroica resistencia, que probaré de referir, ocupará lugar preferente en la historia, como modelo de resistencia local, símbolo viviente de la defensa del Mediodía.

Los orfeones

Hasta que vino el terrible golpe de Sedán, los valientes tarasconenses estuvieron muy tranquilos en sus casas; para aquellos intrépidos hijos de los Alpes no era la patria lo que moría allí, eran los soldados del Emperador, era el Imperio. Pero una vez llegado el 4 de septiembre, proclamada la República, Atila a la vista de París, entonces... ¡oh! entonces Tarascón se levantó y pudo conocerse lo que es una guerra nacional... Esto empezó, como es de suponer, por una manifestación de orfeonistas. No se tiene idea de la afición que en el Mediodía sienten por la música; sobre todo en Tarascón raya en delirio. Desde la calle se oyen cantos en todas las ventanas y balcones.

Sea cual fuere la tienda en que entréis siempre descubriréis junto al mostrador una guitarra que suspira y hasta los dependientes de las farmacias le despachan a uno cantando: *El Ruiseñor* y el *Laúd español—lalalala*. Además de estos conciertos privados, poseen los tarasconenses la charanga municipal, la del colegio y no sé cuántas sociedades de orfeones.

El de San Cristóbal y su admirable coro a tres voces: *Salvemos a la Francia* fueron los que dieron el primer impulso al movimiento nacional.

«¡Sí, sí, salvemos a la Francia!» exclamaba el buen tarasconense agitando desde las ventanas los pañuelos de bolsillo, y los hombres aplaudían y las mujeres enviaban besos a la armoniosa falange que atravesaba la población, yendo sus individuos a cuatro de fondo con el pendón al frente y marcando resueltamente el paso.

El impulso estaba dado, y a partir de aquel día la población cambió de aspecto: ya no se oían guitarras ni barcarolas. El *Laúd español* fue por todas partes sustituido por *La Marsellesa*, y, dos veces por semana, se apiñaba la multitud en la Explanada para oír la charanga del colegio que tocaba el *Canto de la partida*. Pagábanse las sillas a precios verdaderamente fabulosos.

Pero los tarasconenses no se contentaron con todo esto.

Las cabalgatas

Después de la manifestación de los orfeones vinieron cabalgatas históricas a beneficio de los heridos. ¡Qué gracioso era contemplar, en un domingo de sol espléndido, toda aquella intrépida juventud tarasconense, con sus botas finas, el pantalón de color suave ajustado a la pierna, haciendo la cuestación de puerta en puerta cabalgando debajo de los balcones, con grandes alabardas y con las redes para coger mariposas! Mas lo mejor de todo fue un carro patriótico —Francisco I en la batalla de Pavía— que los señoritos del Círculo pasearon tres días consecutivos por la Explanada. ¡Quien no ha visto aquello no ha visto nada! El teatro de Marsella había facilitado los trajes; oro, seda, terciopelo, estandartes bordados, escudos de armas, cimera, caparazones, cintas, lazos, penachos, lanzas, corazas, centelleando y deslumbrando con sus chillones colores convertían la Explanada en un espejuelo para cazar alondras. Y aquella luz, aquella vida agitándose al impulso de una ráfaga del mistral formaba algo magnífico, encantador.

Desgraciadamente, cuando al terminar un encarnizado combate, Francisco I —M. Bompard, el presidente del Círculo— se veía envuelto entre una avalancha de tropas enemigas, al entregar el desgraciado Bompard su espada, lo hacía con un movimiento de espaldas tan enigmático y singular, que en vez de «todo se ha perdido menos el honor», parecía más bien decir: *digo-li que vengue, moun bon!*; pero los hijos de Tarascón no reparaban en tales menudencias, y en sus ojos brillaban patrióticas lágrimas de entusiasmo.

La brecha

Aquellos espectáculos, aquellos cantos, el sol y el aire del Ródano bastaban y sobraban para calentar los cascos. Los partes oficiales llevaron al colmo la exaltación. En la Explanada la gente ya no hablaba más que con ademán amenazador, cerrando las mandíbulas y pronunciando con fuerza las palabras, que sonaban como si fueran proyectiles. Todas las conversaciones olían a pólvora que impregnaba el aire.

En el café de la Comedia era cosa de oír a nuestros fogosos tarasconenses; cuando por la mañana, almorzando, exclamaban:

—¡Ah! pero ¿qué hacen los parisienses con el demonio del general Trochu? No se decidirán nunca a salir... ¡Mil bombas! ¡Si se tratara de Tarascón!... Trrr... ¡Ya haría mucho tiempo que se habría abierto la brecha!

Y mientras París moría de hambre y sufría con su pan de avena, aquellos caballeritos se tragaban succulentas perdices rociados con buen vino, y rollizos, bien repletos de la salsa, gritaban como energúmenos golpeando la mesa:

—¡Pero abrid la brecha!... —y no les faltaba razón.

La defensa del Círculo

Mientras tanto la invasión de los bárbaros avanzaba de día en día hacia el Sur. Vencida Dijon y amenazada Lyon, las perfumadas hierbas del valle del Ródano hacían rechinar de envidia a las yeguas de los hulanos.

—Organicemos nuestra defensa —dijeron los tarasconenses.

Todo el mundo puso manos a la obra, y en un abrir y cerrar de ojos la población fue blindada, parapetada y provista de las necesarias casamatas. Cada edificio se convirtió en fortaleza. Delante del almacén del armero se había practicado una trinchera por lo menos de dos metros de profundidad con un puente levadizo muy bien dispuesto. Pero en el Círculo eran tan importantes los trabajos de defensa, que se iban a ver por curiosidad. El presidente Bompard estaba apostado en lo alto de la escalera, con el fusil *chassepot* en la mano, dando explicaciones a las señoras:

—Si se presentan por aquí, ¡pam! ¡pam!... Si, por el contrario, se presentan por allá, ¡pam! ¡pam!

Y en todas las bocacalles la gente os salía al paso para deciros con aire misterioso:

—El café de la Comedia es inexpugnable —o bien:

—La Explanada está provista de torpedos...

No poco daría que pensar esto a los bárbaros.

Los francotiradores

Al propio tiempo, las compañías de francotiradores se organizaban con verdadero frenesí. *Hermanos de la muerte*, *Chacales del Narbonado*, *Guerrilleros del Ródano*, los había de todos los nombres y de todos los colores, lo mismo que gencianas en un campo de avena. Y ¡cuántos penachos, y plumas de gallo, gigantescos sombreros y anchísimos cinturones!... A fin de presentar aire más terrible, cada tirador se dejaba crecer de tal suerte la barba y el bigote que en el paseo ya nadie se conocía.

Hubierais visto de lejos un bandido de los Abruzzos que venía hacia vosotros con los bigotes retorcidos, los ojos echando chispas y haciendo retemblar sables, revólveres y yataganes; pero al acercaros descubríais al recaudador Pegoulade. Otras veces os topabais en la escalera con el mismísimo Robinsón Crusoe con su sombrero en punta, su machete con dientes de sierra y un fusil en cada hombro, y averiguado el caso resultaba ser el armero Costecalde, que venía del restaurante en donde acababa de comer.

Lo más gracioso fue que los tarasconenses, con tanto fingir ademanes feroces, acabaron por inspirarse terror unos a otros y muy pronto nadie se atrevió a salir de casa.

Conejos de coto y conejos caseros

El decreto de Burdeos referente a la organización de las guardias nacionales puso fin a tan intolerable situación, y al potente impulso de los triunviros las plumas de gallo volaron por el aire y todos los tiradores de Tarascón, chacales, guerrilleros y demás, mezcláronse confundidos en un batallón de bravos milicianos bajo las órdenes del valiente general Bravida, antiguo jefe de intendencia.

Pero aparecieron nuevas complicaciones. El decreto de Burdeos creaba, como es sabido, dos categorías dentro de la guardia nacional: los guardias nacionales de campaña y los sedentarios, o, como decía con cierta malicia el recaudador Pegoulade, conejos de coto y conejos caseros. Al empezar la formación, los guardias nacionales de campaña tenían, como es natural, la preferencia. Todas las mañanas el valiente general Bravida los llevaba a la Explanada para el ejercicio de fuego, la escuela de los tiradores.

—¡Echarse! ¡levantarse! —y todo lo demás.

Estas pequeñas batallas atraían muchísima gente: de las señoras de Tarascón no faltaba una sola, y hasta las de Beaucaire pasaban algunas veces el puente para admirar nuestros conejos. Durante este tiempo los pobres guardias nacionales caseros prestaban modestamente el servicio en la población y entraban de guardia delante del Museo, donde no había que guardar más que un gran lagarto disecado con musgo y dos balconillos del tiempo del rey que rabió. Ya podéis imaginar que las señoras de Beaucaire no pasarían el puente por poca cosa... El caso es que al cabo de tres meses de ejercicio de fuego, cuando se echó de ver que los guardias nacionales de campaña no salían de la Explanada, el entusiasmo empezó a disminuir.

Por más que el valiente general Bravida se esforzara dando voces de «¡echarse! ¡levantarse!» nadie le hacía caso, y muy pronto aquellas pequeñas batallas, tan entretenidas, fueron motivo de burlas y hablaturías en la ciudad. Y a pesar de todo, bien sabe Dios que si aquellos desdichados conejos no salían no era por culpa suya, pues rabiaban tanto por marchar que un día hasta se negaron a hacer el ejercicio.

—¡No más paradas! —exclamaron movidos por su celo patriótico; podemos marchar y queremos entrar en campaña.

—Pues marcharéis o yo dejaré de ser quien soy —les dijo el valiente general Bravida. Y lleno de cólera fuese a pedir explicaciones a la Alcaldía.

En la Alcaldía le dijeron que no tenían orden alguna y que esto correspondía a la Prefectura.

—Vamos a la Prefectura —exclamó Bravida.

Y salió en el expreso de Marsella en busca del Prefecto, lo cual no era entonces cosa fácil si se tiene en cuenta que en Marsella había siempre cinco o seis prefectos en funciones y nadie era capaz de indicar cuál era el verdadero. Pero en esto estuvo muy afortunado Bravida, pues el primero que encontró fue el legítimo y en pleno consejo de la Prefectura, el valiente general habló en nombre de sus soldados con la autoridad de un antiguo capitán de intendencia.

Apenas empezó, interrumpióle el prefecto en seguida para decirle:

—Dispense usted, general... ¿Cómo se explica que sus soldados le manifiesten a usted que desean salir y que a mí me supliquen que no les haga marchar?... Ante todo, lea usted.

Y con la sonrisa en los labios le entregó una lacrimosa súplica que dos conejos de coto, los dos más entusiastas por marchar, acababan de dirigir a la Prefectura, con varias recomendaciones del médico, del cura y del notario, solicitando el ingreso en el cuerpo de conejos caseros, por motivos de salud.

—Tengo más de trescientos como ésta, añadió el prefecto siempre sonriente. Ya comprenderá usted ahora, general, por qué no nos hemos apresurado a disponer la marcha de vuestros soldados. Por desgracia ya se han hecho marchar demasiados de los que querían quedarse en casa. No tengo más que añadir... Conque, Dios salve a la República y guarde muchos años a vuestros conejos.

El ponche de despedida

Excusado es decir cuan avergonzado y corrido regresaría el general a Tarascón, pero todavía falta un detalle. ¿Por ventura durante la ausencia del general no procuraron los tarasconenses organizar un ponche de despedida dado por suscripción en favor de los conejos que debían marchar?

En vano el valiente general Bravida manifestó que no había necesidad de tal fiesta, porque nadie debía moverse; se había cubierto la suscripción, el ponche estaba encargado, sólo faltaba beberlo, y esto fue precisamente lo que se hizo...

Sucedió, pues, que un domingo por la tarde, en los salones de la Alcaldía, se verificó la conmovedora ceremonia del ponche de despedida, y hasta al amanecer los *toasts*, los vivas, los discursos y los cantos patrióticos hicieron vibrar los cristales del edificio. Lo más chocante es que cada uno de los invitados sabía perfectamente lo que el ponche representaba: los guardias nacionales caseros que lo pagaban abrigaban la firme convicción de que ninguno de sus camaradas marcharía, y los guardias de coto, que lo bebían también, estaban convencidos de lo mismo, y hasta el respetable adjunto, que juró a todos aquellos valientes ir a la cabeza, sabía mejor que nadie que de ningún modo se realizaría la marcha. Pero ¡no importa! Aquellos meridionales son tan extraordinarios que al terminarse el ponche de despedida todos lloraban, todos se abrazaban, y, ¡cosa estupenda y rara! todos, incluso el general, obraban sinceramente...

En Tarascón, lo mismo que en todo el Mediodía de Francia, he podido observar muy a menudo este efecto de espejismo.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 580 George Orwell, *La Bomba Atómica y tú. Artículos para después de una guerra*
- 579 Gilbert Keith Chesterton, *El hombre que fue Jueves. Una pesadilla*
- 578 Rajani Palme Dutt, *Los cambios de rumbo del comunismo británico en los años treinta*
- 577 Edgar Allison Peers, *La tragedia española 1930-1936. Dictadura, república, caos*
- 576 Víctor de Tunnuna, *Cronicón*
- 575 Isidoro de Sevilla, *Varones ilustres*
- 574 Gareth Jones, *Un periodista galés en la Unión Soviética (1930-1935)*
- 573 Malcolm Muggeridge, *La denuncia de la Hambruna soviética*
- 572 Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*
- 571 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Brasil y las colonias portuguesas*
- 570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
- 569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
- 568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe. Seguido de El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*

- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscritos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*

- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista (6 tomos)*
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*

- 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevises du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flintner, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*

- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*

- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*

- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*

- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*

- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix* (*Historia de las Indias y conquista de México*)
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*

- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*

- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)

- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España (9 tomos)*
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España (3 tomos)*